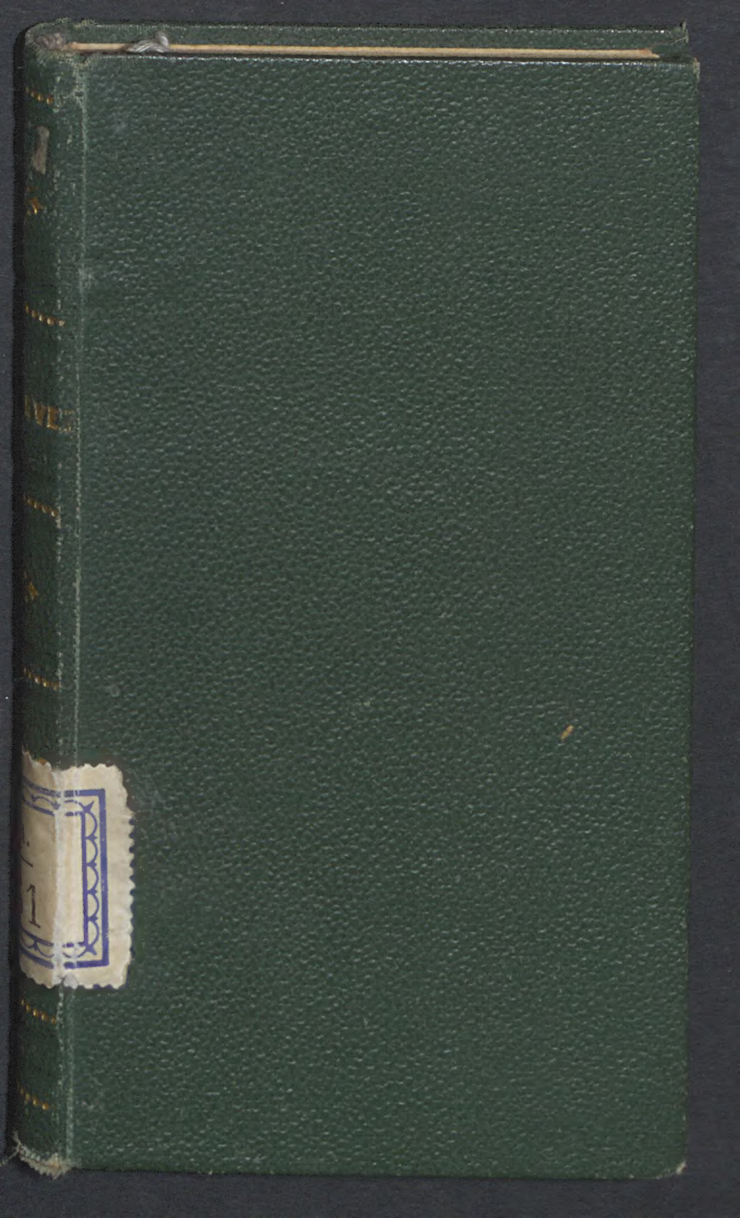
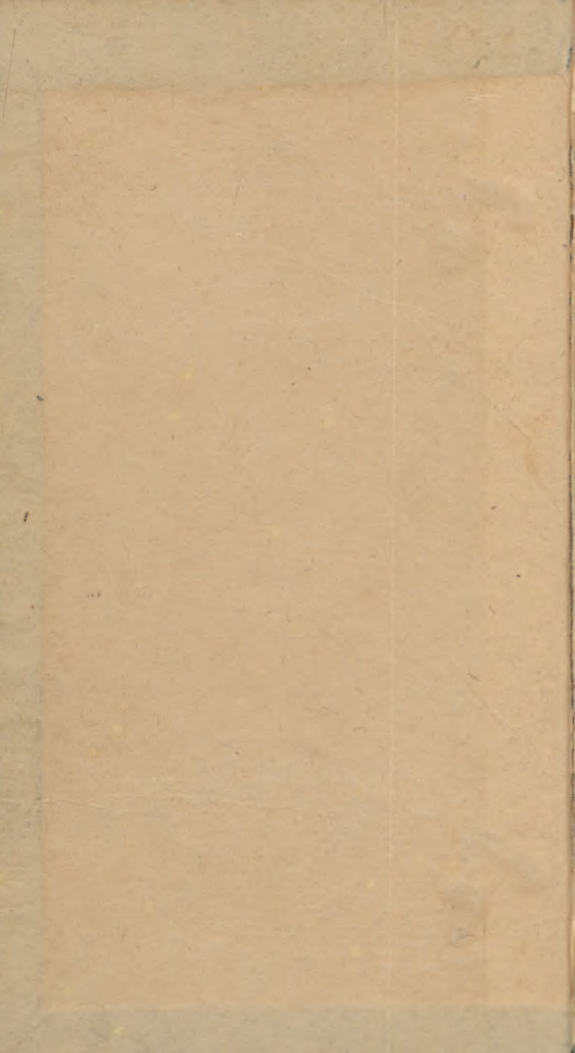
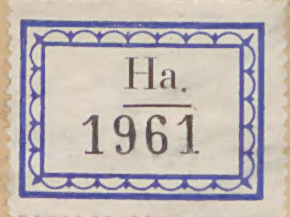
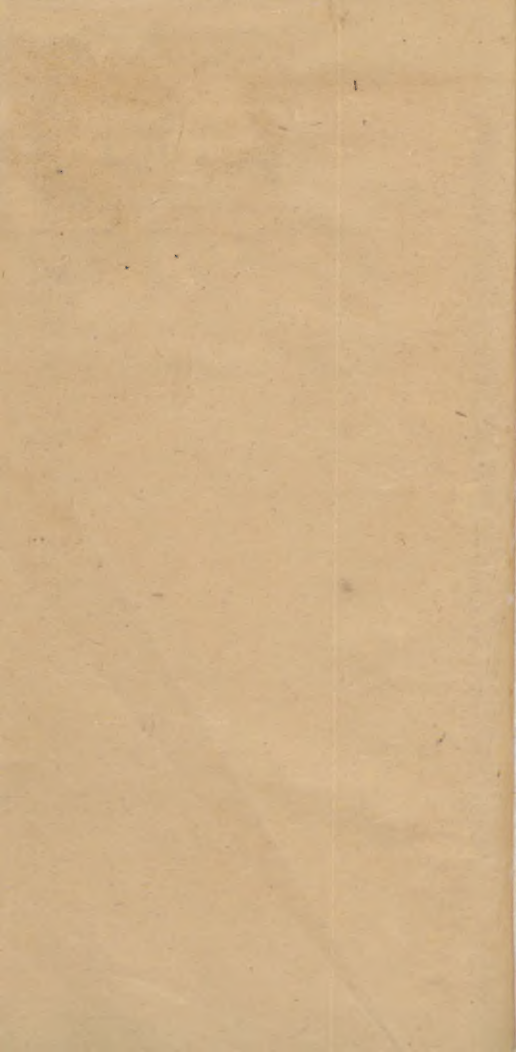
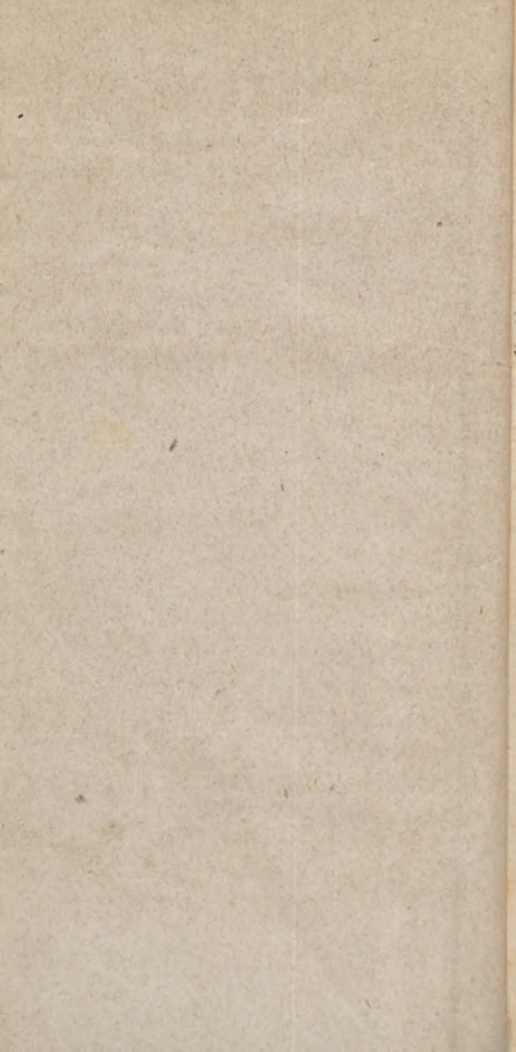





Ha.
1961




5
320



LA MARINA ESPAÑOLA

POR

D. ANTONIO GOMEZ AZEVES.

ALMIRANTES

OLVIDADOS Ó DESCONOCIDOS.



SEVILLA.

IMPRENTA DE OPERARIOS,

MORATIN 5 (ANTES RAVETA),

1873.



Á la señorita doña

JOSEFA MARÍA GONZALEZ TELLEZ,

OLIVER Y WARLETA.

Sevilla 28 de Agosto de 1873.

Mi distinguida amiga: tengo el honor de ofrecer á V. que ha pasado su tierna infancia en el departamento naval de la antigua villa de la Isla de Leon, hoy ciudad de San Fernando, y que cuenta en su familia muchos marinos, estos pobres, fatigosos trabajos que, afortunadamente sacan del frio sepulcro de la ignorancia oscura á sábios Almirantes, á Armadas batalladoras, TERROR DE LAS NACIONES DEL MUNDO, *las cuales en siglos más piadosos, más caballerescos, más felíces que el presente, dieron á nuestra España grandes dias de gloria y de ventura.*

Recíbalos, pues, con su genial agrado, mirando en ellos claros testimonios de la sincera amistad, del cariño respetuoso que le profesa, su afectísimo,

ANTONIO GOMEZ AZEVES.

À la señorita doña

JOSEFA MARÍA GONZALEZ TELLEZ,

OLIVER Y WARLETA.

Sevilla 28 de Agosto de 1873.

Mi distinguida amiga: tengo el honor de ofrecer á V. que ha pasado su tierna infancia en el departamento naval de la antigua villa de la Isla de Leon, hoy ciudad de San Fernando, y que cuenta en su familia muchos marinos, estos pobres, fatigosos trabajos que, afortunadamente sacan del frio sepulcro de la ignorancia oscura á sabios Almirantes, á Armadas batalladoras, TERROR DE LAS NACIONES DEL MUNDO, las cuales en siglos más piadosos, más caballerescos, más felices que el presente, dieron á nuestra España grandes dias de gloria y de ventura.

Recíbalos, pues, con su genial agrado, mirando en ellos claros testimonios de la sincera amistad, del cariño respetuoso que le profesa, su afectísimo,

ANTONIO GOMEZ AZEVES.

LA WARINA ESPAÑOLA.

ALMIRANTES OLVIDADOS O DESCONOCIDOS. (1)

> Aquel entre los héroes es contado,
> Que el premio mereció; no quien le alcanza
> Por vanas consecuencias del Estado.
>
> RIOJA.

I.

Eran las ocho de la noche del domingo 15 de Agosto de 1869, dia de la Asuncion de Nuestra Señora. Un literato, alejado del bullicio de Sevilla paseaba tranquilamente por la márgen izquierda del Guadalquivir, junto al monasterio de San Gerónimo de *Buena Vista*.

La oscuridad, el silencio y el leve suzurro de la opuesta orilla daban á aquel cuadro imponente, tintas melan-

---

(1) Este es un trozo de mi *Libro de las flores*, aunque presentado en otra forma.

cólicas. Sentado en un banco de arena, meditando sobre la *pobre España setembrina*, dió riendas sueltas á sus tristes pensamientos.

—¡Ay! decia él; la ilustre nacion de Covadonga y de las Navas, de Otumba y de Lepanto, de Pavía y de San Quintin: quién ahora la ha de conocer; cuándo se borrarán las feas manchas que sus *espúreos hijos setembrinos* le han echado en su limpio sendal, en su régio manto!

Estando en estas amarguísimas contemplaciones vió de repente una luz que, irradiando por todas aquellas cercanías, las alumbraba, como el sol en medio de su carrera.

Levantándose, lleno de curiosa sorpresa y dirigiendo sus pasos temblorosos hácia donde salia la luz, escondido entre unos espesos matorrales, tuvo la dicha de ser testigo ocular de los dulcísimos siguientes cuadros.

II.

La clarísima luz bajaba del mismo

cielo. Cuatro ángeles la sostenian. Una hermosa matrona, figurando á España, en trono de claveles y jazmines, rodeada de leones, sentada sobre cojines de terciopelo bordados de oro, armada de casco, lanza y rodela ostentaba su graciosa gallardía. Todas sus provincias, representadas por lindas ninfas con canastillos de flores, le hacian la córte. Entre ellas conoció á la poética Andalucía, á la valiente Asturias, á la noble Castilla, á la descubridora Cataluña, á la amorosa Valencia, á la marinera Galicia, á la agricultora Estremadura.

Unos cuantos almirantes, alejados del trono, formaban grupo. La España, levantándose con magestuosa manera, dijo:

—Ya llegó la hora de que mi fama se estienda por todo el mundo, mi honra se levante como eterna, alta pirámide, mi nombre suba á los cielos y la posteridad me bendiga eternamente. ¡Bravos almirantes, acercaos!

III.

Un anciano, lleno de canas, de finí-

simos modales, adelantándose y haciendo una humilde cortesía, paróse frontero al trono. La España, con voz cariñosa, le preguntó:

—¿Quién eres?

—*Bartolomé de Villavicencio.* (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Ayudar á poner tu nombre muy elevado en la batalla de Lepanto. Venir mandando en 1580, por medio de deshechas borrascas tu Armada de Tierra Firme, derramar mi sangre en muchos combates y no permitir jamás, que nadie te ofenda, ni te vilipendie.

Yó, señora, continuó, y todos los batalladores, invencibles almirantes, que aquí nos hallamos reunidos, olvidados yaciamos en nuestros sepulcros hasta que hace pocos años un laborioso é inligente erudito, á vueltas de fatigosas tareas é investigaciones, visitando los archivos parroquiales de Sevilla ha publicado nuestros memorables hechos.

—¿Quién es ese erudito? preguntó la España.

---

(1) Vivía en Sevilla en 1576.

—Su modestia no me permite nombrarlo.

Entonces la España bajando de su trono, puso sobre la mústia frente de Bartolomé de Villavicéncio, una fresca corona de mirtos.

IV.

Un alto, grave anciano, de agradable rostro, cuyas canas blanqueaban su erguida cabeza, haciendo blandas reverencias, se presentó:

—¿Quién eres?

—*Alonso de Chaves Galindo.* (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Tambien, señora, yo estuve en Lepanto, venciendo á la numerosa Armada

(1) Vivía en Sevilla en 1599, collacion de San Pedro el Real. Murió en 1606. Está sepultado en la parroquia de San Vicente, mártir. Este insigne Almirante, digno de eterna gloria, segun nuestras noticias, tiene todavía parientes de su mismo apellido en la provincia de Huelva, los cuales al recordarlo se llenarán de alegría, sintiendo en sus pechos latir la misma noble sangre que alentó en tantos combates á aquel incansable batallador.

del soberbio tirano del Oriente. Como en Maraton y en Salamina los griegos cantaron victoria, yo la canté en la inmortal Lepanto. Allí, mi sangre, batallando contra la Media Luna, se mezcló con las aguas saladas del mar Egéo. He domado muchas veces el orgullo de Holanda, la valentía de Inglaterra, la tenacidad de Francia y la protérvia de Berbería. En 1602 y 1603, con trabajosísima navegacion, vine mandando la flota de Nueva-España. Yo jamás he vuelto las espaldas peleando por mi Dios, por mi Pátria y por mis Reyes. Con mi velera Capitana he recorrido todos los mares y las costas del mundo, siendo el terror de vuestros enemigos y tiñendo en varias ocasiones con mi sangre su timon y su obra muerta.

Los marineros de mi tiempo, señora, subidos en los trinquetes y en las vergas, haciendo las más rudas maniobras, cantaban una graciosa jácara andaluza, cuyo estrivillo decia:

«Desde el Odiel hasta el Indo,
No hay otro Chaves Galindo.»

Dejé dos voluminosos *manuscritos*, que la ignorancia ó la envidia han per-

dido para siempre. Un *Tratado* sobre astilleros, diques y arsenales y un curioso *Viage al Estrecho de Magallanes*, con escala en las Antillas, Costa Rica, Brasil y puertos del Pacífico.

La España lo llamó para coronarlo de claveles y de siempre-vivas.

V.

Un personage de edad madura y de elegante aspecto vino á ocupar la palestra: en sus nobles miradas y en sus pasos graves daba á entender su elevada cuna.

—¿Quién eres?

—*Tomás de Larraspuru*, caballero de la Orden de Alcántara. (1)

—¿Qué has hecho por mi honra?

—Batirme, señora, en cien batallas. Correr los mares y las costas, buscando á vuestros enemigos para castigarlos. Venir mandando hasta 1630, ocho años seguidos, la gloriosa Armada de Nueva-

---

(1) Vivía en Sevilla en 1620, collacion del Sagrario.

España. Traer en 1624 y en 1632 las flotas de Tierra-firme cargadas de oro y plata y teñir con mi sangre las aguas del Occéano.

Una corona de rosas fué puesta en sus sienes por la agradecida España.

VI.

Con pasos tranquilos, semblante alegre y airosas maneras entró en el círculo otro Almirante.

—¿Quién eres?

—*Sebastián de Ayala.* (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Batallar, señora, varias veces, por vuestra dulce gloria, en las aguas del Mediterráneo y las costas del Pacífico, donde en reñidísimos combates vencí al atrevido holandés y á piratas insolentes.

La España, bajando de su trono, también lo coronó de flores.

VII.

Con aire intrépido y cortesanas ma-

(1) Vivía en Sevilla en 1612, collacion del Sagrario.

neras presentóse otro Almirante.

—¿Quién eres?

—*Alvaro de Flores y Quiñones* (1).

—¿Qué has hecho en mi defensa?

—Verter, Señora, mi sangre muchas veces en vuestras aras, peleando con valor contra los enemigos del nombre cristiano. Bloquear las costas de Portugal. Venir mandando en 1583 la flota de Nueva España y ser siempre un cumplido caballero.

Una de las ninfas se acercó á él, poniendo sobre su nevada cabellera una corona de laureles.

VIII.

Presentóse otro de los Almirantes en cuya figura estaban retratados el valor y la nobleza.

—¿Quién eres?

—*Antonio Manrique de Lara* (2).

—¿Qué has hecho por mi nombre?

---

(1) Vivia en Sevilla en 1590 en la Parroquia de San Pedro, el Real.

(2) Vivia en 1618 en la Parroquia de San Vicente de Sevilla.

—Guerrear muchas veces contra tus mas encarnizados enemigos, derramar mi sangre por tu honra en todos los mares del mundo y capitanear en 1584 tu rica flota de Nueva España, portándome siempre como un hidalgo esclarecido. Animado del espíritu del Dios de los mares y de los ejércitos, mandando una valiente Armada, salí de Lisboa para la costa del Brasil, en busca de los holandeses, á los cuales tuve la dicha de destrozar.

La España le coronó.

IX.

Un anciano ilustre, de bella figura y rostro simpático, reverentemente presentóse ante el génio de España, el cual, volviendo sus ojos á él le preguntó con voz amabilísima.

—¿Quién eres?

—*Antonio de Oquendo.*

—¿Qué has hecho en favor mio?

—Despedazar del todo, en 1631 en los mares de Dinamarca con fuerzas muy inferiores, combatiendo duramente la

poderosa Armada de Holanda, á las órdenes del famoso Almirante Tromp, único enemigo que por haberse refugiado en la bahía de Dunquerque se salvó de la muerte en aquella inolvidable batalla. Veinte navíos holandeses, huyendo de mis balas aniquiladoras, que hacian chispear las aguas de las costas danesas, naufragaron en las Dunas. Allí puse, señora, vuestro pabellon en buen lugar. Tembló la Europa entera al saber la completa derrota de los holandeses, mientras yo estaba tranquilo con la victoria en mi camarote. El dia 12 de Setiembre del mismo año gané un terrible combate naval en las referidas costas del Brasil, parage llamado de los *Abrojos*, donde ¡ay señora! murieron muchos de mis bravos marineros.

Al acabar estas palabras Antonio de Oquendo calló y dos gruesas lágrimas resbaláronse por sus arrugadas mejillas. Viéndolo la España le pregunta:

—¿Por qué callas Oquendo? Sigue, sigue...

—¡Ay, señora! porque el dolor me ahoga y un triste recuerdo hace latir de

pena á mi angustiado corazon. En tan lastimero dia perdí, señora, un dulce camarada, el mas fiel de mis amigos En aquella terrible jornada, despues de estar contuso y herido, murió ahogado el caballeroso é intrépido almirante Francisco de Ballecilla, como lo atestigua la siguiente ligera relacion escrita á S. M. el rey Felipe IV. Oidla, señora, oidla: «En la almiranta iba el general Francisco de Ballecilla que viéndola ir á pique se echó al agua con dos mosquetazos y la cara lastimada, donde murió ahogado, habiendo peleado con el valor que siempre lo hizo, en cuya muerte perdió su magestad una persona de mucha importancia.» (1) En 1636, saliendo de Cádiz con quince valientes galeones, terror de los mares, ayudé á la armada de Nápoles al mando del marqués de Villafranca, para desbaratar, confundir y echar á pique á los enemigos de vuestras glorias.

(3) Hablando la relacion de Oquendo, dice así: «caballero tan experimentado en reencuentros y victorias con tantos enemigos.»

La España, acompañada de todas las ninfas, que representaban sus reinos y provincias, descendió con pasos magestuosos de su augusto trono, coronando á Antonio de Oquendo, con una hermosa guirnalda de siempre-vivas.

X.

Un nuevo personaje, alto, de aire elegantísimo, totasdo el rostro con la bruma de los mares, vino á hincar sus rodillas ante la España, la cual puesta de pié, lo saludó cariñosamente.

—¿Quién eres?

—*Miguel Ruiz de Vidacabal.* (1)

—¿Qué has hecho por mi bien?

—Cantar muchas y muchas veces

(1) Murió el mártes 11 de Diciembre de 1618, en la collacion de Santa María Magdalena. La partida dice así: «En miércoles 12 de Diciembre de 1618, se enterró en San Francisco el almirante Miguel Ruiz de Vidacabal que habia fallecido en la collacion de Santa María Magdalena. Hizo testamento ante Gaspar de Leon, escribano de Sevilla: dejó por sus albaceas á Martin Ruiz de Vidacabal, su hermano, y al capitan Lúcas de Urquiaga.»

vuestros triunfos al son de las balas, de los vientos y de las ondas de los revueltos mares. Llevar vuestra digna fama á los mas apartados rincones del mundo. En 1618, último de mi vida, al frente de la poderosa escuadra de Cantabria, tuve un fuerte, reñidísimo combate, en las costas de los Algarbes con otra berberisca, capitaneada por los insolentes renegados Julian Perez, natural de Moron de la Frontera, y Ostrefo Mahamet, morisco español, hijo de Ronda. Les eché á pique muchas naves y las otras, á pesar de su tenaz resistencia, las tomé al abordaje. Los moriscos lucharon con estraordinaria bravura, digna de mejor causa. A los dos dias, Cádiz me recibió entre ardorosos *vivas*, entre *vítores* entusiastas. Terriblemente fatigado con los ásperos trabajos de esta jornada durísima en la que sostuve con gran denuedo la honra de tu augusto nombre, vine á los pocos dias á fallecer en Sevilla, donde tuve la dichosa fortuna, de que me cerrára los ojos mi dulce hermano Martin, en compañía de tu buen soldado, el noble capitan Lúcas de Urquiaga.

La España bajando de su trono cubrió las sienes del bravo almirante Miguel Ruiz de Vidacabal, de verdes mirtos.

XI.

Un caballero, cara tostada, penetrantes ojos y valientes maneras, entró en el circo, y mirando á la España, hizo una grave reverencia.

—¿Quién eres?

—*Francisco Diaz Pimienta* (1), caballero de la Orden de Santiago y almirante de la Armada Real del mar Occéano.

—¿Qué has hecho en favor mio?

—Vengar, con los cañones de mi potente Armada, los ultrajes y los desaires que te hicieron en el Mediterráneo

(1) Vivia en 1635, en la collacion de la parroquia de Santa Cruz. En 1648 murió en las aguas de Barcelona luchando contra los franceses, *el nunca bien alabado almirante Francisco Diaz Pimienta*, como le *llamaban sus contemporáneos*. Tomó el mando de la Armada el almirante general Manuel de Bañuelos y Sandoval, caballero de la Orden de Calatrava.

y en el Occéano tus bárbaros enemigos. Encender, con el fuego de mi velera capitana, las aguas del Jónio, las costas de Berbería y las riberas del golfo de Leon. Domar el orgullo de todas las naciones marítimas del mundo, y ser siempre un humilde vasallo de mi Dios, de mi Pátria y de mi Rey. En 1641 mandé la Armada de galeones para Tierra-Firme. En 1647 fuí con mi poderosa Armada á Nápoles, para saludar á mi reina y señora doña Mariana de Austria, cuando desde Viena dirigíase á Madrid á contraer matrimonio con Felipe IV. La vine custodiando con mis soberbias naves hasta al puerto de Tarragona, en Cataluña, donde despues de haberle yo hecho grandes regalos de tela de oro y plata, abanicos y otras curiosidades de Nápoles, S. M. se dignó darme por su misma mano riquísimos presentes, los cuales conservo con placer y con orgullo. En 1648, frente á Barcelona, en dura refriega, una bala de cañon de la escuadra francesa me hizo morir, en medio del llanto y del dolor de mis queridos marinos.

La España, con triste semblante, asentó sobre sus nobles sienes una corona de mirtos y de azucenas.

XII.

Lleno de cicatrices y con noble rostro se presentó delante de la España otro ilustre batallador.

—¿Quién eres?

—*Juan Gutierrez de Garibay.* (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

Vencer en todos los mares del mundo á tus enemigos echando á pique sus mas valientes armadas. Venir mandado en 1597 tu flota de Tierra-Firme. En 1600, 1602, 1610 y 1612 la de Nueva España, y en 1605 tambien tu armada poderosa, en cuyas navegaciones me batí con heróico ardimiento contra los que querian mancillarte. Jamás, señora, jamás los *Gutierrez de Garibay* huyeron,

(1) Vivia en Sevilla en 1598. En este mismo año fué testigo en el Palacio de doña Teresa de Zúñiga, duquesa de Béjar, del casamiento del capitan Gabriel de Rojas y Parame con doña Isabel del Castillo.

peleando contra los enemigos de su Dios, de su Pátria y de sus Reyes.

Dejé una curiosa *Memoria de las costas de Berberia* y unos *Recuerdos de mis navegaciones y campañas*, que el tiempo y la indiferencia han perdido para siempre.

El Génio de la España lo coronó de laureles.

XIII.

Con aire magestuoso y dulce semblante, adelantóse hasta las gradas del trono otro temible campeon.

—¿Quién éres?

—*Pedro Carrillo*, caballero de la Orden de Santiago. (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Guerrear valerosamente contra tus fieros enemigos en las costas de Puerto-Velo, sumergiendo, á sus poderosas naos en el fondo de los mares.

Hacer dos *Viajes científicos á las*

(1) Vivia en 1687, en la collacion de la parroquia de San Martin.

costas de la Siria y cumplir siempre como buen marino y noble hidalgo.

La España, dirigiéndole palabras cariñosas, asentó sobre su cabeza una corona de mirtos.

XIV.

Con graves pasos y respetuosas miradas se acercó al trono otro de los almirantes.

—¿Quién eres?

—*Leonardo de Lara*, caballero del Hábito de Santiago, Almirante de los galeones de S. M. y de las flotas de Tierra-Firme. (1)

—¿Qué has sufrido por mí?

—Grandes fatigas, trabajos inaguantables. Mandando tus fuertes armadas mezclé muchas veces mi sangre con las aguas del Adriático, del Egéo y del Pacífico. Cien y cien combates, á bordo de

(1) Vivia en 1693 en la parroquia de San Vicente, mártir. En este mismo año se bautizó en dicha iglesia una esclava suya, natural del reino de Bosnia, en Turquía.

mi *Capitana*, nunca lograron abatir mi ánimo, resfriar mi bravura, ni domar mi orgullo castellano. Todo, todo lo hice por tu amor y la dulce memoria de mis antepasados.

La España, levantándose de su trono y descendiendo las marmóreas gradas, lo coronó de eternas siemprevivas.

XV.

Un anciano de alta estatura, ojos alegres y finísimas maneras, con tardos y reverentes pasos, se aproximó á las gradas del trono.

—¿Quién eres?

—*Francisco de Novoa.*

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Recorrer el mar salado buscando en piélagos y estrechos, en costas y en bahías, á tus contrarios para sumegirlos en las aguas, levantando tu nombre castellano que impunemente querian abatirlo. Venir capitaneando en 1585 y en 1587 tus flotas de Tierra-firme y hacer siempre, desde los primeros años de mi vida, sacrificios heróicos por tu dul-

ce honra. La noble divisa de los *Novoas* es derramar por tí la última gota de sangre y morir peleando sobre las popas de los navíos.

La España lo coronó de frescos mirtos.

XVI.

Un anciano de finos modales, en cuyo rostro noble se veian retratadas la dulzura y la valentía, puesta la rodila en tierra, saludó á la España, la cual, mirándolo con cariño, le mandó levantar.

—¿Quién eres?

—*Fernando de Sousa*, caballero de la Orden de Santiago. (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—No permitir jamás que en los mares ni en las costas, nadie, nadie, ultraje tu limpia historia, mancille tu gloriosa fama, ni dome tu hercúlea pujanza. En las aguas del Mediterráneo logré humillar, en varias ocasiones, á tus más

(1) Vivía en Sevilla, en 1619, en la parroquia de San Vicente, mártir.

insolentes, encarnizados enemigos. En 1619, vine mandando, con trabajosa navegacion, tu flota de Tierra-firme, y en 1622, la de la Nueva-España. Los *Sousas*, batallando en tu defensa, jamás temieron los reluchamientos de los golfos, las balas de los enemigos, el incendio de las *Capitanas*, ni la misma muerte.

La España bajando del trono, lo coronó de flores olorosas

XVII.

Un caballero, de aire elegante, amable rostro y pasos magestuosos, entró en el circo y alzando sus ojos al trono, hizo á la España una respetuosa reverencia

—¿Quién eres?

—*Luis Fernandez de Córdoba*, caballero del Hábito de Santiago, almirante de los galeones de S. M.

—¿Qué has hecho por mi honra?

—Guerrear, señora, en todos los mares del mundo, defendiendo tu honor y tu gloria. Venir mandando cuatro veces tu poderósa Armada de Nueva-Es-

paña por medio de borrascas y de enemigos encarnizados. En 1606, regresando del Perú, cuya flota de galeones capitaneaba, al montar el Cabo de Hornos, perecí, ahogado, con todas mis naves y galeones. En aquellos supremos momentos yo y todas las tripulaciones de los buques, alzando nuestros ojos al cielo, para pedirle misericordia al Señor de los inmensos piélagos y dándote un tierno *adíos*, nos sumergimos en la eternidad. ¡Ay! ¡De esta manera heróica han muerto siempre los marinos españoles, ya en el naufragio, ya en la pelea!

La España bajando de su trono con una corona de crespon enlazada de mirtos, la asentó sobre sus nobles sienes.

XVIII.

Con aire cortesano y palaciegas maneras se presentó otro de los almirantes.

—¿Quién eres?

—*Luis Fernandez de Córdoba*, caballero de la Orden de Santiago. (1)

(1) Hijo del anterior.

—¿Que has hecho por mi honra?

—Mezclar varias veces mi sangre con las olas del Mediterráneo y del Occéano para defenderte de los rudos ataques del atrevido holandés. Venir capitaneando en 1602 tu Armada general. En 1604 la de Tierra-firme. En 1634, 1636 y 1641 tus ricas flotas de Tierra-firme, luchando en todos estos viages contra tus enemigos y teniendo que abrirme paso por entre aguerridas y poderosas escuadras.

La España lo coronó de siempre-vivas.

XIX.

Un varon, de blanca cabellera, cuerpo esbelto y ceremoniosos modales, se acercó á las gradas del trono.

—¿Quién eres?

—*Juan de Flores Ravanal.* (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Servirte, desde niño, con fidelidad y valentía. Cantar tus triunfos y tus

(1) Vivía en 1620, en la collacion de Santa María Magdalena.

victorias sobre la cubierta de mi *Capitana*, y surcar el Rojo y el Pacífico, el Báltico y el Jonio buscando á tus contrarios para domar su altanería desvergonzada.

La España lo coronó de jazmines.

XX.

Con graves pasos y fijas miradas un anciano, tostado el rostro, se presentó frontero al Génio de la España.

—¿Quién eres?

—*Alonso de Moxica*, caballero del hábito de Santiago. (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Cruzar los golfos y los piélagos de la tierra entera, donde me batí con denuedo contra los que querian mancillar tu nombre esclarecido. Venir comandando en 1627 y 1830 tus ricas flotas de Nueva España, cargadas de plata y oro y ser siempre uno de tus mas leales servidores.

---

(1) Vivia en 1630, en la parroquia de San Pedro, el Real.

La España lo coronó de blancas azucenas.

XXI.

Con pasos ligeros y finas maneras llegó á las gradas del trono otro de los almirantes.

—¿Quién eres?

—*Luis de Velasco.* (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Guerrear en todos los mares del mundo, por tu gloria. Verter mi sangre en mil rudas jornadas y venir en 1629 mandando por medio de terribles enemigos y borrascas enfurecidas tu rica flota de Tierra-Firme.

Escribí dos libros que los hombres han perdido. El uno *Reglas para navegar por los golfos* y el otro *Tratados de los ríos y mares de la antigua Grecia.*

La España lo coronó de laureles.

---

(1) Vivia en Sevilla en 16[illegible]8.

XII.

Con aire caballeresco, paso noble y agradable rostro, entró en el ancho palenque otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Fernando Carrillo,* marqués de Villafiel, almirante de la armada del mar Mediterráneo. (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Destruir por mar y por tierra á los que trataron ofenderte derramando mi sangre en cien combates. Pelear en Flandes á las órdenes de don Juan de Austria. Allí en sangrientas jornadas, mandé valerosos *tercios* que lucharon con el denuedo y la bizarría castellanas. En aquellos memorables campos entre el zumbido de las balas y el eco de los clarines, se escuchaba tu santo nombre. En 1679, despues de haber corrido una horrorosa borrasca, de la que nos salvó la Virgen del Pilar milagrosamente, por

(1) Vivia en Sevilla en 1654.

una humilde súplica que le dirigí, hincado de rodillas, sobre la cubierta de mi *Capitana*, alcancé en las costas de Galicia, una completa victoria de ocho carabelas turcas, arribando con ellas y dos mallorquinas, que habia apresado, al puerto de la Coruña, donde sus habitantes saludaron con entusiasmo respetuoso á mi invencible Armada; cuando los *Carrillos* han luchado por su pátria siempre, dirigidos por el Dios de los ejércitos salieron vencedores.

Dejé algunos manuscritos, sobre varios ramos de mi noble profesion, entre ellos, un *Viaje á las costas de Guinea.*

La España descendiendo del trono con cariños dulcísimos puso sobre sus sienes una corona de frescos mirtos. ..

XXIII.

Con esbelto cuerpo, fisonomía alegre y magestuoso aire entró en el circo otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Pedro de Corbet*, caballero de la

Orden de Santiago, Almirante de la Armada del mar Océano. (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Derramar mi sangre, llevar en 1666 tu rica Flota de Nueva España, compuesta de veinte y siete navíos sin mi *Capitana*, y en 1667 traerla salva á Cádiz, no obstante los vientos furiosos que les hizo voltegear en el canal con grandes peligros en cuyo viage demostró su alto saber el ilustre capitan de navío Mateo Perez de Garago. En 1668 hice mejoras utilísimas en el rio Guadalquivir y en sus muelles trabajé mucho para que el comercio de Cádiz se trasladase á Sevilla. Escribí entre otras obras una intitulada *Progresos de la marina española.* Fallecí en Sevilla y me sepultaron en la iglesia del convento de monjas de San José, mercenarias descalzas, collacion de San Bartolomé, en panteon familiar al lado de mis nobles padres Roberto de Corbet, del hábito de Calatrava y doña Mariana de Zea su legítima mujer.

(1) Vivia en Sevilla en 1684.

La España, con mano cariñosa, mirándolo dulcemente lo coronó de eternas siempre-vivas.

XXIV.

Con pasos tranquilos, honesta mirada y ademanes finísimos, entró en el circo otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Fadrique de Toledo Osorio*, almirante de la armada de Cantábria. (1).

—¿Qué has hecho por mi honra?

—Derramar mi sangre en cien batallas. En 1621, con nueve naves destrocé en un combate reñidísimo en medio del Estrecho de Gibraltar á veintiseis de holandeses, que venian de Levante. En 1625, encontrándola cerca del cabo de Gel, hice trizas á una escuadra holandesa, que habia ya atacado en el mismo cabo el amirante portugués marqués de Villa Real, duque de Camiña, gobernador general de Ceuta. En esta jornada

(1) Vivió en 1620 en Sevilla, collacion de Santiago el Mayor (vulgo el Viejo.)

gloriosa maté más de dos mil enemigos y volví vencedor á Lisboa. Este mismo año capitaneé las fuerzas navales y terrestres que fueron contra el Brasil alcanzando grandes victorias, las cuales admiraron al mundo entero. ¡Ay dolor! en esta ruda campaña murió á bordo de mi *Almiranta*, de una bala de cañon, el sábio ingeniero mayor Juan de Oviedo, caballero de la Orden de Montesa, y mi dulce amigo, tu fiel vasallo, por cuya sensible pérdida lloré la primera vez en mi vida. Lós *Toledos Osorios* te sirvieron siempre con valor y lealtad.

La España, con halagüeño rostro, lo coronó de frescos laureles.

XXV.

Un caballero de alegre rostro y miradas escogidas entró en el ancho palenque.

—¿Quién eres?

—*Gaspar de Argandoña.* (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Siendo capitan de mar y guerra del

(1) Vivia en Sevilla en 1664.

galeon *Nuestra Señora de la Fuen Santa*, uno de los que componian la flota mandada por el almirante Manuel de Bañuelos y Sandoval, caballero de la Orden de Calatrava, me batí muchas veces contra los insensatos enemigos de de tu augusto nombre. En 1664 vine mandando, ya almirante, tu riquísima flota de Nueva-España, valiéndome, por mis justos derechos aquel viaje, más de dos millones de reales. Siempre fuí para servirte un cumplido caballero, un almirante leal, un valiente soldado.

La España lo coronó de mirtos.

XXVI.

Con pasos intrépidos, aire palaciego y delicadas maneras entró en el circo otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Guillen de Rivera Casaus*, almirante de las flotas de S. M. (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Cruzar los golfos y los piélagos, las

(1) Vivia en Sevilla en 1685.

costas y los estrechos del mundo para vengar con los cañones de mi armada los insultos que te hicieron. Capitaneando una rica flota al entrar en la Habana, estuve en mucho peligro por haber pasado una legua el puerto y no dejarme volver á él la fúria de las corrientes. Entónces conocí á las claras, el valor, la destreza y la serenidad de los marinos españoles. En aquellas aguas estaba el terrible é insolente pirata Juan Agustin, el cual no se atrevió á atacarme, huyendo cobardemente. ¡Tanto era el terror que infundia mi flota valerosa!

La España puso sobre sus sienes una corona de verdes laureles.

XXVII.

Con aire marcial, tostado rostro y maneras desembarazadas, se presentó otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Antonio Castañeta*, Almirante de la armada real del mar Occéano. (1)

—¿Qué has hecho en mi defensa?

---

(1) Vivia en Sevilla en 1704.

—Batirme en todos los mares de la tierra para ensalzar tu augusto nombre. De piloto mayor de la carrera de Indias ascendí por mi maestría en fabricar buques de todos calibres, á capitan de mar y guerra y despues á almirante. Muchos navíos y fragatas, hechas por mí, te han dado innumerables dias de gloria. Yo mejoré tus astilleros, sondeé tus costas, limpiando algunas desembocaduras de tus rios más caudalosos. Escribí, robando momentos á mis grandes encargos, una obra titulada *Proporciones y medidas para fabricar toda clase de buques de guerra.* Morí en los brazos de la religion de mis padres, como caballero, como valiente y como cristiano despues de gozar en el mundo alto renombre.

La España lo coronó de mirtos.

XXVIII.

Con pasos graves, dulces miradas y aire cortesano se presentó en el palenque otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Melchor de Torralva.* (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Despedazar á cañonazos en las costas berberiscas las galeras y los jabeques de piratas sanguinarios, que venian á insultarte á tus mismos puertos. Mi velera *Capitana* se paseó triunfadora desde Tarifa á Malta, desde Argel á Marsella. Siempre valiente buscó á tus enemigos para hundirlos en el fondo del Mediterráneo. Los *Torralvas* jamás, jamás dejaron de ser tus mas leales vasallos, ni volvieron nunca las espaldas en los más duros combates. Allí, donde por tu honra habia que pelear y que morir, allí aparecian, allí perennemente se encontraban.

La España lo coronó de siemprevivas.

XXIX

Con maneras bélicas, tostado rostro y blancos cabellos entró en el circo otro Almirante.

---

(1) Vivia en 1638 en Sevila, collacion del Salvador.

—¿Quién eres?

—*Gaspar de Vargas*, Almirante de los Galeones de S. M. (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Hundir muchas veces en el fondo de los mares á tus más poderosos enemigos. Desplegar tu invicta bandera en el golfo de Leon, en las costas de Guinea, en el canal de Bahama y en el Estrecho de Gibraltar, siendo en todas partes el terror de los que pretendian mancharte. De Piloto mayor de la carrera de Indias, por mis escritos y mis hechos, ascendí á capitan de mar y guerra y despues á Almirante de los Galeones de Tierra-Firme. Lo mismo les sucedió á mis queridos amigos Márcos de la Cruz y á Juan Campos, éste Almirante de las flotas de Nueva España. Jamás el cañon de mi *Capitana* quedó mudo. Jamás mis bravos marinos fueron vencidos. Con *vivas* entusiastas á *Dios*, á la *Pátria* y al *Rey*, como leones, se arrojaban á la pelea, re-

(1) Vivia en 1620, en Sevilla, collacion de Santa María Magdalena.

cogiendo siempre los envidiables laureles de la victoria.

La España lo coronó de frescos mirtos.

XXX.

Con nobles maneras, tostado rostro y aire belicoso entró en el circo otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Gerónimo de Portugal,* almirante de las Flotas y Galeones de Nueva España. (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Teñir muchas veces, defendiéndote, el agua de los mares, con mi sangre nobilísima, traer flotas inmensas de Nueva España y Tierra firme, llenas de oro y plata. Guerrear cuando era jóven al lado de mi dulce amigo el almirante Francisco Diaz Pimienta, caballero del Hábito de Santiago, *cuyo valor y esperiencia militar en las cosas de la mar*

(1) Vivia en 1614 en la Parroquia de Santa Maria Magdalena.

dignamente le grangearon el premio de tan gran puesto como el que ocupó. Los Portugales fueron siempre leales vasallos, bravos caballeros.

La España lo coronó de perfumadas flores.

XXXI.

Con iguales maneras se presentó en el palenque otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Diego de Portugal.* (1).

—¿Qué has hecho por mí?

—Imitar en todo á mi digno padre ya en el valor, ya en la pericia, ya en la lealtad, vertiendo mi sangre sobre la cubierta de mi *Capitana* por defenderte.

La España lo coronó de laureles.

XXXII.

Con dulces miradas, rostro halagüeño y maneras cortesanas entró en el ancho circo otro almirante.

(1) Hijo del anterior. Vivia en 1650 en la collacion de Santa María Magdalena.

—¿Quién eres?

—*Manuel de Bañuelos y Sandoval*, caballero del Hábito de Calatrava, Almirante de la Armada del Mediterráneo. (1)

—¿Qué has hecho por mi honor?

—Desde mis mas tremppranos años consagrarme á tu servicio con lealtad y valentía. Los triunfadores cañones de mi velera *Capitana* sonaron muchas veces en las costas de Berbería y las de Cantabria y en el Jonio y el Pacífico donde tus enemigos temblaron de pavor. En medio de los mas reñidos combates mis marinos y yo te saludamos con *vivas* entusiastas, con *vivas* amorosos. Cuando en 1648, en las aguas de Barcelona, peleando contra los franceses, derramó sobre la cubierta de su *Capitana*, la última gota de su preciosa sangre, *e nunca bien alabado almirante*, Francisco Diaz Pimienta, Caballero de la Orden de Santiago, tomé yo el mando de aquella aguerrida, heróica Armada, en cuyos gallardetes mecíase el génio de tu gloria

(1) Vivia en Sevilla en 1664.

haciendo temblar de espanto las costas de Levante y las hondas del golfo de Leon. ¡Jornada terrible, digna de inmortalizarse en primorosas letras de oro, ó en blancos mármoles de Corinto!

Escribí la *Historia* de esta batalla, la *Vida del Almirante Francisco Diaz Pimienta*, y un *Viaje al mar Negro*, donde daba curiosas noticias de las playas del Egeo, de los Dardanelos y del pais de los Sarmatas entre los que el sentimental Ovidio murió desterrado.

La España lo coronó de flores matizadas.

XXXIII.

Con alegre rostro y maneras distinguidas entró en el circo otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Pedro de Ursua y Arizmendi.* (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Recorrer los mares del mundo para llevar tu augusto glorioso nombre á las

(1) Vivia en Sevilla en 1644.

playas del Jonio, á las islas del Atlántico, al estrecho de Magallanes y al cabo de Buena Esperanza, dejando levantada en todas partes tu bandera victoriosa. En 1642 vine capitaneando tu flota de Nueva España. En 1651 tus Galeones.

En 1618 estuve en el terrible combate de las costas de los Algarbes á las inmediatas órdenes del insigne almirante de la Armada de Cantabria Miguel Ruiz de Vidacabal, *famoso y esforzado caballero para batallar, de gallardo ingenio, Consejero de Guerra de los Estados de Flandes, persona en fin á quien S. M. podia confiar los más árduos negocios civiles y militares y las mas espinosas comisiones de su Gobierno.*

Escribí una larga *Narracion* de mis campañas dando noticias de las costumbres, de los ritos y de los trajes de los pueblos que habia visitado con mi Armada.

La España lo coronó de siempre vivas.

XXXIV.

Con modesta mirada y graves pasos se presentó en el palenque otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Juan de Villavicencio.* (1)

—¿Qué has hecho por mi honra?

—Guerrear en todos los confines de la tierra, tremolando en toda ella tu bandera victoriosa. En 1638 fuí á la Puebla de los Angeles y á Méjico, donde hice en tu servicio grandes acciones. Allí arreglando negocios gravísimos dejé fama de hombre honrado é inteligente. Los *Villavicencios* siempre han sido valientes y caballeros.

La España lo coronó de mirtos.

XXXV.

Con aire delicado y cortesanas maneras se presentó en el circo otro almirante.

---

(1) Vivia en Sevilla, su patria, en 1632.

—¿Quién eres?

—*Pedro Nuñez de Villavicencio*, caballero de la Orden de Calatrava, almirante de la Armada de Cantabria (1).

—¿Qué has hecho por mí?

—Desde jóven consagrarme á tu servicio derramando mi sangre por tu gloria sin temer jamás á las Armadas enemigas mas poderosas del mundo.

La España lo coronó de flores.

XXXVI.

Con lentos pasos y alegres ademanes se presentó en el palenque otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Juan Nuñez de Villavicencio*, caballero del Hábito de Calatrava (2).

—¿Qué has hecho por mí?

---

(1) Padre del pintor D. Pedro, discípulo de Murillo. Vivia en Sevilla en 1658, calle de Santiago el Mayor, vulgo el Viejo, collacion de Sta. Catalina.

(2) Hermano del anterior. Vivia en 1655, en la parroquia de San Bartolomé. Su hijo don Nuño fué el primer conde de Cañete.

—Hacer árduas campañas surcando en tu servicio todos los mares del mundo. Batirme con pecho fuerte y ánimo tanquilo contra sanguinarios piratas que venian á insultar tus costas. Jamás, como fiel caballero, falté á los trabajos y á las obligaciones que me imponia mi ilustre fatigosa profesion.

La España lo coronó de siemprevivas.

XXXVII.

Con ojos risueños, dulces y blandas maneras, entró en el circo otro almirante.

—Quién eres?

—*Francisco de Pineda Salinas*, almirante de las flotas de S. M. (1)

—¿Qué has hecho por mi honor?

—Salir herido en muchos combates contra holandeses y argelinos, á los cuales hundí en el fondo de los mares. Los *Pineda Salinas* jamás huyeron de las batallas ni entregaron sus espadas á

(1) Vivia en Sevilla en 1681 en la collacion de Santa Cruz.

tos enemigos. Siempre fieles murieron antes que rendirse.

La España lo coronó de laureles.

XXXVIII.

Con aire respetable, magestuosos pasos y finas maneras entró en el palenque otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Francisco Martinez de Granada*, almirante de las armadas y flotas de S. M. (1)

—¿Qué has hecho por mi glora?

—Llevar tu augusto nombre á los más remotos confines de la tierra, destrozando en ellos á tus contrarios. En 1649 vine custodiando desde Barcelona á Dénia á la archiduquesa D.ª Mariana de Austria, Reina de España, en la poderosa Armada del intrépido Francisco Diaz Pimienta, caballero del Hábito de Santiago y eterna gloria de la marina española. En 1660 hice á S. M. Don Felipe IV, el «Estudioso,» una larga con-

(1) Vivia en Sevilla en 1577.

cienzuda «Representacion» para que ni las armadas de navíos ni las flotas de galeones alijáran en la bahía de Cádiz sino en el Puerto de Bonanza, *por ser mejor y tener mejores condiciones para el caso.* En los primeros dias de Enero de 1685 á causa de una formidable borrasca mi armada de azogues no pudo entrar en la Barra de Sanlúcar. Ni la pericia de mis inteligentes marinos, ni el valor y el sufrimiento de las tripulaciones, nada, nada pudo aquietar el brazo del Altísimo agitando las aguas del Occéano. Estuvimos bordeando con acertado tino hasta que hicimos rumbo á Cádiz, donde entramos con toda felicidad, sin perder ninguno de los navíos cargados de azogues. Los *Martinez de Granada* fueron siempre marinos esforzados y leales vasallos.

La España lo coronó de frescos mirtos.

XXXIX.

Con miradas atentas, finos modales y aire caballeroso entró en el palenque ótro almirante.

—¿Quién eres?

—*Pedro Manuel Colon, de Portugal*, duque de Veraguas, conde de Gelves, gran almirante de las Indias. (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Salpicar con las gotas de mi sangre las riberas del Báltico y las de Holanda, las de Trípoli y las de Argel. Los *Colones de Portugal* siempre son valientes y caballeros.

La España lo coronó de flores.

XL.

Con alegre rostro y desembarazadas maneras entró en el circo otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Bartolomé Antonio Garrote*. (2)

—¿Qué has hecho por mí?

—Desde jóven servirte con valentía, derramando mi sangre en cien jornadas. De piloto mayor de la Carrera de Indias, por mis méritos literarios y por mis des-

(1) Vivia en 1784, en la collacion de Santa María Magdalena.

(2) Vivía en Sevilla, su pátria, en 1702.

velos en adelantar la marina, ascendí á capitan de Mar y Guerra y despues á Almirante. Yo, con el mayor cuidado, sondeé tus barras, visité tus bahías, reconocí tus puertos, levantando en algunos inespugnables fortalezas.

Escribí á S. M. Don Felipe V, el *Animoso*, un *Manifiesto*, muy prolijo, en el cual dí á conocer con noticias interesantes las armadas y flotas de Nueva España y Tierra firme que han venido á la Penísula desde 1580 hasta 1699, con los nombres de los sábios Almirantes que las mandaron, por cuyo curioso trabajo me dió en *Carta Real* aquel monarca bravo y caballero las mas rendidas gracias. . . . .

La España lo coronó de laureles.

XLI.

Con delicadas maneras y aire caballeresco se presentó en el circo otro almirante.

--¿Quién eres?

—*José Fernandez de Santillan*, con-

de de Casa Alegre. (1)

—¿Qué has hecho por mí?

—Cruzar, desde mis primeros años, los golfos y los piélagos, las radas y las bahías buscando á tus enemigos para hundirlos en el fondo de los mares. Mezclar la sangre de mis venas con el agua del Canal de la Mancha, del Adriático y del Egeo. En las costas de Cantabria tuvo mi Armada un récio sangriento combate con seis grandes navíos ingleses, yéndose á pique mi capitana, por el *ímpetu violentísimo de su hermosa artillería*. ¡Jornada de luto, terrible jornada donde tus marinos probaron su constancia leal, su amor cívico y su incansable sufrimiento! En los pechos de los *Santillanes* no cupo nunca la infidelidad ni la cobardía.

La España lo coronó de laureles.

XLII.

Con rostro alegre, modestos pasos y

---

(1) Vivia en Sevilla, su pátria, en 1702, collacion del Salvadór.

tipo magestuoso entró en el ancho palenque otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Diego Fernandez de Santillan*, almirante de la armada de galeones de S. M. (1)

—¿Qué has hecho por mi gloria?

—Tremolar tu bandera nobilísima en las aguas de Génova y de Burdeos, de Sicilia y de Malta, de Venecia y de Alejandría, no permitiendo en parte alguna que la manchen ni la mancillen. El dia 10 de Marzo de 1706 salí de Cádiz con la Armada de galeones y mi sobrino don Diego Fernandez de Santillan con la de Nueva España. A la vista de Cartajena de Indias, trabamos con los ingleses que habian sorprendido las dos escuadras una tenaz sangrienta batalla en la que peleamos con heróico valor, dejando bien puesto, ennoblecido el pabellon castellano y la honra de su ilustre marina. En medio de aquel cañoneo ruidoso, de aquel denso humerío, tus insignes ma-

---

(1) Vivia en Sevilla, su pátria, en 1704, collacion del Salvador.

rinos te victoreaban con entusiasmo. Al caer muertos sobre la cubierta de los navíos, como robles que troncha el huracan, exhalando ya sus alientos postreros, despues de pedir á Dios perdon de sus culpas, exclamaban de esta manera: «¡Adios España: adios España mia: muero gustoso en tu defensa....!» Estas eran las últimas palabras que salian de sus lábios exánimes, estos eran los últimos sentimientos de sus generosos corazones. En este horrible combate hasta el *pobre grumete* se portó con extraordinaria valentía.

La España lo coronó de eternas siemprevivas.

XLIII.

Con rostro simpático, tiernas miradas y tono pomposo entró en el circo otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Diego Fernandez de Santillan.* (1)

(1) Sobrino del anterior. En 1704 vivió en Sevilla, su pátria, collacion del Salvador.

—¿Qué has hecho por mí?

—Servirte con fidelidad y valentía desde los más tempranos años de mi vida. Batallar muchas veces y caer herido sobre la cubierta de mi almiranta victoreando tu augusto nombre con ardiente entusiasmo, lo cual daba valor á mis marinos para imitar mi noble ejemplo. En 1706 mandando la formidable armada de Nueva España tuve contra los ingleses, esos hijos de la soberbia Albion, un largo y sangriento combate donde tu hermosa marina lució toda su inteligencia. Sobre aquellas aguas, ondeando tu bandera valerosa, llevó tu gloria á todos los ámbitos del mundo. Allí el almirante y el grumete, el piloto y el condestable se portaron con la misma valentía, con el mismo denuedo. ¡Jornada digna de jamás darse al olvido, jornada ilustre, famosa jornada!

La España lo coronó de flores.

XLIV.

Con grave rostro y desembarazadas maneras, entró en el ancho palenque otro almirante.

—¿Quién eres?

—*Manuel Almonacid Lopez Pintado.*

—¿Qué has hecho por mi gloria? (1)

—Batirme con bizarría en las aguas de Barcelona para que tus enemigos levantáran el bloqueo que le tenian puesto. Ser el terror de Berbería, destrozando muchos de sus jabeques que infestaban el Mediterráneo con sus crueles piratorías, y siempre mostrarme en todos mis actos y palabras como tu mas fiel servidor y vasallo.

La España lo coronó de laureles.

XLV.

Con atentas miradas, pasos firmes y alegres rostros, entraron en el circo, unidos en grupos, varios almirantes.

—¿Quiénes sois?

—*Lope de Flores*, almirante de las flotas de S. M.

(1) Natural de Tembleque, en la Mancha. Murió en Sevilla á mediados del siglo XVIII. Está sepultado en la iglesia de religiosas de S^ta. María de los Reyes, collacion de Santiago.

—*Antonio Serrano.*

—*Fernando Chacon.*

—*Pablo de Contreras,* almirante d
las flotas de S. M.

—*Gerónimo Gomez de Sandoval.* (1

—*Gaspar de Velasco.* (2)

—*Francisco Salmon.* (3)

—*Gaspar de Palacios.* (4)

—Qué habeis hecho por mi gloria?

—Derramar nuestra sangre en tu de
fensa. Pelear con nuestras armadas é
las costas de Italia é Inglaterra, de Fran
cia y de Berbería. Enaltecer tu marin
con nuestras espadas y nuestras plum
llevando por medio de las unas y la
otras tu nombre augusto á los más apa
tados confines de la tierra y ser siemp
tus más fieles servidores.

La España los coronó de etern
siemprevivas.

---

(1) Vivia en Sevilla en 1630.
(2) Vivia en Sevilla en 1674.
(3) Vivia en Sevilla en 1700.
(4) Vivia en Sevilla en 1704.

XLVI.

Reunidos todos los almirantes, entraron juntos en el ancho palenque. Parados ante el trono del Génio de la España le hicieron corteses, reverentes saludos. Las ninfas con canastillos y guirnaldas de lindas flores los rodearon, para irlas salpicando en su camino,

Entónces la España levantándose de su régio sitial y mirando con ojos amorosos á los almirantes, les habló de esta manera:

—Sábios almirantes, batalladores invencibles: vosotros me dísteis muchos dias de gloria y de ventura. Vuestros cañones, hundiendo en el fondo de los mares á las más soberbias poderosas armadas, llevaron mi augusto nombre del uno al otro estremo del mundo. Por vosotros fuí grande; fuí rica; fuí temida, fuí respetada. ¡Dichosos mil veces los varones que, sirviendo á su pátria, se sacrifican en su defensa!

Cuando la España llegó aquí dos gr[illegible]

sas lágrimas, cual perlas de Golconda resbalaron por sus blancas mejillas.

—¿Por qué os afligís? ¿Por qué llorais Señora.....? le preguntó el decano de los almirantes, *Bartolomé de Villavicencio*.

—*Villavicencio* lloro porque algunos de vuestros sucesores de este siglo no han seguido vuestro noble ejemplo. En Setiembre del pasado año de 1868, en la bahía de Cádiz, rompiendo mi trono *aunque ocupado por quien de derecho no le pertenecía*, vendiéronme traidoramente. Unidos á otros desleales dieron orígen á un andrajoso amotinamiento, á una revolucion asquerosa que ha producido el horrible amargo fruto de *negar á Dios*, *insultar á María*, mi dulce amparo en las Navas, en Otumba, en Lepanto y en Bailen; *vilipendiar á los Santos, maldecir á mis queridos hijos Fernando III*, *Isidoro de Sevilla*, *Teresa de Jesús é Ignacio de Loyola*, *demoler los altares de Jesucristo, levantar templos al paganismo y á la heregía, romper los blandos sacrosantos lazos del matrimonio y dar, en fin, rienda suelta á los inicuos, á los bárbaros de la civilizacion.*

—¿Y quiénes fueron, Señora, esos malos españoles? le interrogó *Villavicencio*, horrorizado y convulso.

—*Villavicencio*: No quiero manchar mis lábios. No quiero nombrarlos, no.

Entónces los almirantes, con las manos levantadas al cielo, dando fuertes suspiros, esclamaron á una voz:

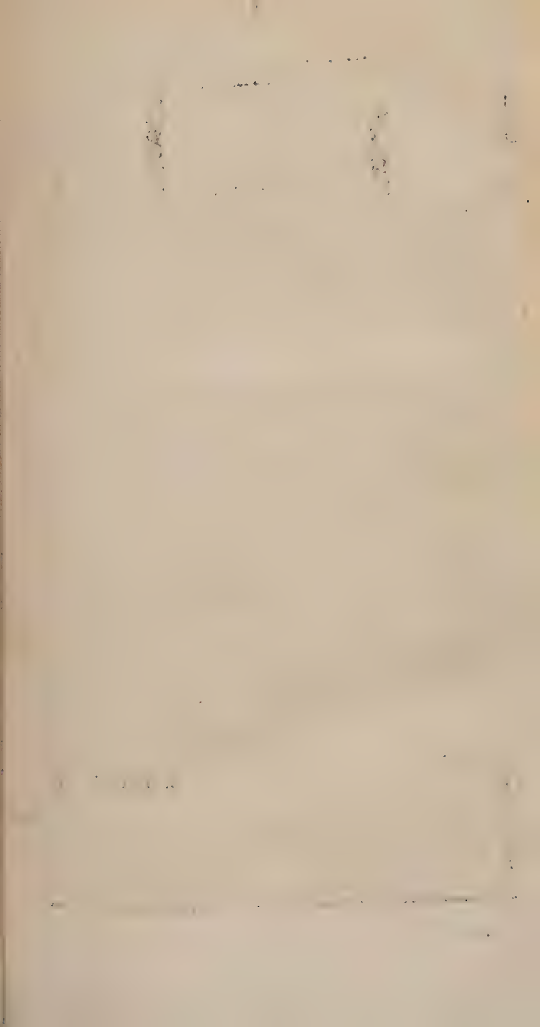
—*¡Siglo malvado! ¡Pobre España! ¡Marina miserable!*

XLVII.

La vision, como niebla de la mañana, desvanecióse. La luna, entre gasas funerarias, ocultó su pálido semblante. Un silencio profundo sucedió de repente, sin oirse más que el suave, débil murmurio de las olas del Guadalquivir, estrellandose contra la opuesta orilla.

El *oscuro, triste erudito*, suspirante, taciturno, caminando con lentos pasos hácia Sevilla, lloró tambien por la infeliz España.

FIN





RECUERDOS

DE

AZNÁLCOLLAR,

POR

D. ANTONIO G. AZEVES.

SEVILLA.

IMPRENTA DE OPERARIOS,

MORATIN 5 (ANTES RAVETA),

1873.

RECUERDOS
DE AZNÁLCOLLAR.

A la señorita doña Josefa Maria
Gonzalez Tellez.

CARTA HISTÓRICO-ARTÍSTICA.

Aználcollar 10 de Agosto de 1873.

I.

Mi distinguida amiga: la ateista demagogia perturbadora, que llenó de susto, de sangre y de lágrimas, á mi pátria Sevilla, forzóme á abandonarla el dia 23 del pasado, para ponerme á salvo en esta tranquila villa, donde gracias á Dios, no se oyeron los estrépitos de las armas, las quejas de los heridos, los ayes de los moribundos, sino el canto poético de las aves, el misterioso balido del cordero, y

el susurro suave de las áuras de la Providencia.

Deseando que V. conozca la historia de este pueblecito, y las bellezas que encierra su Iglesia Parroquial, le dirijo esta carta, suplicándole que la reciba y lea con su acostumbrada benevolencia.

II.

Esta villa, segun la mas antigua y popular tradiccion, fué fundada por un rico moro de Sevilla, llamado *Aználcollar*. Su poblacion es de seiscientos vecinos. Muy cerca de sus casas corre entre profundas barrancas, el *Ménoba* de los romanos, el *Guadiamar* de los sarracenos. Toda su riqueza es agrícola. Tiene mucha ganadería é infinitos asientos de colmenas, las cuales labran una miel de sabor delicioso, por estar sus montes llenos de inmensos romerales.

Posee últimamente dos ricas minas de cobre, llamadas *Santa Flora* y los *Hilillos*, esplotadas hoy por unos poderosos comerciantes de Escocia.

III.

Todavia, por varios sitios del término de Aználcollar, vense los fragmentos del célebre acueducto de Itálica, el cual naciendo cerca de *Tucci*, llevaba el agua á aquella famosa Colonia romana. Trozos de algunos arcos y puentes, se conservan en tan buen estado, que no parece sino que acaban de salir de las manos de los sábios hidráulicos de la Señora de las naciones

IV.

En la *Mesa grande*, altura dilatadísima, y algunos otros puntos del territorio de Aználcollar, se encuentran fortalezas casi del todo echadas á tierra, que los hijos de las *Aguilas* y de la *Media-luna*, levantaron durante sus largas dominaciones.

V.

Poco menos de una legua, al Norte de esta villa, en el sitio llamado el *Cam-*

pillo, existe un grande edificio comenzado á labrar, al que los naturales conocen con el nombre de la *Obra*. Era el magnífico palacio que el Conde Duque de Olivares, el Ministro Universal del Réy Poeta Felipe IV, el amigo de Rioja, el Mecenas dadivoso de los ingenios españoles, comenzó á levantar para retirarse á él los últimos años de su vida, oyendo el arruyo de la amorosa tortolilla, el mugido del ternero y el agradable trino de los ruiseñores. Sus comarcas respiran esa melancolía indefinible que la siente el corazon sin que jamás las lleguen á esplicar con exactitud, el labio ni la pluma.

Este ilustre baron, que ha sido tratado en su vida pública y privada con tan vario criterio por algunos escritores modernos, conociendo las peripecias de las grandezas humanas, y lleno de aquella fé religiosa, tan propia de su siglo, quiso erigir esta *casa de retiracion*, al decir de la Escritura que se custodia en el archivo municipal de esta villa, para acabar sus dias *léjos del mundanal ruido* de los saráos tumultuosos, y de la

bulliciosa córte de aduladores que nunca han faltado ni faltarán á los grandes y poderosos de la tierra.

VI.

La Iglesia Parroquial intitulada *Nuestra Señora de Consolacion*, de bella arquitectura, comenzó á labrarse en 1783 por el maestro Alarife Antonio Lopez, natural de la villa de Umbrete, durando su fábrica hasta 1793. Tiene tres naves con crucero, y tres puertas, la principal y dos fronteras, una al lado del Evangelio y otra al de la Epístola.

La primitiva Iglesia Parroquial, despues de la Conquista de *Garci Bravo*, estuvo donde hoy se halla el cementerio público, indicando por varios restos que allí quedan de pura albañilería morisca, haber servido de Mezquita á los secuaces del falso Profeta.

Muchos años despues, pasó á una capilla llamada de *San Sebastian*, la cual fué reducida á cenizas por una de las velas que ardian en el Monumento, el el Viernes Santo de 1788, quemándose en

este voraz incendio hasta el *Santísimo Sacramento.*

VII.

El altar Mayor, ni las estátuas que lo decoran, son dignos de remembranza.

Nave del Evangelio. En el crucero encima de la puerta de la ante-sacristia, hay un cuadro de la escuela Sevillana, de tamaño natural, que representa á *San José* con el *Niño Dios* en los brazos, obra de regular mérito. En dos altaritos de este lado un *San José* y una *Santa Rita*, esculturas de razonable ejecucion: *Nuestra Señora del Rosario*, imágen de vestir que existe en su Capilla, es del ya difunto escultor Sevillano don Juan de Astorga. En el ático de este altar, un *Santo Tomás Apostol*, pintura de buen colorido y correcto dibujo. En el del retablo de la *Santisima Trinidad*, luce una graciosa *Pastora*, debida á los suaves pinceles de *Alonso Miguel de Tovar*. En otro altar inmediato, una buena estátua figurando tambien á la *Divina Pastora.*

Nave de la Epístola. En el crucero, junto al retablo del Señor de la *Vera Cruz*, sobre una humilde peana, el artista, el erudito, el literato, pueden admirar á un *San Sebastian* en el martirio, selectísima creacion de los entusiastas ardientes cinceles de Gerónimo Hernandez. Actitud, tono, escorzo, todo, todo es digno de aquel inolvidable artífice, una de las más grandes glorias del arte sevillano. En la capilla de *Ánimas*, vénse una efigie de vestir representando á *Nuestra Señora del Cármen*, y un lienzo á *San Rafael*, obras agradables.

En la capilla de *Nuestra Señora de Fuentes Claras*, existe un cuadrito en el que cuatro soldados del regimiento de infantería de Granada, naturales de Aználcollar, sorprendidos en la última gloriosa guerra de Africa por un bullicioso enjambre de marroquíes, encomendándose á esta *Señora*, los hicieron morder el polvo. ¡Religion Santísima: así levantando sus ojos á Dios y á María, vencieron nuestros mayores en las Navas y en Alarcos, en Otumba y en

Pavía, y nuestros coetáneos lo acaban de hacer en Eraul y en Alpens!

VIII.

En el término de esta villa había en lo antiguo, diferentes Santuarios Rurales, y un monasterio de Basilios. Nuestra Señora de *Fuentes Claras*, cuya imágen está en la Iglesia Parroquial. Nuestra Señora de las *Cuevas*, existe en la casa de los señores Morenos. Nuestra Señora de la *Encarnacion* en la Parroquia. La *Divina Pastora* que era la titular de la Iglesia de la cercana aldea del *Torilejo* es de la que hicimos mencion arriba, y últimamente tambien están en la misma Iglesia Parroquial, Nuestra Señora del *Buen Suceso* y *San Basilio*, procedentes del Monasterio del *Tardon* situado en el sitio del *Relamar*.

IX.

En Aznalcollar, como en casi todos los pueblos, no han faltado algunas personas notables, dignas de recordarlas.

porque no han muerto todavía en la memoria de sus habitantes.

El famoso mulato Amaro Gallego, fué el único que en la asoladora peste de la *landre* del año de 1649, quedó vivo en esta villa. El Rey lo hizo noble, heredando á todos los vecinos de ella. Murió el dia 11 del mes de Noviembre de 1685, como lo acredita la siguiente partida que copiada á la letra dice así:

En doce dias del mes de Noviembre de millseicientos ochenta y cinco años, se enterró en sepultura tras ordinaria de esta Iglesia Parroquial de esta villa de Aznalcollar, el cuerpo, defunto de Amaro Gallego, vecino que fué de dicha villa, y habiendo recebido los Santos Sacramentos, otorgó su testamento ante Francisco de Ortega Vilches, escribano público de ella, en diez y siete dias del mes de Octubre de dicho año, y en él dispuso se cantasen dos misas luego que falleciera, y que los nueve dias inmediatos, á su entierro se rezasen ocho misas en dicha Parroquia, y se cantase un responso en su sepultura con Cruz

y banco en cada una, y el último dia una cantada con cuatro responsos. Y por distintas devociones y aplicaciones pidió se le dijesen rezadas, sobre las dichas, á dos mill cuatrocientos y once, como consta cláusula de dicho testamento á que me refiero, dejó y nombró albaceas á Pedro Vazquez y á Manuel Medeiro, vecinos todos de esta dicha villa, de todo lo cual doy fé y lo firmo fho ut supra. — Francisco Sebastian Luengo (1).

El Maestro Fray José Lopez, de la Orden de nuestra Señora del Cármen, eloquentísimo orador sagrado, teólogo profundo y notable músico.

Don Pedro de Ortega, de noble cuna, natural de Escacena del Campo, rico labrador y propietario. Frente al caserío

---

(1) Debo esta partida y algunas otras noticias á la amabilidad del señor don José María Fernandez, Cura propio de esta villa, familiar que fué del sábio y virtuoso Obispo de Segorbe el Exmo. señor don Fray Domingo Cañubio, una de las mas claras lumbreras de la Iglesia Española contemporánea.

del cortijo del *Prado*, término de esta villa, vése una Cruz de hierro sobre columna de mármol, para señalar el sitio fatalísimo, donde este señor, el caballo, y el toro que acosaba por fuertes caidas, matáronse instantáneamente. Este triste suceso le hará á V. recordar el magnífico pensamiento del *Divino* Herrera, en su cancion á la *Batalla de Lepanto*, espresado de este modo:

Y cayó en despeñadéro
El carro, el caballo y caballero.

El Caballero don Pedro de Ortega, hijo del anterior, rico hacendado, Alcalde perpétuo de esta villa de Alnálcollar, por el *Estado Noble*, de afable trato, é hidalgos y generosos sentimientos.

Don Julian José Moreno, que esponiendo muchas veces su vida, tanto trabajó á favor de la *Religion, de la Pátria y del Rey*, durante la sangrienta calamitosa guerra de la Independencia.

Don Miguel Moreno y Barreta, su hijo, Regente de la Audiencia territorial de la Coruña, y despues de la de Albacete.

X.

En esta villa han nacido y muerto muchos parientes del amigo de la famosa Emperatriz de Rusia, Catalina *la Grande*, el ilustre general Urrutia, que tanto papel hizo en las sangrientas campañas de aquella célebre Soberana, contra el soberbio *tirano del Oriente*, entre otros la caritativa señora Doña María de las Mercedes Barrera y Urrutia, ya difunta, viuda del referido don Julian José Moreno.

XI.

Lleno de años y de achaques, murió en esta villa el famoso ladron indultado *Diego Melendez*, último de la aterradora cuadrilla de los *Niños de Écija*, observando hasta su fallecimiento una conducta intachable, que lo hizo acreedor á ser *Guardia de Campo* de varios labradores, y despues á la caritativa compasion pública.

XII.

Hasta dentro del término de esta poblacion llegaban los confines del delicioso *País de las Flores.* Nada mas puedo decir á V. para cumplir con mi ofrecimiento. Yo quisiera, deseando saciar su plausible curiosidad, haber visitado una de esas grandes colonias que tanto ruido han hecho en la historia del mundo. Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.

ANTONIO GOMEZ AZEVES.

VEINTICUATRO HORAS

EN SEVILLA.

I.

Eran las cuatro de la tarde del domingo 20 de diciembre de 1868, cuando un jóven extrangero, de bellisima figura, lujosamente ataviado, penetraba por las puertas de la modesta casa de un anticuario sevillano, para visitarlo.

Habiendo, pues, subidò las escaleras, tras de los saludos de costumbre, el anticuario, lo introdujo en su gabinete.

Sentados en cómodos sitiales, el jóven extrangero, sacando de su bolsillo dos cartas, dióselas al anticuario, diciéndole:

—Tomad, señor, estas cartas. Son de dos paisanos mios, y fieles amigos de Usted. En ellas, como vereis, me recomiendan á vuestro cuidado y á vuestra solicitud.

Tomólas el anticuario y habiendo abierto la primera, decia así:

Lóndres 4 de diciembre de 1858.

Mi querido y sábio amigo: el dador de la presente, es un noble é insigne caballero inglés, natural del principado de Gales, jóven estudiosísimo. Dichosamente pertenece, como nosotros dos, á la comunion católica. Está escribiendo un libro voluminoso, intitulado. *Crimenes de las revoluciones españolas, desde la muerte del Rey don Fernando VII de Borbon.*

Espero que usted lo trate con la misma blanda amabilidad, que me trató á mí, durante el dilatado tiempo de mi viaje artístico-literario, á esa hermosa reina del Guadalquivir, y que

enseñe y le esplique minuciosamente los fieros destrozos, que la dura vandálica mano de la Junta Revolucionaria de Setiembre, ha hecho en *San Miguel*, *San Felipe Neri*, *Las Dueñas* y *Madre de Dios*.

No creo malgastará usted el tiempo, ni el trabajo, que eche en ilustrarlo: porque, vuelvo á decirle, es uno de los jóvenes de más vasta erudicion, que hay en este pais y que algun dia encenderá claras antorchas literarias en la antigua *Isla de los Santos*.

Hace ya cuatro semanas escribí á Usted, pidiendole nuevas noticias biográficas de Murillo, Velazquez, Roelas y Zurbarán.

Suplícole encarecidamente me las remita lo más pronto posible, porque ya me están haciendo suma falta, para concluir mi consabido trabajo crítico pintoresco.

Soy de usted, con la mas alta consideracion, afectísimo y agradecido amigo. Q. B. S. M.

..*.

La segunda estaba concebida en és tos términos:

Lóndres 6 de diciembre de 1868.

Queridísimo é inolvidable amigo: Jóven en años, pero viejo en ciencias artes y literatura es el dador de ésta. Los vínculos de parentesco, que me unen á él, me hacen esperar, que usted lo mirará, con su genial benévolencia por que es católico como nosotros.

Vá á Sevilla, á tomar apuntes, para seguir escribiendo una historia crítica sobre las Revoluciones de España, despues de la muerte de su último Rey Fernando VII.

Enséñele usted, detenidamente, esos bárbaros vengativos despedazamientos que la *Junta Revolucionaria de Setiembre* ha hecho, en la gloriosa pátria de Murillo y de Roelas, de Hernandez y de Delgado, de Vargas y de Villegas, de Rol lan y de Montañés.

¡Cuanto diera por tenerlo á usted junto á mi, en estos valles y en estas montañas del *Reino-Unido*, visitando las solitarias ruinas de ciudades populosas, los desvaratados castillos feuda-

les y los caidos templos de los dioses del gentilismo! Buenos ratos pasaríamos!

No quiso usted venirse conmigo á Inglaterra, cuando ahora veinte años estube en Sevilla. Bastante se lo rogué, y por no hacerlo, tube un grave disgusto.

No olvide usted mis encargos. Quiero que pronto me diga alguna cosa nueva, aunque sea muy efímera, de Fernando de Cangas, de Luis Pardo y de Gerónimo de Cobos.

Soy de usted afectísimo, agradecido é invariable amigo. Q. B. S. M.

*. *. *. *.

Cuando acabó el anticuario la lectura lisongera de las dos cartas, mirando al jóven estrangero, le dijo:

—Señor: agradezco, en el alma, la buena memoria de mis dos amigos. Bien se conoce, que son caballeros ingleses, laboriosos humanistas y cristianos verdaderos. Durante sus largas estadas en Sevilla, recibí de entrambos. sin merecerlo, muchas dulces atenciones, mu-

chos delicados respetos. Tanto el uno como el otro, me hicieron conocer á las claras la buena educacion científica moral y religiosa, que los católicos daban á sus hijos en la memorable *Isla de los Santos*, ya, desgraciadamente, envuelta, por su Rey lascivo y temerario, entre las negras tinieblas del protestantismo y los errores dañosos de sus bastardas escuelas.

Mañana á las ocho en punto, continuó el anticuario, si usted quiere, haremos con la gracia de Dios, con la ayuda del Cielo, nuestras visitas á los templos derribados.

Desde ahora caballero puede usted contarme entre sus mejores amigos deseoso siempre de servirlo y de rendirle el más obediente homenage.»

Al acabar el anticuario estas palabras, levantándose el jóven ingles y dándole la mano, se despidió, con mucha afabilidad, hasta el dia siguiente.

II.

Las ocho de la mañana estaba dando la morisca torre de San Marcos, y el jóven inglés, vestido de rigoroso luto, subia las escaleras de la casa del anticuario.

—Ya veis, señor, que soy puntual, en la cita que me disteis. Vengo vestido de negro, por que me parece, que es el color más conveniente, para visitar esos derrumbamientos salvajes, esos lastimeros escombros, y rendir al Todo poderoso la más cordial obediencia y á los católicos sevillanos el más cumplido pésame.

Como pertenezco á una de las naciones más ceremoniosas del mundo, no quiero en lo más minimo, quebrantar sus venerandas costumbres, ni sus usos nobilisimos.

—Muy bien, caballero. Yo tambien voy á imitaros. ¿Quién, que haya sido

bautizado en Jesucristo, no haría lo mismo?

—Nadie.

Contestó el joven ingles.

Habiendo, pues, salido á la calle se dirigieron al *Convento de las Dueñas*, el cual estaba rodeado de la más desgarrapada muchedumbre.

Cuando dieron vista á esta insigne casa religiosa, una porcion de hombres del estado llano en medio de aturdidora gritería llevaban sobre sus espaldas ó medio arrastrando por los suelos varias sagradas imágenes de santos y de santas.

—¡Oh desventurada España! ¡Cuando te lavarás de estas sacrílegas manchas! ¡Cuando te quitarás estos impíos baldones!

Esclamó el anticuario, derramando lágrimas.

—Nunca jamás.

Contestó el joven britano.

—Estas bárbaras escenas, continuó, estos cuadros horrorosos, estos iconoclastas paisages, me hacen recordar en este momento el siguiente suceso y la

cumplida profecía, que en mis primeros años, le oí contar algunas veces, á mi ya difunto padre. Tal era su narracion.

III.

Estando yo, en 1842, con varios amigos, de montería en las sierras de Escocia, á las que ibamos, todas las primaveras, para entregarnos á nuestra diversion favorita y sacudir por algun tiempo, la pereza de Lóndres, retirado de los compañeros me introduje en una sombria espesa selva, donde las aves que cantaban melodiosas, los arroyuelos que susurraban, y las ramas de los árboles, que se movían armónicamente, dábanle un grande interés bucólico. Todo convidaba allí á la más religiosa meditacion.

Distraido me interné en la desconocida selva, cuando al bajar de un montecillo, ví una cabaña, la cual me pareció de pastores. Con cauteloso y

diligente cuidado me acerqué á ella. Un anciano solitario habitábala. Era un exclaustrado capuchino español, blanco como la nieve, de alta talla y delicadísima figura, el cual, en claro inglés, me habló así.

¡Quién sois, señor! ¡Quién os há hecho penetrar por estas vastas soledades! ¡Quién os há traido por estos desiertos desamparados! Siete años há, que los habito, sin haber sentido nunca en ellos, el acompasado ruido de la planta humana, ni escuchado las dulces cariñosas palabras de los hombres.

—Soy un inglés católico.

Le contestó mi padre.

—¡Ah, señor, cuanto me alegro! Yo soy, continuó, un fraile capuchino español, lanzado, en 1835, de uno de los conventos de España por el desatentado Mendizabal, por ese hombre funesto de aborrecible memoria, que extinguió todas las órdenes religiosas, saqueó sus templos, vendió sus campanas y abrió en la noble patria de *Domingo de Guzman*, de *Teresa de Jesus*, de *Ignacio de Loyola*, de *Aurea de Sevilla*, de

Juan de Dios y de *María Coronel*, las puertas infernales del libertinaje y de la incredulidad.

Más no creais, caballero, que solamente en esto vá á parar mi infortunada España: vá á parar, el nefando imperio de los hombres que en ella mandan. Oidlo y nunca, nunca lo olvideis.

Entonces tomando el Crucifijo, que tenia colgado al cuello, bañándolo en copiosas lágrimas, besándolo con blandísima devocion y cariñosa ternura, dijo estas tremendas apostólicas frases.

—¡Oh, Jesus mio amantisimo: en 1868 ¡ay dolor! te negarán, te despreciarán, te maltratarán, en los profanados púlpitos de los templos suprimidos, en las plazas y en las calles españolas! Pero entonces acuérdate de aquellas afables é indulgentes palabras, que, en el Calvario, ya exánime, dirigiste á tu Excelso Padre.

—*Señor, perdónalos, que no saben lo que hacen.*

—Habiéndole besado la mano y llena mi alma de pavor religioso, me despedí de aquel Santo anacoreta.

Al año siguiente de 1843, el último que, á causa de mis años y de mis achaques, fuí de cacería á las montañas de Escocia, busqué diligente la cabaña del Capuchino. Pasadas algunas horas de andar cruzando por aquellos espesos matorrales, por aquellas riscosas breñas, una frágil é inocente avecilla puesta en los aires delante de mí, rompiendo en los deliciosos arpejios de la Providencia y cantando las dulces xácaras de las soledades, sirvióme de segura guía para encontrarla.

Pero en lugar de la cabaña, vi en el suelo que ella ocupaba, una humilde sepultura, rodeada de rosales y de jazmines, los cuales aromatizando aquellos recintos silenciosos, despedían de sus preciadas flores, gratísimas fragancias. Innumerables pajarillos, posados en sus pimpollos trinaban á porfía. Una cruz de bronce, clavada en tierra, contenía esta leyenda.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur.

Admirado y atónito con lo que estaba viendo, me preguntaba á mí mismo

¿Quién ha puesto aquí esta Cruz? Quién ha escrito esta leyenda? Quién ha plantado estos rosales, estos jazmines? Quién ha traido á estos pajarillos? Quién ha sepultado á este anacoreta?

Entonces creí oir las voces de los ángeles y de los serafines, que me decian.

—*La mano del mismo Dios, que galardonea y embellece los sepulcros de los justos.*

—Llorando á mares, retireme de la olvidada sepultura de aquel venerable capuchino, que por agradar á Jesucristo y aplacarlo en su honda ira, vino á morir lėjos de su pátria, entre las fragosidades de las montañas de Escocia.

¡Gran profecía ya cumplida infortunadamente, como la estamos viendo!

Esclamó el anticuario. Entonces mirando al jóven inglés, continuó.

IV.

—Este era, Señor, el convento de Religiosas cistercienses de *Santa Maria de las Dueñas*, fundado en 1251 por el valiente Rey San Fernando III de Castilla, *Azote del orgulloso sarracenismo*, llamado así por las nobilísimas Señoras que primeramente lo habitaron. Duró su hermosa fábrica hasta 1292.

Saludemos con la mas profunda veneracion, inclinando al suelo nuestras cabezas, esta rica morada del Dios de los Egércitos y por algunos dias de la Reina Doña Isabel la Católica, de aquella muger incomparable, que á fuerza de grandes afanes, de muchos sacrificios, logró echar á la morisma de la Alhambra y estender la clara luz del evangelio y de la verdadera civilizacion desde los valles floridos del Anaguac hasta las riscosas cordilleras de los Andes.

No entremos, no Señor. No traspasemos sus desvaratados umbrales, por que nuestras lágrimas, rebosando en nuestros pechos, correrian por nuestras megillas y nuestros ayes se ahogarían en nuestras gargantas.

En su lindo templo, de una sola nave, veíanse dos altares de altos relieves, muy bien ejecutados. El Mayor y uno y el del lado del Evangelio: aquel, con santos y santas de la órden y este con un San Juan bautizando á Jesus en el Jordan, obras del esclarecido estatuario sevillano Juan Bautista Vazquez. En el lado de la Epístola otro, figurando la *Cena*, perteneciente á la época del renacimiento. En el coro bajo, habia una tabla, representando á *Nuestra Señora*, regalo de la Reyna Doña Isabel la Católica, trabajada por su concienzudo *Pintor de Cámara*, Antonio del Rincon, Caballero del hábito de Santiago.

Este convento, uno de los mas ricos de Sevilla, poseía en lo antiguo, una lindísima Custodia de plata, encanto de los aficionados, labrada con la in-

disputable maestria y la esquisita be-
lleza, que el inteligente Francisco de
Alfaro, supo dar siempre á sus delicadas
é inimitables creaciones.

En la clausura, veianse varios zó-
calos de azulejos de los siglos XVI y
XVII, algunos buenos artesonados, en-
tre los que sobresalian los del *Salon de
Isabel la Católica* y los de la escalera
principal, una severa torrecilla de úl-
timos del siglo XV, de dos arcos, para
campanas, con lindas medias columnas,
azulejos estrellados y una cruz de hierro
por remate, varios santos y santas
de barro, esculturas de mérito y una
pintura antigua y milagrosisima, que
figurarba á Jesus en la calle de la Amar-
gura, llamada el *Señor de Compte*,
por haberle dado á una religiosa el
dedo pulgar que le faltaba en su mano
derecha.

En este convento, Señor, han vivido
muchas mugeres penitentes, muchas
virgenes ilustres, muchas sabias escri-
toras. Entre estas últimas, descuella
Sor Constanza de Osorio, su dignísima
ádabesa. Nació en Sevilla en 15

Murió con fama de santidad, el dia 3 de octubre de 1637. Escribió entre otras muchas obras, unas doctas *Ilustraciones* sobre los tres primeros capítulos de Isaias: una luminosa *Esplicacion* de los salmos, segun los pone el breviario cisterciense y un concienzudo trabajo intitulado *Huerto del Celestial Esposo*, publicado en Sevilla el año de 1686, en la famosa imprenta de Tomás Lopez de Haro, muy aplaudido de los humanistas de aquella época.

Tambien embelleció esta clausura, la Santa Madre, Sor Maria de Salazar. Nació en Sevilla en 1622. Murió el dia 15 de Marzo de 1698. El Padre Gabriel de Aranda, una de las dulces glorias de la Compañía de Jesus, escribió y publicó su vida en Sevilla en 1699. Yacian sus estimables cenizas en el hueco de un altar, situado en los cláustros bajos.

A las abadesas, en fin, de este convento, escribia con frecuencia, cartas cariñosas y edificantes la gran Reyna Isabel la Católica.

Retirémonos ya, Señor, de estos frios

escombros; donde el polvo sagrado nos ahoga y sigamos nuestras visitas.

V.

Habiendo, pues, atravesado unas lastimeras ruinas, el anticuario, parándose y señalando con su baston á un estendido edificio, medio despedazado, habló así:

—Este era, Señor, el *Oratorio de San Felipe Neri*, con el tierno título de *Nuestra Señora de los Dolores*, fundado en 1695 por los venerables Padres Don Francisco Navazqüez y D. Feliz Arroyal, los cuales vinieron á Sevilla, en alas del Evangelio, para erigir este suntuoso trono á la Reina de los Angeles, á la Madre de los pecadores.

En 1711, el piadoso caballero Don Juan Rodriguez de los Rios, Administrador General de las Rentas de Salinas, dejándolo en su testamento por su universal heredero, pudo levantarse

con la magnificencia que tenia, antes de que la dura mano de Setiembre con su roce demoledor, lo haya traido al triste estado, en que ahora lo vemos.

En su Iglesia y en su capilla de ejercicios habia algunas cosas buenas de las bellas artes. Pinturas lombardas, estátuas de Gixon, de Duque Cornejo y de los Ramos y frescos de Espinal, de Suarez y Pedro de la Fayeta, las avaloraban.

Ahi señor, en ese templo sacrosanto concurria diariamente, un numeroso concurso de todas las clases y categorías sociales, para asistir al sacrificio de la misa, oir la palabra de Dios, confesar sus pecados y revestirse de la impenetrable armadura del *Pan del Cielo*, para sufrir, con paciencia los punzantes reveses, los asperos combates de la vida humana. Por esos sagrados suelos corrian abundantemente las lágrimas de la viuda desamparada, del achacoso anciano, de la pobre huerfanita. En esos ambitos misteriosos oianse los ayes y los suspiros del pobre y del rico, del sabio y del ig-

norante, del grande y del pequeño. El hombre Dios que por nuestra salvacion espiró en el Calvario todo lo iguala y lo nivela

Muchos santos varones, muchos grandes oradores sagrados han vivido en este Oratorio, realzando sus gloriosos timbres. Entre ellos sobresalen, el Padré de Teodomiro Ygnacio Diaz de la Vega, fundador de su casa de Ejercicios, el cual con su alta y acostumbrada elocuencia, entre otros notables sermones predicó en la Iglesia de la Universidad Literaria la sentida *Oracion fúnebre* al horrible bárbaro guillotinamiento del Rey de Francia Luis XVI (1)

Este insigne varon apostólico, se distinguió entre todos los de su época

---

(1) El dia 21 de Enero de 1793, estando el cielo nebuloso y encapotado, sufrió el martirio en la plaza de la *Revolucion* de París. Tenia 38 años, 10 meses y 27 dias de edad y 18 años y 10 dias de proclamado Llevó sobre su noble cabeza la corona de Clodoveo 17 años, 7 meses y 8 dias. Murió pobre, en la tierra para vivir rico, en el cielo.

por el mérito literario de sus escritos, como lo prueban los libros que compuso de los *Ejercicios espirituales de San Ignacio*, cuyas inspiradas meditaciones pueden colocarse al lado de las de Fr. Luis de Granada y demás autores clásicos del siglo de oro de la literatura española.

El sabio humanista y poeta sevillano D. Alberto Lista y Aragon, que lo oyó repetidas veces predicar, y dirigir *Egercicios*, decia: «que sus palabras «producian un efecto dramatico, y que «no habia corazon por duro y obstinado que fuese, que no se rindiera á su voz cuando tomaba el crucifijo en sus manos.

El padre D. José Isidoro Morales, doctísimo literato, y profundo conocedor de la lengua del Lacio, no menos que de la de Castilla, como lo demostró en su obrita intitulada: *Carta á Don José Mazarredo, sobre la educacion de su hija*, en latin y castellano, con una pureza y elegancia, dignas de los tiempos de Augusto y de Cervantes.

Y por último, el Padre D. Lucas de

Tomás y Asensio, que escribió con lenguaje correcto y castizo la *Vida del Padre Vega*, donde brilla su genio narrativo, y tres devocionarios *á la Inmaculada Concepcion, á San Felipe Neri y á San Luis Gonzaga*, en los cuales lució admirablemente sus arranques de elocuencia, y su delicadísimo estilo, pasando por modelos los más acabados en su género.

Dejemos ya, Señor, este lugar de suspiros y de lágrimas, donde el *mal* ha desfogado su rabiosa ira y prosigamos nuestras visitas.

VI.

Despues de atravesar algunas alegres plazas y angostas calles, llegaron á una pequeña barreruela.

Esta hermosa casa era, Señor, el opulentísimo convento de religiosas dominicas de *Madre de Dios*, fundado en 1476, por la piadosa y acaudalada Señora Doña Isabel Ruiz de Esquivel, en

un Beaterio de la collacion de la Magdalena, que estaba dentro del hospital de san Cristóbal, junto á la demolida puerta de Triana. Trasladado, en 1486, á este lugar tubo su más alto engrandecimiento.

Ese edificio, que veis ahí, completamente derribado por la palanqueta revolucionaria, por el vampiro setembrino, sirvió de *apeudero* á una *Rica Hembra*, durante su gloriosa y tranquilizadora permanencia en Sevilla. Ahí vivió la muger santa, la muger insigne, la muger inolvidable Doña Isabel I. En ese augusto hospedaje abrió sus labios clementísimos á los vengativos devoradores bandos de los Duques de Arcos de la Frontera y los de Medina Sidonia, que ensangrentaban á Sevilla; sus caritativas manos á los indigentes y su alma purísima á las misteriosas contemplaciones de las miserias humanas, de las fatigas de la vida y de los bienes y de los males de la eternidad. Entre esas ya despedazadas paredes, reunida con sus amigas las monjas, elevó al cielo sus dulces plegarias sus fervorosas oraciones.

Habiéndolo llevado á la portería continuó:

Mirad, Señor, esos azulejos, que están encima de esta portería, representando á la *Virgen del Rosario*, acompañada de algunos santos y santas de la órden dominica. Aunque no son modelos en su género, no dejan de tener bastante curiosidad por su leyenda.

AUGUSTA. FATI. 1577.

En la claúsura vense varias columnas romanas, árabes, paisages, canerias, algunos cuadros de azulejos platerescos, y un gran patio con dos altos cipreses, donde el alma respira la apacible dulce áura de la melancolía religiosa.

Todavía, Señor, se mira, enmedio de patinillos y de celdas, adherida en parte, á las primitivas paredes del convento, una triste memoria de la larga dominacion sarracena. Consiste en un trozo, de veinte varas de largo con una y media de espesor, de la famosa muralla de argamasa, árabe pura, que di-

vidia la *alhamia*, ó juderia del resto de Sevilla. (1)

La iglesia, de una hermosa nave, con un arrogante arco torál y un esquisito artesonad, era un pequeño museo. En ella lucian las pinturas de Luis de Vargas, de Pedro de Villegas Marmolexo, de Juan de las Roelas; las estátuas de Gerónimo Hernandez, de Pedro Delgado, de Juan Martinez Montañes y las obras de otros grandes artífices sevillanos.

Todavia sus panteones guardan las respetables cenizas de venerables Obispos, de penitentes sacerdotes, de sabios esclarecidos, de batalladores animosos.

En uno de ellos, envuelto en negro sudario, solo espera oir para levantarse la trompeta revividora del Angel, el

---

(1) Arrancaba esta muralla en la derribada puerta de Carmona y siguiendo por las calles del Vidrio, Toqueros, Menores y Rodrigo Caro, iba á finalizar en la esquina del Alcazar que dá á las callejuelas del Agua y Huerta del Retiro.

valiente capitan sevillano *Hernando de Luque*, terror de los tiranos del Perú, donde su triumfadora espada atestiguó más de una vez, su irresistible pujanza. (1)

Allí, en bélico atahud, está mirando con adusto ceño á sus bárbaros despojadores. Allí está llorando las miserias de su amada Sevilla. Allí, en fin,

(1) El Capitan Hernando de Luque, Regidor de Panamá, fué hijo de Gonzalo de Luque y de Doña Beatríz Hernandez de Luque, naturales de la ciudad de Córdoba. Con inaudita bravura derrotó en los campos de Panamá con solo 36 hombres, al rebelde tirano Rodrigo Mendéz, que acuadillaba más de 400 insurgentes, haciendo en ellos justicia. Este hecho de armas le valió la amistad del Rey Don Felipe II, el cual le hízo grandes y caballerosas mercedes. Ya anciano murió en Sevilla, el dia 30 de agosto de 1552, en sus casas propias, calle de los Toqueros, número 20. Fué enterrado en la bóveda de la capilla de San Juan Evangelista del Convento de Religiesas de Madre de Dios, cuyo Patronato fundó y tambien una capellania de 25 misas al mes, que debian celebrarse por su alma y las de sus padres, agregando su Patronato al de la capilla y bóveda citadas.

está increpando á los revolucionarios y preguntándoles.

¿Hombres desatentados, por qué derribais con mano impía este precioso santuario, que no sois capaces de concebir, comprender ni levantar? ¿Por qué profanais y os apropiais mi enterramiento? ¿Por qué desperdigais mis cenizas? ¡oh!, si yo os viera; *ay de todos vosotros*: que probaríais de seguro, como los rebeldes tiranos del Pirú, el cortante filo de mi espada!

—No diria otra cosa, no: si sacudiera el sueño de la muerte, ese capitan ilustre, ese altivo guerreador:

Contestó el jóven inglés.

—Innumerables han sido las Esposas de Jesucristo, dijo el anticuario, que florecieron como los lirios y las rosas de los campos, en este jardin de virtudes. La Venerable Madre Sor Mariana de Ríosoto, la melitabunda Sor Ana Maria del Santísimo Sacramento, la pulcra Sor Maria Corona, la áustera Sor Isabel de la Columna, la piadosa Sor Beatriz de la Corona, la sencilla y

columbina Sor Beatriz de Jesus, y últi-
mamente, una hija del *Pintor del Cie-*
Afables, cariñosas y llenas de esa dul-
zura, de esa suavidad indefinibles, que
solamente el catolicismo infundirle en
el corazon humano, vivieron y murie-
ron en esta Santa Casa, dejando sus
respetables nombres un perenne re-
cuerdo de gloria y un fragante olor
de santidad.

Si los liberales sevillanos no fueran,
Señor, tan poco erúditos como olvida-
dizos, y los años que han malgastado
en tumultuarias reuniones y en planes
diabólicos, los hubieran invertido en
serios estudios ó en encomendarse á
Dios, *que bien lo necesitan, porque por
lo mucho que lo ofenden, lo tienen muy
irritado*; ciertamente siquiera por dul-
ce gratitud, por mero agradecimiento,
no viéramos, nó, los destrozos horribles
de estas santas casas.

En 1521 las castas Esposas de Je-
sucristo, soltando de sus puras manos
los libros sagrados ó las ásperas dis-
ciplinas, cortaron vendajes, hicieron hi-
las, labraron delicados confites y auxi-

liaron pecuniariamente á los tristes heridos de la batalla de Villaiar, de aquella primera sombria lucha del comunismo español, contra el santo derecho de los tronos legítimos y la suprema autoridad de los reyes.

Mas tarde, en 1812, cuando Napoleon I tenia á España bajo las herraduras de su caballo, las monjas ayudaban con sus ofrendas y con sus caudales á los valientes que en Bailen y en Talavera, en Zaragoza y en Gerona, en Ocaña y en Rioseco, habian derramado su sangre por la pátria.

En 1820, los heridos y los contusos de aquellos pasageros combates, de aquellas ligeras escaramuzas de la columna revolucionaria del desacertado D. Rafael del Riego, recibieron tambien de ellas los mas abundantes socorros.

No fueron no, olvidados tampoco en estos últimos años, los de Mendigorria ni de Arlaban, de Peñacerrada ni de Villarrobledo.

¡Pero qué digo! Todavia está humeando la brava sangre del *Puente de*

Alcolea. Todavia están pegadas las hilas y amarrados los vendajes que labraron las religiosas cordobesas, aquellas dulcisimas vestales de la risueña Corte de los Califas, que nunca han dejado apagar en sus blandos corazones el ardiente é inestinguible fuego de la caridad cristiana. Todavia los heridos de aquella sangrienta jornada, recostados en los lechos del dolor, besando sus apósitos consoladores, sus limpias ligaduras, las empapan con las misteriosas lágrimas de la ternura y del agradecimiento. Todavia, en fin, aquellos grandes soldados de un *Trono caido* y de una *Revolucion levantada*, bendicen á las santas mugeres, que voluntariamente se prestaron á socorrerlos en sus graves dolencias, á ampararlos en sus míseros infortunios. La afable caridad de las religiosas que siempre escuda al perseguido, medicina al enfermo, viste al desnudo y sacia al hambriento, cubrió con su benigno manto á aquellos peleadores incansables, á aquellos terribles campeones.

Pero dejemos ya, Señor, las ruinas

de este convento y para concluir nuestras visitas, caminemos á llorar sobre las de la Parroquia del Arcangel San Miguel.

VII.

Habiendo andado muchas calles y plazas llenas de gentes que transitaban por ellas, llegaron á una, la cual un gracioso paseo con árboles y asientos le daba suma alegría.

—Esta es, Señor, dijo el anticuario, la Plaza del Duque de Medina Sidonia, ese su antiguo, ya vendido palacio y aquella, la Iglesia despedazada del Arcangel San Miguel.

¡Cúbramos nuestros corazones con los negros cendales de la muerte y salgan de nuestras bocas los àyes del dolor!

Cuando volvais á Inglaterra, á la antigua *Isla de los Santos*: para acabar con la ayuda del cielo vuestra curiosa *Historia*, mojad vuestra pluma en tinta de amargo beleño, si que-

reis pintar al vivo estos paisages lastimosos. ¡Felíz sereis mil veces, si en mengua de los impíos, los lograis inmortalizar!

Mirad ahí, Señor, los dolorosos escombros de la Iglesia Parroquial del *Arcangel San Miguel*, de estilo ojival, con accesorios y ornamentaciones mudejares y delicado ábside, uno de los más elegantes monumentos que en su clase embellecian á la deliciosa Sultana del Guadalquivir, cayó á tierra por la salvage piqueta setembrina, como el robusto hermoso pino, gala de las selvas, se desgaja á los duros é inclementes golpes de la hacha del leñador.

Fundada ó reedificada por varios ricos palaciegos de D. Pedro I, de Castilla, llamado por unos el *Cruel* y por otros el *Justiciero*, calificativos, que á mi pobre juicio todavia, ni acaso jamás estarán bien deslindados, fué una de las parroquias mas bellas de Sevilla y que atesoraba nobles recuerdos históricos.

Las magnificas casas de los Duques de Medina Sidonia, esas que veis allí restaurándose y las de los Condes

Niebla, despues Colegio de Jesuitas de San Hermenegildo, el cuartel de infantería, que mirais allí, enclavadas en su collacion, hacíanla en lo antiguo la más concurrida de las ricas-hembras, de los magnates y de los hidalgos sevillanos. Por esas desvaratadas puertas han entrado muchas veces para implorar las clemencias del Cielo, los grandes y los poderosos de la tierra. Bajo esos techos Almirantes, animosos y bravos, Maeses de Campo, hincados de rodillas delante del Altar Mayor, venian á rendir al glorioso Arcangel los verdes laureles, los ricos trofeos de sus victoriosas batallas. Dentro de esos muros oyéronse los suspiros y los ayes, los rezos y los ofrecimientos de las altas Damas, que seguidas de sus dueñas y arrodilladas en blandos almohadones de terciopelo, bordados de oro y salpicados de piedras preciosas, elevaban sus corazones al Arcangel San Miguel, para que las defendiera con su valiente espada de todos sus enemigos y las alentara en los terribles vaivenes de la vida humana. Ahí, todo fué gran-

de, todo magnífico, todo suntuoso, todo esclarecido.

En los altares de este lindísimo templo lucieron esculturas de Delgado, de Montañes, de los Hitas y de Cornejo y en las paredes lienzos de Wandik, de Roelas, de Pacheco y de Suarez.

En una de sus capillas, el ilustre crítico, poeta, erúdito y anticuario Rodrigo Caro, natural de la villa de Utrera, encontró su última morada.

A los piés de su Altar Mayor, uniéronse con los sagrados lazos del matrimonio católico, *únicos verdaderos*, el inolvidable *Pintor de la tierra* Don Diego Velazquez de Silva y Doña Juana Pacheco, vecina de esta collacion é hija legítima del insigne artífice y escritor Francisco Pacheco. (1)

(1) Sola y curiosa noticia que en este siglo á no ser el autor de la presente obrita, se debe á la diligencia del erúdito Señor Don José Maria Asensio y Toledo. Todas las que dió el Sr. Madóz en su *Diccionario geográfico* y el Sr. Tubino en su *Biografía de Murillo* y algunas más en España y otras naciones, fueron comunicadas por el referido autor ó tomadas de sus escritos.

En esta iglesia, recibió las saludables aguas del bautismo el valiente capitan D. Luis Daoiz, honrra de la artillería española, el cual alentadó por el santo entusiasmo de la religion, de la patria y del amor á su legítimo rey, fué el primero que el dia dos de Mayo de 1808, mandando su heróica batería, murió en Madrid, despedazado por las crueles bayonetas de Napoleon I.

Esta parroquia, en fin, no hace muchos años, tuvo por su Cura Ecónomo al ilustrado Sr. D. Fernando de la Puente, ya difunto, dignísimo Obispo de Salamanca, Cardenal Arzobispo de Búrgos, uno de los dichosos Prelados que en Roma asistieron á la declaracion dogmática del Misterio de la *Inmaculada Concepcion* de Maria Santísima, de antiguo tan pretendida y deseada por la Católica España.

VIII.

Ya, Señor, hemos acabado nuestras lastimeras visitas á las cuatro casas re-

ligiosas, que la piedad, inflamada por la ardiente fé de Jesucristo, levantó hasta cielos, y que el vengativo filosofismo, conducido por el volteriano espíritu, ha echado á tierra.

Con los apuntes que habeis ido sacando, bien podreis enriquecer las interesantes páginas de vuestra *Historia.* Yo espero que en ella pintareis magistralmente, como, con sus bárbaros derrumbamientos, ha dejado á Sevilla la funesta Junta Revolucionaria de Septiembre.

La mano de Satanás, *incautándose* de todas las bellezas artísticas de las iglesias despedazadas ó suprimidas y escondiéndolas clandestinamente, las ha desperdigado por los desvanes y los zaquizamies de Sevilla: para que en su tiempo oportuno, vendidas á alto precio, aparezcan en los salones de los reyes, de los magnates y de los poderosos del mundo, ornamentando sus jaspeadas paredes. (1)

(1) No hablo de los dignísimos comisionados de la Academia de Bellas Artes y de la

Pero las dos está dando la Giralda y ya es hora de que os vayaís acercando al ferro-carril de Córdoba, si quereis alcanzar el tren de la tarde.

—Deseo acompañaros hasta vuestra casa; pues tengo tiempo para todo.

Dijo con amable acento el jóven inglés.

—¡Con mucho gusto!

Contestó el anticuario.

IX.

Habiendo llegado á la puerta de la casa del anticuario, el jóven inglés, dándole con mucha cortesía la mano, le dijo así:

---

de Monumentos históricos y artísticos, que nada nada han su traido: sino de los *malos, perversos incautadores*, que, como las hambrientas aves de rapiña se lanzan sobre las inocentes palomas, para devorarlas, arrojaronse en tropel sobre los santuarios de Jesucristo, para arrancar sus altares, vender sus campanas, remover los huesos de sus tumbas y levantar en los aires el espeso y sofocante polvo de los escombros: donde subia hasta el trono luciente de la *Trinidad Beatisima*, la deliciosa fragancia del humo del Tabernáculo.

—Señor: contentísimo voy de vuestra delicada finura y de vuestra escogida, selecta erudicion. Esto lo haré presente en mi *Historia* y á nuestros amigos.

Si en Inglaterra, ya en Lóndres, en Oxford, en el Principado de Gales ó en cualquiera otro punto de las Tres Islas os puedo ser útil: mandadme con la mayor franqueza. Dios conserve vuestra preciosa vida, como se lo pido de lo más íntimo de mi corazon.

Al acabar estas tiernas palabras, quitándose con mucha reverencia el sombrero, despidióse del anticuario, el cual dirigióle dulcisimos saludos hasta perderlo de vista.

FIN.

EL CONVENTO

DE

S. FRANCISCO DE ASÍS,

CASA GRANDE DE SEVILLA,

POR

D. ANTONIO GOMEZ AZEVES,

Individuo de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

SEVILLA.

IMPRENTA DE OPERARIOS,

MORATIN 5 (ANTES RAVETA),

1871.

EL CONVENTO

DE

SAN FRANCISCO DE ASÍS,

CASA GRANDE DE SEVILLA.

I.

¡Mansion seráfica, morada de peniten cia, gloria de Sevilla: la súcia planta de impío, profanó tu suelo sagrado y su brazo inclemente te redujo á tris es escombros! Los vándalos modernos derribaron tu hermoso templo, palacio de Dios, albergue de santos, mu eo de bellezas, tumba de altísimos personajes ¡Ay! el vólcánico huracan de las revuel tas políticas secó tus lirios, tronchó [illegible] azucenas, arrancó tus cipreces. re[illegible] ciéndolos á leves aristas, que disipo [illegible] todas partes!

II.

¡Convento ilustre, alcázar de sabios! deja, sí, deja, que mi tosca pluma apunte tus méritos, recuerde tus grandezas, señale tus ignorados sepulcros. Deja, sí, deja, que numere tus varones ejemplares, aquellos religiosos que habitando bajo tus yá derribados techos, fueron el oráculo de las Cátedras del Espíritu Santo, la paz de las familias, la ayuda de los enfermos, la mano generosa de los convalecientes y el consuelo y la salvacion de aquellas criaturas desenfrenadas, que pagaban en afrentosos cadalzos sus homicidios crueles, sus horrendos crímenes.

III.

¡Ilustres franciscanos, hijos del Patriarca de Asis, del *Serafin llagado!* si el carro asolador de las revoluciones, pasando por vuestra Santa Casa, logró derribarla para hacerla *plaza pública,* donde hoy el nécio petimetre, la muche-

II.

¡Convento ilustre, alcázar de sabios! deja, sí, deja, que mi tosca pluma apunte tus méritos, recuerde tus grandezas, señale tus ignorados sepulcros. Deja, sí, deja, que numere tus varones ejemplares, aquellos religiosos que habitando bajo tus yá derribados techos, fueron el oráculo de las Cátedras del Espíritu Santo, la paz de las familias, la ayuda de los enfermos, la mano generosa de los convalecientes y el consuelo y la salvacion de aquellas criaturas desenfrenadas, que pagaban en afrentosos cadalzos sus homicidios crueles, sus horrendos crímenes.

III.

¡Ilustres franciscanos, hijos del Patriarca de Asis, del *Serafin llagado!* si el carro asolador de las revoluciones, pasando por vuestra Santa Casa, logró derribarla para hacerla *plaza pública,* donde hoy el nécio petimetre, la muche-

dumbre atolondrada se entrega á vanos, risibles devaneos: nunca, sí, nunca podrá conseguir que la inteligencia, que el buen gusto hispalenses, olviden jamás á vuestros grandes predicadores, á vuestros teólogos insignes, á vuestros laboriosos eruditos, á vuestros poetas melancólicos, á vuestros hábiles artífices, cuyas dulcísimas memorias serán siempre la gala, el orgullo y la delicia de la hermosa Sultana del Guadalquivir. ¡Estimables religiosos, frailes magnánimos: los incrédulos pasan como el humo de las cabañas y vosotros quedais como la roca de los mares! ¡Los incrédulos mueren y vosotros vivireis eternamente!

IV.

Este suntuoso convento, como la mayor parte de los que en Sevilla ha echado á tierra la *codicia del incrédulo*, fué fundado en 1249. por el Santo Rey Fer[illegible]do III [illegible]la, para habitacion de los vali[illegible]igiosos, que, compartiendo con él las súplicas al Dios de los Ejércitos, los desvelos y las fatigas de la

guerra, en los cerros de *Buena vista,* en *Tablada,* en *Mochachar,* en *Galuchena,* en *Aznalfarache* y en todo el territorio de la *Ossethanía,* lo habian acompañado á la gloriosa conquista de la antigua Híspalis. ¡Tal fué el respetable origen de este famoso santuario!

¡Ay! todavía á la caida de la tarde, parece que los airecillos de *Buena vista,* meciendo los pimpollos de las flores, las hojas de los árboles, repiten las oraciones piadosas del Rey batallador, *Azote de la morisma,* y las de estos ilustres franciscanos!

Sus altares de alabastros, sus columnas de mármol, sus puertas de ébano, sus rejas de bronce, su nave esplendorosa, sus pinturas de Murillo, sus frescos de Vargas, sus estátuas de Roldan y todas sus demás ornamentaciones lo avaloraban en extreme.

V.

En los claustros de todas las naciones católicas y singularmente en nuestra España, formábanse varones doctísi-

mos. En ellos florecieron muchos filósofos eminentes, muchos profundos historiadores, muchos humanistas célebres, muchos delicados poetas, muchos eruditos concienzudos. El silencio inquebrantable reinando en sus celdas, convidaba á sus moradores á entregarse de lleno al estudio y á la meditacion.

Allí los frailes, á la clara luz de una lamparilla, con sus capuchos calados, puestos sobre un sillon de brazos echados de bruzes á los bordes de una mesa de herraje, con volúmenes por delante entregábanse á la lectura continúa de los sagrados libros de ambos Testamentos, en los que recojian á manos llenas, el más dulce sazonado fruto. Allí los salmos del Rey Profeta inspiraron la dulce Maestro Leon, la oda del Tajo. Allí los Trenos de Jeremías acaloraron el estro del melancólico Padre Quirós para cantar las ruinas lastimeras de la despedazada *Itálica.* Allí la Historia de Tácito, alentó al severa Padre Mariana, para escribir la de *España.* Allí, en fin, la *Sagrada Escritura*, fuente gloriosa de entusiasmo, era la norma que

siguieron las doradas plumas de los Granadas y los Estellas, de los Sigüenzas y los Nuremberes, de los Ojedas y los Flores, que nunca morirán pasando á mansalva, sus sábias creaciones, las injurias de lor tiempos y las sátiras de los hombres.

VI.

La Iglesia formaba una ancha nabe con arrogante coro. En el arco de la Capilla Mayor habia una *Concepcion* de los angélicos pinceles de Murillo, y varios frescos de don Domingo Martinez. El Altar Mayor era dulce joya de la escultura. El alto y bajo relieve presentaban obras bellísimas de alabastro. Los Marqueses de Ayamonte, sus patronos, hasta la resurreccion de la carne hubieran descanzado allí de las fatigas de la vida, pero los revolucionaros vinieron con afilidas piquetas para despedazar sus tumbas, disipar sus cenizas, oscurecer sus nombres.

En la capilla de la *Vera Cruz* habia diez pinturas de Francisco de Herrera,

el *Viejo*, representando patéticos asuntos de aquel *Arbol Sagrado*, donde Jesucristo derramó á torrentes su preciosa sangre para salvarnos. Estaban concebidas y hechas con el acierto y la maestría de tan justamente aplaudido artífice. Sobre los arcos de esta capilla algunas buenas creaciones y en una sala interior *Santa Elena*, todas del dicho Herrera. En las paredes lucía un lienzo de Francisco Pacheco, firmado en 1599, representando á *San Juan Bautista* y al *Evangelista*. con el *Salvador* en medio, figuras casi del natural.

En el *Claustro chico* existian once pinturas, las primeras que á Bartolomé Estéban Murillo, recien vuelto de Madrid, le dieron eterna fama. Allí, bajo aquellos techos silenciosos, en aquellos alegres cláustros, los ángeles descendieron de las alturas, para inflamar su fantasía, para levantar su pensamiento, para dar vuelo á su pincel. Allí, entre gratos perfumes de flores delicadas, lo aclamaron por *Rey de los artífices*, llamándolo *Pintor del Cielo, Pintor de María, Pintor de las Vírgenes*. Entre

aquellas buenas obras veíase un *S. Diego de Alcalá*, alimentando á los pobres. En este bellísimo cuadro sobresalía una pordiosera con cuatro niños, como de un año de edad. Aquella mujer indigente, aquellas cuatro desfallecidas criaturitas, formando el más seguro retrato del hambre y de la desnudez, encendian en nuestros corazones la llama santa del amor del prógimo, avivaban en nuestras almas el sagrado fuego de la compasion y de la caridad.

Era tambien bellísima una *Santa Clara*, en el acto sublime de espirar, apareciéndosele Jesucristo y María, acompañada de varias vírgenes, que llegaban á recojer, entre sus blancos sendales, aquellos últimos suspiros, aquellos alientos postreros, más puros, más aromáticos todavía, que el lirio de los valles, la azucena de las florestas ó el jazmin de los vergeles.

No queremos pasar en silencio otros dos arrogantes cuadros. El uno figuraba un *Papa* sentado, teniendo delante á un venerable franciscano y un *lego*, junto á este. El otro una *cocina* de un convento,

en la que los *Angeles*, en figuras de *niños y mancebos*, hacían los subalternos oficios de aquel lugar; mientras un *Lego* estaba en éxtasis y otro llegaba á caballo. ¡Pobres incrédulos, que, olvidados para siempre del mundo, morireis en el tenebroso sepulcro, sin que lengua alguna vuelva á recordaros: no torzais el gesto: no os riais con esta tierna, espresiva, filosófica creacion del *inmortal* Murillo! Como la Providencia, en aurea nube vaporosa, manda á la tierra el aire plácido, el suave calor, para madurar las mieses y las frutas de los campos, de la misma manera vienen sus ángeles á las cocinas de los conventos á sazonar sus sencillos manjares. Los demás asuntos pertenecian á la historia de la seráfica órden.

En el *Cláustro grande* habia una buena coleccion de pinturas al fresco ejecutadas por Antonio Mohedano y Alonso Vazquez, (1) artífices de gran cré-

(1) Nació por los años de 1596 en la villa de Belalcazar, provincia de Córdoba, perteneciente a los Estados de los Duques de Béjar. Fueron sus padres Alonso Vazquez y Ma-

dito. La mayor parte desaparecieron á las crueles injurias de los tiempos y de los hombres. Tan solo quedaban ya cuatro, pertenecientes á la *Santa Cruz* á las vidas de *Heraclio* y *Sta. Elena* y la memorable batalla de *las Navas de Tolosa.* Algunas figuras de religiosos de la órden, representando relieves de claro oscuro, al estilo de lo que en el Escorial pintaron Fabricio y Granelli. En uno de los ángulos una *Concepcion* y un *San Buenaventura*, que se tenian por las primeras obras ó ensayos que hizo el *Pintor del Cielo.*

El altar y todas las esculturas de la Capilla de los Vizcainos eran obras selectas de Pedro Roldan, cuyos restos mortales reposan en la iglesia parroquial de San Marcos. Este floron del arte está hoy en el Sagrario. El basamento figuraba la *Entrada de Cristo en Jerusalen.* Resaltaba en el centro de este valiente retablo, para claro testimonio de la gala

---

ria de Rojas. Vino á Sevilla á estudiar el arte. En 1622 contrajo matrimonio en la parroquia de San Pedro, el Real con Maria de Santiago ó Jacoba. Ignoro donde murió.

pomposa de la melancolia cristiana, un *Descendimiento de la Cruz*. Allí, el ilustre sevillano, retrató, al vivo, con severos, gloriosos cinceles, la desgarradora escena, la clamorosa elegia del Calvario. Alli, sublimemente, dejó esculpidas las lágrimas de Maria, el lívido cadáver de Jesus, los suspiros de Juan, los llantos de Magdalena, los sollozos de Nicodemus, los ayes de José de Arimatea y los hondos quejidos de todos los que presenciaron aquella lamentable catástrofe aterradora, *amargura del mundo*, que no habia visto, ni volverá á ver jamás el linaje humano.

En la pared, últimamente, frontera á la sacristia, veíase un retrato de tamaño natural, pintado por Murillo.

VII.

SEPULCROS.

En los anchos panteones de esta Iglesia, estaban sepultados muchos hombres dignos, por sus hazañas ó sus talentos, de no haber muerto en la oscuridad, ni

en el olvido. ¡Dichoso una y mil veces, yó, que, á fuerza de trabajosos desvelos, de indagaciones fatigosas, he logrado dar, á algunos, nueva vida alargándoles la mano. para que salgan, de sus tumbas!

Sepultura del almirante Miguel Ruiz de Vidaçabal.

En panteon propio de su familia descansaban en la iglesia de este convento las respetables cenizas de este infatigable batallador.

Noticias biográficas.—El intrépido almirante Miguel Ruiz de Vidacabal, hijo de padres nobilísimos, vivia en 1604 en Sevilla, como Departamento que era entónces esta ciudad de la gloriosa marina española. Desde sus más tiernos años se dedicó á tan ilustre carrera. Estudió con grande aprovechamiento, siendo muy estimado de sus maestros y de todos sus condiscípulos. Joven cruzó los mares; cogiendo en varias jornadas sangrientas, eternos laureales. Batalló con bravura y generosidad contra las

naciones que querian mancillar el buen nombre de su patria. Era valiente y cristiano y uno de los más cumplidos caballeros que tuvo España. Fué un leal vasallo de sus Reyes, por los que derramó muchas veces su sangre. En los combates como en los saraos, Vidacabal daba bien á conocer su hidalgo origen, su educacion distinguida, su delicada finura. Trajo á Sevilla, varias veces bajo su mando supremo las ricas Armadas Reales y Floras de Nueva España y Tierra Firme, guerreando con bizarría, por salvarias de enemigos orgullosos é insolentes. Hizo, como sábio marino, grandes atinadas reformas en las Armadas españolas, recibiendo por ello los mas gratos plácemes y enhorabuenas. Ahora vamos á registrar su último hecho de armas.

El año de 1618, postrero de su vida, el valeroso Almirante Miguel Ruiz de Vidacabal, mandando la escuadra de Cantabria tuvo un fuerte combate en las Costas de los Algarbes, con otra berberisca, capitaneada por Julian Perez, renegado, natural de Moron de la Frontera y Ostrefo Mahamed, morisco español,

hijo de la ciudad de Ronda. Vidacabal echó á pique algunas naos y las otras, á pesar de su fuerte resistencia, fueron tomadas al abordaje. Los moriscos lucharon con estraordinaria bravura, digna de mejor causa. Despues de ésta, su última gloria marítima, arribó á la plaza de Cádiz, con toda su rica presa. El ilustre Ruiz de Vidacabal entre víctores y aplausos vino á Sevilla. El dia 11 de Diciembre del mismo año murió en la collacion de Santa Maria Magdalena, dando dulces ejemplos de caballero y de cristiano. Seguido su cadáver de lo mas alto del pueblo sevillano, fué enterrado en panteon propio, en la iglesia del convento de San Francisco el *Grande*.

En el libro 1.° de difuntos de la parroquia de Santa Maria Magdalena hay una partida, que, copiada á la letra, dice así:

«El Miércoles 12 de Diciembre de 1618 se enterró en S. Fran.co el Almirante Miguel Ruiz de Vidacabal, hizo Testamento ante Gazpar de Leon Escribano de Sevilla. Albaceas Martin Ruiz de Vi-

dacabal su hermano y el capitan Lúcas de Urquiaga.»

«Miguel Ruiz de Vidacabal, dice un escrito de su tiempo de donde hemos tomado algunas de las antecedentes noticias, era famoso y esforzado caballero para guerra, y de gallardo ingénio, Consejero de Guerra que hasta entónces habia sido de los Estados de Flandes, persona en quien con seguridad S. M. puede confiar mayores cosas, y pocos dias atrás habia tomado cinco navíos de enemigos.»

Vidacabal, en fin, perteneció á aquellos gloriosos Almirantes españoles, de dulce memoria, que paseando la bandera de la pátria por los golfos y los piélagos, destrozaron armadas insolentes, sin que nunca. jamás, como leales hidalgos, como cumplidos caballeros, se reveláran contra sus reyes; antes al contrario. defendiéndolos derramaban gustosos sobre las cubiertas de las *Capitanas* hasta la última gota de su sangre nobilísima. *¡Oh tiempos: oh costumbres, cuanto habeis variado!*

Sepultura de Amaro Vazquez.

En una de las bóvedas comunes de esta Iglesia conventual yacían las cenizas de este acreditado pintor.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla en los últimos años del siglo XVI, de buena familia. Jóven estudió el arte, llegando á tener mucho crédito. Abrió su taller en una casa de la Barreduela de calle Colcheros, hoy de *Tetuan*, número 13 moderno, donde murió el dia 4 de Setiembre de 1831. Fué enterrado en la Iglesia de San Francisco, el *Grande*. Todos los pintores y estatuarios, que en aquella época florecian en Sevilla, lo acompañaron hasta los bordes de su tumba.

En el libro duplicado de difuntos de la Parroquia de Santa María Magdalena, que comienza en 1627 y finaliza en 1633, al fólio 184 vuelto hay esta partida:

«en 5 de setiembre de 1631 se llebo á enterrar á S. Fran.co Amaro Vazquez pintor C.e Colcheros otorgo su test.° ante

Jun Vazquez de Sta [illegible] dejó por sus albaceas á D.ª M.ª Carrillo. Se le ha de decir missa de cuerpo presente. Este dia la dijo el Abad. (1)

«este dia Recibi la limosna de döce missas por el suso dicho de mano de D.ª Maria Carrillo.»

Siguen las misas y los sacerdotes que las dijerón.

Pocas son las obras de este artífice que han llegado hasta nuestros dias. Algunas existen en el Ayuntamiento de Sevilla, y acaso otras se encontrarán en casas de particulares. En 1610 reclamó de la Municipalidad el pago de un retablo del *Nombre de Jesus*, que para ella habia hecho. Vamos á copiar á la letra sus mismas palabras:

Memorial que hace á Sevilla el pintor Amaro Vazquez.

«Digo yo amaro basques ques berdad qᵉ resebi del Señor licenciado Juⁿ Perez

---

(1) Este Abad de los Beneficiados de Sevilla lo era entonces el licenciado Alonso Sanchez Gordillo, ilustre y castizo escritor sevillano.

serrano ducientos reales para en quenta de lo que de aber del Retablo del nombre de Jesus por mano de pedro ligero porques berdad lo firme de mi nombre fecha a dos dias del mes de nobieanbre año de mil y seiscientos y dies años &

amaro basques.

Sepultura de Pedro de la Fayetta

En una de las bóvedas de esta Iglesia yacian los restos mortales de este ilustre artífice.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla en el siglo XVIII de padres oriundos de Italia. Niño se dedicó al noble arte de la pintura, sobresaliendo en los frescos, de los que todavia se conservan algunos en templos y casas principales, adornando salones, escaleras y corredores. Vivia en la barreduela de la calle de los Colcheros, hoy de Tetuan, collacion de la Magdalena. Era hombre de buena imaginacion, de inmensa lectura y de un génio chistoso y ocurrente. En su taller se reunian todos los eruditos sevillanos. Siempre que concluia una

obra, limpiando los pinceles, tiraba los bucheros, las conchas y los tarros á la calle, diciendo con gracioso donaire: *Maldito el trabajo, que no dá para pucheros.* Murió en los últimos años de aquel siglo y fué sepultado en el convento de San Francisco el *Grande.* A sus funerales asistieron todos los amigos de las bellas artes que entonces tenia la Reina del Guadalquivir, porque Pedro de Lafayetta estaba querido por su hombria de bien y sus méritos, del rico y del pobre, del sábio y del ignorante, del noble y del plebeyo.

VIII.

Este memorable convento ha dado muchos Príncipes á la Iglesia de Jesucristo y grandes hombres á la santidad, á la Iglesia, á la literatura y á las artes. Ahora no recordamos sino los siguientes:

El Venerable Padre Fray Luis de Utrera. Varon insigne por su virtud y su sabiduría, eruditísimo en todos los ramos del saber humano. Fué á África

repetidas veces á rescatar cautivos. Si le faltaban medios pecuniarios se quedaba en rehenes. Murió en 1530, sentido de toda Sevilla. Estaba sepultado en la Iglesia de esta Casa Grande.

El Venerable Padre Fray Cristóbal de Toledo. Murió el año de 1535, en opinion de santidad. Estaba sepultado en este convento.

El Venerable Padre Fray Luis de Sandoval. Hijo de familia opulentísima repartió sus caudales inmensos entre los indigentes y tomó el tosco sayal del *Serafin llagado.* Durante los cuarenta años de su vida claustral, fué un vivo ejemplo de caridad, de humildad y de pobreza. Jamás á nadie recordaba sus primeros años, pasados entre la mayor riqueza y suntuosidad. El Padre Sandoval, que era hombre de talento, sabia muy bien que los bienes de este mundo al más ligero soplo de la boca de Dios, se disipan como el humo, no quedando de ellos más que un rastro empapado en lágrimas ó en triste recuerdo. Murió en olor de santidad, en este convento, donde fué sepultado.

El Venerable Padre Fray Juan de Salazar. Religioso de extraordinaria penitencia, de caridad suma, de alta sabiduría. Murió el dia 18 de Diciembre de 1540 y sepultáronlo en este convento.

El Hermano Cordero. Mecánico habilísimo, autor del reloj de la Torre de la Catedral, conocida por la *Giralda*. Falleció en esta Casa Grande. Estaba enterrado en su Iglesia.

El Venerable Padre Fray Fernando de Ojeda, natural de Sevilla. Murió el dia 20 de Marzo de 1606, con fama de santidad. Estaba sepultado en la Iglesia de este convento.

¡Quién no recordará con dolor en los siete conventos de la Religiosa Seráfica, los doscientos cuarenta y cinco frailes, que en el mortífero contagio de 1649 entregaron sus preciosas vidas asistiendo á los invadidos de la horrible *landre*! Pero no, no. ¿Para qué necesitan ya nuestras míseras remembrazas, los que cerca de la *Beatísima Trinidad*, al lado de *María*, cantan laudatorios himnos, cánticos inmortales? Para nada, para nada.

El Venerable Hermano Fray Domingo Unamueño, natural de Durango, en el Señorío de Vizcaya. Se distinguió por su ardiente caridad con los pobres. Diariamente repartia, entre innumerables, pan y comida abundante y bien sazonada, la misma que en valde tratan los impíos de esta época de rebajar con la nécia, repetida frase de *La sopa de los conventos*. ¡Ingratos: callad, callad: acordándoos que, á muchos de vosotros, alimentó en la infancia! Entónces la bendecíais, porque os era necesaria para sostener la vida. Ahora, que estais repletos de esquisitos manjares, comprados con oro mal venido, la maldecís, os burlais de ella con desagradecida insolencia. Murió en esta Casa Grande, siendo enterrado en su Iglesia.

El Venerable Hermano Fray José Bravo, natural de Carmona, notable por los duros cilicios con que castigaba su carne. Murió en 1669 y fué enterrado en la capilla de San Antonio.

El Venerable Hermano Fray Pablo de Jesús, natural de la villa de Fuentes de Andalucía, varon estimable en todo

género de virtudes. Murió el dia 24 de mayo de 1761. A su entierro asistió lo más distinguido, lo mas noble de Sevilla. Fué sepultado en este convento.

El venerable hermano Fray Leonardo de San José, natural de Valdepeñas. Murió el dia 31 de diciembre de 1763. Se enterró en la Capilla de los Castellanos.

El venerable hermano Fray Sebastian de Jesus Sillero, natural de Montalvan, donde nació el dia 22 de enero de 1665. Tomó el santo hábito en 1686. Era de admirable vida y obró muchos milagros. Tuvo don de profecía, como consta de las informaciones que se hicieron de sus virtudes. Murió el dia 15 de octubre de 1774. Enterróse en la capilla de la Vera Cruz. El año de 1810 trasladaron sus restos á lo Catedral colocándolos en el Coro.

El Padre Maestro Fray Fernando de Valderrama, sabio literato. Murió en los primeros años de este siglo.

El Padre Maestro Fray Manuel Gil, último Guardian de esta Casa Grande, profundo teólogo y elocuente orador sagrado, Individuo de número de la Real

Academia Sevillana de Buenas Letras. Por su desinterés y humildad renunció el obispado de Osma, virtudes poco comunes en estos lamentables dias, en los cuales el mas miserable plebeyo, la criatura más pobre quiere vestir la púrpura de los reyes, empuñar el baston de los magnates ó cubrirse con la toga de los cónsules, para mandar á su antojo, ser un *Semidios* y elevar á altos puestos á sus parientes, amigos ó parciales. El modesto Padre Gil, no quiso trocar su cargo de Capellan del Beaterio franciscano del *Pozo Santo*, por el anillo episcopal, ni los estrechos aposentos, ni las alcobas encojidas de su *casita* de la Plaza del Pozo Santo, por los anchos salones, en los jardines estendidos del palacio. episcopal de Osma. Murió en 1860 llorado de Sevilla entera. Sus honras, presididas por el sábio exlector franciscano don Jorge Diez y Alvarez, ya difunto, á las cuales tuve el honor de asistir, celebráronse con grande, selecta concurrencia en la Iglesia del Colegio de San Buenaventura.

IX.

¡Gloriosos discípulos de Francisco de Asís, galas eternas de la Iglesia de Jesucristo, firmes atletas del catolicismo! si los incrédulos, con duro corazon y satánica lengua os arrogaron de los cláustros de la noble, piadosa España, mancillando la limpia historia de vuestras vidas, de vuestros talentos, de vuestras virtudes; *tenedles lástima*, sí; *tenedles lástima*, pues no lo dudeis, no. Pronto vuestra *humilde sandália* aplastará su frente orgullosa. ¡Qué contraste tan señalado: que cuadro tan manifiesto! Mientras ellos, atormentando á las naciones de la tierra, siembran por todas partes la muerte, la horfandad, la desventura. Mientras ellos, revolcándose en el lodo cenagozo de todos los vicios juntos, levantan altares al sibaritismo, á la molicie, al desenfreno: vosotros, frailes generosos, misioneros del Salvador, con los Evangelios en las manos y los Crucifijos al pecho, espuestos á ser martirizados. *buscando la oveja*

perdida, recorreis descalzos, las montañas escarpadas de la Nubia, las orillas arenosas del Marrueco, los pedragosos páramos del Ponto, las selvas floridas del Uruguay, los argentinos valles de la Sonora, para llevar la *luz*, la *dicha*, la *salvacion* á aquellas hordas salvajes, á aquellos pobres llagados corazones, embrutecidos por la interperancia y la desenvoltura del frio gentilismo. de la vergonzosa idolatría.

X.

¡Ilustre Convento, casa del *Serafin llagado*: no llores tus destrozos, no sientas tus desventuras; pues si *ayer* el filosofismo te arrancó de cimientos; *mañana* el Evangelio te volverá á levantar, con ornamentaciones más ricas, mas suntuosas, poblándote de sábios franciscanos, que predicando la *caridad* y la *pobreza*, lleven la antorcha de la civilizacion cristiana á los más apartados confines del Universo!

FIN.

EL CONVENTO

DE

S. AGUSTIN,

CASA GRANDE DE SEVILLA.

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES,

INDIVIDUO DE NUMERO DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

SEVILLA.—1871.

Imprenta de El Oriente, Mercaderes 70.

EL CONVENTO DE SAN AGUSTIN.

CASA GRANDE DE SEVILLA.

I.

¡Albergue de caridad, hogar de mansedumbre, casa de sabiduría, en 1835 un hombre de cuna humildísima, criado tras el mostrador de un pobre mercader, su padre, vuelto á España por la ingratitud y la *bullanga*, cerró tus puertas, arrancó tus sepulcros, *incautó* tus pinturas, vendió tus campanas y tus Religiosos, perseguidos é insultados, salieron de sus celdas, con el dolor en sus semblantes, con el llanto en sus ojos, con la amargura en sus corazones.

El ilustre Santuario de Agustin, del Obispo de Hipona, de uno de los génios

mas sobresalientes del cristianismo, quedó desierto, quedó vacío, quedó desolado.

II.

¡Ay! Ya no vieron mas en su templo los piadosos sevillanos, á aquella milagrosa Imágen de Jesus Crucificado, que era objeto especial de su devocion, el consuelo en sus tribulaciones, la alegría en sus tristezas, la salud en sus enfermedades, y el bálsamo que cicatrizaba las hondas heridas de sus corazones; ni á aquellos valientes lienzos del *Pintor de los Angeles*, ni á aquellos suntuosos sepulcros de célebres adalides; ni á aquellas solemnes magníficas funciones; ni á los predicadores elocuentes, ni á los *Valderramas* insignes, esparciendo desde el púlpito, los altos arranques de la Oratoria Sagrada, las flores lozanas del buen decir; ni á aquella numerosa Comunidad, reunida en el coro, entonando himnos robustos, patéticos cantares al Dios de las Misericordias; ni, en fin, á aquellas ráfagas de humo, que desde los altares, cual fragantes nubes de gloria, se elevaban con pomposa magestad, hasta el trono del Altísimo.

III.

Este convento de religiosos observantes, fundacion del inclito San Fernando, tuvo principio en 1249, en unas casas que aquel valeroso campeon les donó para su alojamiento á los que estuvieron á su lado durante la reñida, sangrienta conquista de Sevilla. Se amplió el edificio en 1292, y posteriormente en 1314 se mejoró por los ilustres sevillanos Arias Yañez de Carranza y su muger D.ª Peregrina de Ayala, los cuales fabricaron la capilla mayor de la iglesia despues de haberles dado, en la primera época referida, unas casas contiguas, que compraron á ciertas monjas de la orden de *Sancti Spiritus*, que guardaban clausura, en su recogimiento, intitulado *Santiago*, en aquel mismo sitio, por la parte opuesta que mira al prado.

Por el parentesco y convenio de los Carranzas, con los Ponces de Leon, en 1347, recayó el Patronazgo en estos, reservándose aquellos un lugar decoroso para sus sepulturas y las de sus descendientes.

Tal es el orígen del rico histórico Panteon que tenian los Sres. Duques de Arcos de la Frontera, bajo el Presbiterio de esta iglesia conventual, hasta el año de 1808, que lo destruyó la traidora invasion francesa.

IV.

Antes de esta infausta época lucían en el templo y casa de Agustin pasmosos trabajos del espíritu humano, grandes creaciones de las bellas artes. ¿Y cómo habian de faltar en la morada de los discípulos del sábio autor de los libros inspirados de la *Ciudad de Dios*, y de otros admirables escritos, las obras de los Vargas, de los Herreras, de los Murillos, de los Morales, de los Varelas, de los Montañeses y de los Roldanes? En la capilla mayor existía en su altar, hecho por el célebre Bernardo Simon de Pineda, en 1664, el Santo Titular, estátua primorosamente egecutada por J. M. Montañes. La puerta del Sagrario estaba enriquecida con un precioso *Salvador* de Francisco de Herrera, *el Viejo*. De este autor eran tambien dos pinturas que ador-

naban el altar en su parte alta, y representaban, la *Asumpcion* de María Santísima á los cielos, y su *Coronacion* por Reina y Emperatríz Soberana de todo lo criado. Otras dos de Murillo, que figuraban á *San Agustin* escribiendo sobre el inefable Misterio de la Santísima Trinidad, y arrodillado ante la *Virgen*, que se le aparece. Algunos ángeles pintados alrededor del retablo, eran tambien de sus pinceles celestiales. Este altar desapareció cuando la invasion de los franceses, sustituyéndose después por otro de buenas formas, jaspeado y dorado, que trazó D. Cayetano Velez y costeó la Excma. Sra. Duquesa de Arcos, con otros adornos en 1819. En los muros laterales se colocaron entonces los cuadros de Murillo y Herrera, con molduras doradas, y unos esbeltos ángeles lampareros, egecutados por el acreditado profesor D. Juan Astorga.

En el cuerpo de la iglesia, que constaba de tres espaciosas naves había en sus pilares copias habilísimas de las obras que hizo Murillo, para el hospital de la Santa Caridad, sobresaliendo una de la escuela de Pedro Pablo. Rubens. que

representa á *Jesús*, con *Marta* y *María*.

NAVE DEL LADO DEL EVANGEELIO. —Al frente estaba la capilla del *Santo Cristo de San Agustín*, denominado así vulgarmente por la iglesia donde se veneraba, pues su advocacion propia era de la *Sangre*. Esta sagrada Imágen á la que Sevilla profesó una singular devocion, fué encontrada el año de 1314 en un subterráneo del prado de Santa Justa, por un hombre piadoso. Su estructura revela pertenecer á la más remota antigüedad. Acaso sea una de las muchas efígies, que ocultaron los cristianos, en la invasion de los sarracenos. En las calamidades públicas era conducida procesionalmente, unas veces á la Cruz del Campo, y otras á la Sta. Iglesia Catedral, acompañada de las autoridades eclesiástica y civil, y de un inmenso pueblo, esperimentando siempre el remedio de la afliccion. Desde la estincion de la iglesia, está colocada en la parroquial de San Roque.

En esta nave estaba el célebre altar llamado del *Juicio*, donde el famoso Martin de Vos, figurando esta última terrible y espantosa escena del fin del mundo, lució

sus buenos escorzos, sus hermosas tintas y su caprichosa invencion. Está firmado el año de 1570, en el que floreció este ilustre artífice uno de los mas insignes pintores de la antigua escuela flamenca, amigo y condiscípulo del gran Jacobo Robusti, conocido por el *Tintoreto*, gloria de la veneciana. Nuestro erudito pintor Francisco Pacheco, hace un acabado elogio de este cuadro en su *Libro de la Pintura*. Hoy se conserva esta joya artística en el Museo provincial.

En el plan de este altar existió antes de la invasion francesa, un gracioso *Niño Jèsus*, obra de Luisa Ignacia Roldan, célebre escultora sevillana, hija de Pedro, llamada la *Roldana*.

Otro de los retablos que habia en esta nave, era el de las Ssntas Vírgenes y Mártires, *Polonia, Lucia* y *Agueda*, escelentes pinturas del delicado estilo de Luis de Vargas. El altar era del órden dórico, y desapareció cuando los franceses, sustituyéndose por otro didicado á *Sta. Bárbara*.

Los cuatro Apóstoles que estaban colocados en un altar, al fin de esta nave, algunos los creyeron obra de Varela,

otros de Roela, y en realidad no eran sino de Herrera, el *Viejo*. En este retablo hubo tambien un magnífico *Ecce Homo* del divino Morales.

Aun cuando existian otros altares en esta nave, eran de poca importancia, considerados artísticamente.

Nave del lado de la Epistola.—La capilla de San Nicolás de Tolentino, que hacia frente á esta nave, no tenia nada que llamase la atencion, ni la de las Virtudes y Santa Mónica, que le seguian inmediatamente.

En la de San Gregorio y las Vírgenes, estaba sepultado el Ilmo. Sr. D. Fray Juan Lasso de la Vega, de la orden de San Agustin, Obispo *in partitus* de Filadelfia, Auxiliar y Visitador de este Arzobispado, que murió en 1516, siendo Don Fray Diego Deza, de la órden de Predicadores, Arzobispo de esta ciudad. Fué muy afecto á esta Casa Grande, y le donó cuantiosas limosnas. En el altar de esta Capilla se veneraba una *cabeza* de las Once mil Vírgenes, preciosa reliquia que trajo de Colonia D. Bernardino Ponce de Leon, hermano del Duque de Arcos, en 1552, con su correspondiente auténtica para es-

ponerla á la pública adoracion de los fieles.

A esta seguia la de Sto. Tomás de Villanueva, en la cual existian dos cuadros de Murillo, con pasages de la vida del Santo. El uno lo representaba cuando era niño, despojándose de sus vestiduras, para darselas á otros niños pobres de su edad; y el otro repartiendo limosnas. Las creaciones que brillaban en el basamento del altar, eran tambien obras del *Pintor del Cielo*. Enriquecia á esta Capilla una reliquia de su titular que habia donado D. Fray Pedro de Urbina, Arzobispo de Sevilla, adquirida en Palencia, cuando hizo las últimas informaciones, para la canonizacion de este Santo.

En la Capilla de San Acasio, estaba sepultada la Venerable Madre Luisa de Jesus, que habia profesado la regla de la tercera órden secular de San Agustin, y murió con fama de santidad, en la casa inmediata á la del *Sacramento* de la calle Ancha de San Roque, el año de 1733. Se le hicieron los funerales con grande solemnidad, asistiendo las personas mas distinguidas de Sevilla.

Ninguna otra cosa notable habia en

esta nave que merezca ocupar la atencion bajo el punto de vista artístico.

En la sacristía existieron muy buenas pinturas. Resaltaba entre todas un *San Agustin* arrodillado, de Murilo, una escelente copia de la *Crucifixion del Señor* hecha en Venecia por el *Tintoreto*, y varios Santos del estilo de Francisco Pacheco.

Ultimamente en los claustros, portería y otros sitios del Convento, veiánse pinturas de la escuela flamenca, y pasages de la vida de San Agustin, de Juan Ruiz Soriano y D. Pedro Tortolero, discípulo de Domingo Martínez. En la escalera lucia una pintura de la *Concepcion*, del Canónigo Juan de las Roelas, y un *Crucifijo* de bastante mérito, de autor desconocido.

V.

En el magnífico panteon de los señores Duques de Arcos de la Frontera, patronos de esta casa, labrado bajo el presbiterio, habíanse dichosamente reunido las cenizas de varones virtuosos, esforzados batalladores, dadivosos *ricos-ho-*

mes de Castilla, dignos de pasar con orgullo á la más remota posteridad. De su recinto parecian salir vapores de gloria, que hermoseaban con sus claros destellos y perfumaban el ambiente con su aroma, dando á aquel suntuoso templo, *que la mano revolucionaria ha dejado desplomar*, un aire de magestad y grandeza, propio solamente de la Casa de Dios.

Allí, vestidos de punta en blanco y empuñando sus triunfadoras espadas, yacian en ricas tumbas de mármol, adornadas con estátuas de alabastro y escudos de hidalguía, D. Pedro Ponce de Leon, *el Viejo*, Señor de Marchena, y el hijo de su mismo nombre, llamado el *Mozo*, que murieron el primero en 1351, y el segundo en 1387. D. Pedro Ponce de Leon, Conde de Medellin, segundo Señor de Marchena: D. Pedro Ponce de Leon, tercer Señor de Marchena: D. Pedro Ponce de Leon, cuarto Señor de Marchena que falleció en 1400: D. Fernando Ponce de Leon, su hijo, Comendador de Moron, por la Orden de Alcántara: D. Lope Ponce de Leon, su hermano: D. Pedro Ponce de Leon, quinto Señor de Marchena: D. Juan Ponce

de Leon, segundo Conde de Arcos y sesto Señor de Marchena, que falleció en 1469.

Digno es tambien de especial memoria el invencible D. Rodrigo Ponce de Leon, tercer Conde de Arcos y séptimo Señor de Marchena, Marqués de Cádiz y de Zahara, que murió en 27 de Agosto de 1492 á los 60 años de su edad, en su Palacio de la collacion de Santa Catalina, varon famosísimo en la historia de las guerras españolas contra la morisma altanera, sepultado en este templo con grande magnificencia y sentimiento de Sevilla.

D. Luis Cristobal Ponce de Leon, sesto Duque de Arcos, que murió en Madrid á 9 de Octubre de 1573, disponiendo en su testamento que su cadaver fuera conducido á Sevilla, para enterrarse con sus padres y abuelos en la iglesia de San Agustin, y que en los puntos por donde pasase, se depositára siempre en conventos dedicados al Santo, y á falta de estos, en capillas, hermitas ú hospitales de su advocacion. Cuando residía en Sevilla, despreciando la pompa de su Palacio, habitaba una

celda de este convento, la cual se respetó siempre, llamándose la *Celda de los Duques*.

Otros muchos personages de esta ilustre Casa yacen igualmente sepultados en este panteon; y en todas las capillas de la iglesia existían sepulcros con elegantes epitafios, de las más esclarecidas familias sevillanas.

Todos, todos han desaparecido y solo resta su memoria para testimonio perpétuo del afecto que la nobleza de esta ciudad, profesó siempre á esta insigne casa religiosa.

VI.

Innumerables han sido los religiosos que en virtud y ciencia florecieron en este ilustre convento, entre los cuales sobresalen los siguientes:

El Padre Fray Pedro de San Roman, natural de Sevilla, varon, sábio. Fué capellan de D.ª María muger del rey Don Juan II, é íntimo amigo de los poetas Juan de Mena; el Marqués de Santillana D. Iñigo Lopez de Mendoza, Jorge

Manrique y todos los demás buenos ingenios que vivieron en aquella sábia y alegre córte con los cuales conservó hasta su muerte una dulce, leal y cariñosa correspondencia. Por autorizacion del Padre General de la Orden habitó siempre en una iglesia cercana á Palacio. Falleció por los años de 1422 sentido de los reyes y de todos los cortesanos.

El Padre Fray Francisco del Corral, natural de Jeréz de la Frontera. Separado desde su juventud de toda clase de amigos y despreciando los bienes de la tierra, vistió el hábito y profesó en esta casa. Fué profundo teólogo y predicador aventajado. Pasó al Perú donde anunció el Evangelio á los indios, sacando abundantísimos frutos de sus tareas apostólicas. Siendo Prior del convento del Cuzco, murió en 1576.

El Venerable Padre Fray Pedro de Andrada, nació en Sevilla y fué hijo y Prior de este Convento, desde el cual se ofreció á ir voluntariamente á la Armada que llamaron *Invencible*, enviada por el Rey Felipe II contra la orgullosa Inglaterra en 1588. Destrozada por furiosas borrascas, se convirtió en astillas contra las costas

del mar del Norte. El Padre Andrada cayó en manos de los enemigos, y conducido á Lóndres no cesó de predicar el dogma católico, por cuya causa fué degollado inhumanamente, poniendo su venerable cabeza sobre una de las puertas de aquella populosa córte. Murió como un valeroso campeon de Jesucristo.

El Padre Fray Juan de Sevilla, marchó á Indias, donde con ardor evangélico emprendió la conversion de aquellos infelices idólatras, de la tierra alta. Este insigne Misionero fundó el Convento de Motango y en él la primera Iglesia de aquel país. Fué Prior de Atatonilco por mas de veinte años. Murió víctima de su apostólico celo, con gran sentimiento de todos los habitantes de aquel territorio.

El Venerable Padre Fray Alonso de Orosca, natural de Oropesa, en la Diócesis de Avila. Fué Prior de este Convento, y despues predicador elocuente del Emperador Cárlos V y de su hijo Felipe II. Escritor ascético, lleno de grande espíritu y sabiduría, de cuyas clásicas obras espirituales hace particular mencion D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca Nova*. Murió con la paz de los Santos en esta Casa, á fines

del siglo XVI, dejando en toda España una imperecedera memoria.

El Padre Maestro Fray Pedro de Valderrama, natural de Sevilla, oráculo en su tiempo, predicador elocuentísimo, y Provincial de Andalucia Enriqueció los claustros de este Convento con varias inscripciones *ciceronianas*, muchas de las cuales destruyó la mano dura é ignorante de la revolucion, al tiempo del último bárbaro lanzamiento de las Comunidades religiosas. Fué un escritor clásico y elegante. Publicó en Sevilla y en Lisboa varias obras espirituales y muchos sermones, que por su lenguage castizo, buen gusto y esquisita erudicion, pueden dignamente colocarse al lado de los libros inmortales del Venerable Padre Fray Luis de Granada.

Las grandes creaciones del Padre Valderrama formarán eternamente las delicias de los verdaderos amantes de las letras castellanas. Murió siendo Prior de esta Casa, el dia 25 de Setiembre de 1611.

El Padre Fray Francisco de Castro-Verde, nació en esta ciudad. por los años de 1536. Fué Ministro Provincial de Andalucia, y despues Predicador de los Reyes Felipe II y III. de quien decia aquel

soberano muchas veces, con oportunidad, que por su entonadora y dulce elecuencia, era *Predicador del Rey y Rey de los Predicadores.* Falleció el año de 1612, con grande opinion de virtud y sabiduria.

El Venerable Padre Fray Pedro de Zúñiga, natural de Sevilla, hijo del Marqués de Villamanrique, Virrey del Perú. En 1609 comenzó á predicar el Evangelio á los japoneses, y hecho prisionero, fué quemado vivo el dia 13 de Agosto de 1622, muriendo por Jesucristo, con el fogoso ardor, y el puro gozo de los mártires.

Dignísimos son tambien á la verdad de tener un lugar muy preferente en este catálogo cronológico *los cuarenta religiosos y tres servientes*, que impulsados de la caridad, en el horrible contagio mortífero de 1649, murieron á la cabecera de los enfermos apestados, asistiéndolos y auxiliándolos, en la terrible hora de la muerte. Sentimos en el alma no poder referir sus nombres por ignorarlos, pero ellos están grabados con caracteres indelebles en el libro de la vida, cuyas eternas páginas nunca jamás se descuadernan, se apolillan ni perecen.

El Padre Don Fray Dionisio de Vi-

llavicencio, natural de Sevilla, ilustre literato; fué predicador del Rey Felipe V, el cual lo presentó para Obispo de Nicaragua. Consagróse, en su pátria, el año de 1726, y falleció en su Obispado con gran sentimiento de sus diocesanos, por los años de 1736.

Don Fray Gaspar de Molina y Oviedo, natural de Mérida, Regente de estudios de este Convento de Sevilla, Provincial de Andalucia, Teólogo del Concilio Lateranense, celebrado por el Papa Benedicto XIII, Comisario General de la Sta. Cruzada, y Gobernador del Supremo Concejo de Castilla. Fué Obispo de Cuba, de Barcelona, y últimamente de Málaga y Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Recibió la birreta de esta dignidad de mano del Rey Felipe V, en la funcion celebrada con este objeto en la Capilla Real de Aranjuez el 17 de Abril de 1738. Murió en Madrid á 30 de Agosto de 1744, celebrando de Pontifical en sus funerales el Ilmo. Sr. D. Martin de Barcia, Obispo de Ceuta. Fué sepultado en la Iglesia del Convento de San Felipe el Real de su Orden, con asistencia de la nobleza de España y todas las Comunidades religiosas. A este ilustre personage

debió Sevilla, durante su residencia en este Convento, la fundacion de la Biblioteca pública de San Acacio, dotándola de todo lo necesario para que la ciudad disfrutase este beneficio. La enriqueció con muchos y esquisitos libros tanto del reino como estranjeros, enumerándose algunos rarísimos que costeó á sus expensas.

D. Fray Gaspar de Molina y Rocha, sobrino del anterior, é hijo del Marqués de Ureña. Tomó el hábito en este convento y estudió en él las ciencias eclesiásticas en las que salió muy aventajado, por cuyos méritos fué nombrado Prior. Fué Doctor y Catedrático de Sagrada Escritura en propiedad, de esta Universidad literaria. El dia 5 de Abril de 1741 fué consagrado Obispo de Almería, en la espresada iglesia de San Felipe el Real de Madrid, siendo consagrantes su tio y los Sres. Obispos de Orihuela y Cassia, y padrino el Sr. Duque de Arcos. Falleció en su Obispado á principios de Enero de 1761.

El Doctor Fray Juan Hidalgo, natural de Ecija, catedrático de esta Universidad literaria, é insigne filósofo de su tiempo. Escribió una obra de texto

de la espresada facultad, que se imprimió en Córdoba, año de 1736. Murió en el colegio de San Acasio en 1768, y fué traido á sepultar á esta iglesia de la Casa grande.

El Padre Maestro Fray Zenon de Ulloa, natural de esta ciudad, y digno hermano del sapientísimo Almirante don Antonio de Ulloa, el cuál con su compañero D. Jorge Juan gozaron en toda Europa un nombre imperecedero por sus ciencias, descubrimientos é invenciones. Este docto hijo de San Agustin fué Rector de San Acasio y Prior de esta Casa grande, donde falleció en Mayo del año de 1773, llorado de su familia, de su comunidad y todo el pueblo sevillano.

El Padre Maestro Fray Miguel de Miras, natural de Murcia, Prior de este convento y Rector del colegio de San Acasio. Fué teólogo profundo é insigne orador sagrado, íntimo amigo del dulcísimo poeta de su órden Fray Diego Gonzalez, quien le dedicó la composicion intitulada el *Digamos de Mireo*. Murió el 18 de Octubre de 1800, víctima de su ardiente caridad, asistiendo á los presos de la cárcel pública, acometidos de

la epidemia desoladora, llamada *Fiebre amarilla*, que tantos estragos causó en esta ciudad.

El Padre Fray Antonio Fabre natural de Cádiz. Lector de Sagrada Teología en este convento de Sevilla. El año de 1786 pasó á Roma en calidad de *Discreto* para asistir al Capítulo general que celebró su Orden en la capital del Orbe católico, donde recibió el grado de Maestro. Fué grande y curioso erudito, tradujo del latin y del francés varias obras literarias. Formó un gabinete de historia natural y un rico monetario, habiendo dibujado por su mano todas las medallas contenidas en él, cuyo trabajo autógrafo se conservaba, con las obras traducidas, en la Biblioteca de San Acasio. Falleció el año de 1810 hallándose de conventual en Cádiz.

El Padre Maestro Fray Domingo Espinosa de los Monteros, natural de Sevilla, donde tomó el hábito. Buen latino, sábio erudito, teólogo consumado, Prior de los conventos de Málaga y de Badajoz, Catedrático de física de esta última ciudad, religioso de génio humorístico, de afable trato, de festiva con-

versacion: pero de mucha prudencia y rectitud en sus costumbres. Hasta el fin de mi vida, conservaré de él dulcísimas memorias, recuerdos gratísimos: pues además de ser, durante los seis años de la aborrecible dominacion napoleónica, morador y Capellan de mi casa paterna, me inspiró, desde mi niñez, el amor á las buenas letras, guiándome en mis primeros pasos, por el campo ameno de la historia y de las antigüedades. Dejó algunos preciosos M. S. sobre varios ramos del saber humano, los cuales, por su suma modestia, no vieron la luz pública. Murió en 1830, siendo Prior de Badajoz, entre las lágrimas de su comunidad, el dolor de sus discípulos y el sentimiento de aquella poblacion entera. Está sepultado en su convento.

El Padre Maestro Fray José Fernandez y Gomez, natural de Sevilla, primo hermano de mi madre. Desde sus más tiernos años dió á conocer sus buenas inclinaciones, y su amor á la vida religiosa. Estudió la Sagrada Teologia con mucho aprovechamiento en esta Casa grande. Fué predicador excelente y sostuvo árduas y brillantes conclusiones. Des-

empeñó con acierto el cargo de Rector del colegio de San Acasio y el Priorato del convento de Osuna, y el de este de Sevilla, en varias ocasiones. Siendo un religioso muy intransigente con las ideas modernas, manifestó su bondad, su finura, su nobleza y amable trato, cuando en los años de 1823 por órden del Rey, estuvo recluso en esta Casa D. Bartolomé José Gagardo, desgraciado autor del *Diccionario filosófico*, pobre rapsodia del de *Voltaire* y de otros malos escritos, á quien dispensó señalados favores, teniéndole afectuosas consideraciones, que el mismo Gallardo confesaba á todos. Tan relevantes prendas, le granjearon siempre la distincion, el respeto y el cariño de toda la Comunidad. Falleció despues de la esclaustracion, el año de 1840, en la casa de su morada, conocida por la del *Sacramento*, en la calle Ancha de San Roque. Se enterró en San Sebastian.

El Padre Maestro Fray José Govéa y Agreda, natural de esta ciudad. Doctor en Sagrada Teología por la Real Universidad literaria, Examinador Sinodal de este Arzobispado, Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y Biblio-

tecario de la de San Acacio. Fué Provincial de Andalucia, Prior de este Convento varias veces, y últimamente al tiempo de la esclaustracion. Predicó con mucha fama, llenando sus discursos de sábias máximas, y admirable erudicion. Publicó un tomo en cuarto de *Sentencias Morales* sacadas de las obras de su gran Padre San Agustin, con esquisito acierto, y otros muchos tratados, dignos de su bien cortada pluma, que le encomendaron en distintas ocasiones, el Excmo. Ayuntamiento, y las Academias científicas y literarias á que pertenecia. Murió en suma pobreza, el año de 1843, siendo Cura Párroco de la Iglesia de San Ildefonso.

El Padre Maestro Fray Manuel Martín Baco, natural de Marchena, erudito inteligente, sábio teólogo y predicador distinguido. Era un religioso de mucha rectitud y de génio afabilísimo. Fué Prior de esta *Casa Grande* en varios trienios, desempeñando este cargo con mucha prudencia y acierto al tiempo de la invasion francesa de 1808. Vuelto á su Prelacía en 1814, restauró con sumo afan y gusto, los grandes destrozos que las bárbaras tropas napoleónicas habian hecho en la

Iglesia y en los cláustros del Convento, valiéndose para ello de sus buenas relaciones sociales. Arrojado por último en 1835 á la calle, en medio de su estrema pobreza, nunca jamás desplegó los labios contra sus enemigos, los crueles supresores de las Comunidades religiosas. Murió en Sevilla, calle Ancha de San Roque, el año de 1845.

El Padre Lector Fray Juan Bautista Novaillac, natural de Cádiz, oriundo de Francia, de trato amabilísimo y delicadas maneras, profundo teólogo, abogado de los Tribunales de la Nacion, elocuente orador Sagrado, Secretario de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Examinador Sinodal de este Arzobispado, Doctor y Catedrático de esta Universidad literaria. Publicó varios escritos, entre los cuales se cuentan un devocionario intitulado *Camino del Cielo* y unas *Lecciones de Moral y Religion*, que muchos años sirvieron de testo en las Universidades de España. Murió invadido del cólera morbo, siendo Cura de la Iglesia de Santiago, el Mayor, el dia 14 de Julio de 1856. Yace sepultado cerca de la grada del coro en su Parroquia.

El Venerable Padre Maestro Fray

José Gabriel de Echevarria y Lazartegui, vizcaino, varon de *acrisolada virtud* y singular sabiduria. Pasó á América en su juventud, donde tomó el hábito y profesó en el Convento de Lima, y fué electo Provincial despues de algunos años. En 1826 vino de conventual á Sevilla, risidiendo en esta Casa Grande, hasta la exclaustracion, edificando con sus ejemplos á toda la Comunidad. Desde esta infausta época se quebrantó su salud, viviendo afligido con penosas enfermedades y amarguras. En sus últimos años se agravaron sus padecimientos de un modo estraordinario, sobrellevándolos con una admirable resignacion y heróica paciencia. Falto de recursos, fué socorrido en sus muchas necesidades, por algunos bienhechores dirijidos suyos, hasta que lleno de méritos murió con la tranquilidad de los justos en Febrero de 1862, á los 96 años de edad, en una casa de la calle del EspírituSanto. Espuesto al público su cadáver por espacio de tres dias, acudieron innumerabes fieles á prestarle los últimos homenages de veneracion y respeto, debidos á sus virtudes.

Con un numeroso acompañamien-

tó de lo más escogido de Sevilla, fué conducido en hombros de Sacerdotes hasta la iglesia de la Santa Caridad, donde honoríficamente lo sepultaron, oficiando en sus funerales los Religiosos de esta esclarecida Orden.

Tales eran los hombres, que hoy llaman los impíos de la *ignorancia* y del *oscurantismo*, que *ociosos plebeyos* habitaban los claustros, para regalarse y vivir como la planta parásita que seca el árbol donde brota. ¡Miserables! en cada monasterio, en cada convento que sacrílegamente suprimísteis y echásteis al suelo en España, os presentaría yó una galería de retratos tan rica y tan preciosa como esta. ¿Qué habeis hecho vosotros, sino apoderaros violentamente de sus bienes, para vivir en medio de la opulencia, viendo con los ojos enjutos y el corazon tranquilo, los harapos del pobre y las lágrimas de los pueblos vertidas á torrentes, por vuestras inaguantables usuras y malos manejos? ¿Qué monumentos habeis erigido, qué montañas habeis terraplenado para ponerlas en labor, qué hospitales habeis fundado, qué libros habeis escrito,

qué pan habeis dado á los pobres, qué consuelo á los afligidos, qué socorro á los necesitados, ni en fin, qué fuísteis, qué sois, ni qué sereis jamás, sino la ruina y el escándalo del mundo entero?

Estas patentes, clarísimas verdades las atestiguan los reinos desventurados, que, *diabólicamente*, han caido bajo vuestras férreas manos, más desoladoras todavía que las herraduras del caballo de Atila, de aquel rey bárbaro á quien la sábia acertada historia, llama y llamará siempre, con mucha jústicia, *El azote de Dios.*

VII.

¡Triste Convento! Convento infortunado! ¡Ay! callaron ya en tu ancho y espacioso coro las salmos de David y los trenos de Jeremías, y en tu alta torre los tañidos de la campana. (1) para oir-

(1) Obra del célebre aleman Zacarías Distrik, que hoy sirve en el reloj del gran templo protestante de San Pablo en Lóndres.

se en tus salas ¡qué horror! los zumbidos de la vara del cómitre, y en tus patios, las maldiciones del presidiario, abortadas de su boca satánica, como el cráter arroja la ardiente lava.

¡Hijos de Agustin, discípulos de la lumbrera de la iglesia de Hipona y del catolicismo entero, seguidores del vencedor del odioso maniqueismo, no lloreis, no gimais, aguardad, aguardad, que pronto restablecidos en vuestro hermoso convento, volvereis á esparcir en los confesonarios el bálsamo salutífero de la consolacion, que restaña y cicatriza las heridas del alma; y en los púlpitos las perfumadas flores de la elocuencia cristiana, que arrancan lágrimas de dolor y de penitencia, á los más endurecidos corazones de los hijos de los hombres!

FIN.

UNA VISITA

A

LAS RUINAS DE ITÁLICA,

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES,

Individuo de número de la Real Academia
Sevillana de Buenas Letras.

SEVILLA.—1872.

Imprenta de **EL ORIENTE**.

UNA VISITA

A LAS RUINAS DE ITALICA.

Casi no tiene ni una sombra vana,
De nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?
¡Oh error perpétuo de la suerte humana!

RIOJA.

I.

El apacible dia veinte y seis de Diciembre de 1871, á las diez de la mañana, dos sacerdotes, un pintor y un anticuario, atravesaban en pequeña navecilla el Guadalquivir, por el sitio llamado de la *Barqueta*. El primero de aquellos,

doctísimo en las ciencias sagradas y profanas: el otro, mas jóven, apasionado al estudio de las antigüedades.

El sabio sacerdote embebido únicamente en la contemplacion de aquel hermoso paisage de la naturaleza, dijo á sus compañeros de paseo:

«—El mundo físico, señores, sirve al mundo moral y al sobrenatural; por lo que podemos decir que no hay mas que un solo órden, el de los designios de la divina Providencia, pues el mundo de la naturaleza fué criado para el de la gracia.»

Palabras merecedoras de ser esculpidas en mármoles de Paros y Corinto.

—Por eso, señores, interrumpió el anticuario, en todas partes donde fijemos la consideracion, se vé la mano de Dios disponiéndolo todo y cambiando á su placer los destinos de los pueblos y de los hombres. ¿Qué admiramos, si no, en las ruinas que vamos á visitar? ¡Ah! en estos momentos, recuerdo haber leido en los *Libros Santos* que si Dios destruye las naciones mas florecientes del Orbe ¿quién se atreverá á pedirle cuenta? Asi vemos que se acaban las glorias del mundo, húndense en el sepulcro sus héroes y sus

sabios, caen al suelo sus ciudades y monumentos, todo pasa en la tierra como el relámpago. y solamente quedan esas misteriosas y poéticas ruinas, sobre las que ni el genio de la distincion, ni el de los siglos egercen su fatal imperio para enseñanza de los hombres.

Memphis, Palmira, Nínive, Tiro, Corinto, Troya, Atenas, Cartago cayeron para siempre, pero dejaron escritas con lágrimas y sangre, entre sus memorables y venerandas cenizas, grandiosas y elocuentes páginas de la historia del mundo.

¡Oh cuan bella es y cuánta poesía tiene en sí la melancólica vista de las antiguas ruinas de Itálica, que cual gigante cadavérico se levantan entre los sombrios y solitarios matorrales del bosque.

¡Qué pensamientos tan profundos, qué emociones tan fuertes, qué comtemplacion tan sublime!

Su magia inunda al corazon y al entendimiento de amargo entusiasmo. Lo pasado, lo presente, lo futuro está encerrado dentro de aquellos Palacios demolidos, de aquellos Templos despedazados, de aquellos Pórticos destruidos, de aque-

llos arcos desmoronados, de aquellas estátuas mutiladas. Allí todo es inspiracion, todo entusiasmo, todo poesía. La grandeza de los tiempos, la historia de los pueblos y el gusto de las razas humanas se retratan con mucha claridad entre aquellos preciosos fragmentos. El hombre pensador, el literato, el poeta, el anticuario, pueden conocer en ellos la nada de las cosas de este mundo. Solo Dios es grande y lo que El ha querido que lo sea; todo lo demas desaparece cual leve y fugitiva sombra.

II.

Siguiendo pues el camino, y habiendo dejado ya á sus espaldas el olivar conocido por el *Rincon del negro*, y las alegres orillas de la ribera de *Huesna*, se presentó á lo lejos la vista del famoso Monasterio Gerónimo de San Isidro del Campo, glorioso monumento, hoy tristemente abandonado, y que no hace muchos

lustros albergaba en su seno una numerosa Comunidad de insignés y virtuosos Monges, encerrando tambiene en sus sepulcros las cenizas de su ilustr Fundador Guzman el *Bueno*, y otros esclarecidos varones.

Al acercarse á sus muros el mas jóven de los esclesiásticos esclamó:

—¡Ay señores! detengámonos aquí algunos instantes, sentémonos sobre este banco de tierra, que quiero referiros una tradicion religiosa, oida de los labios de un respetable monge, del Padre Fr. José Ligonie, muerto en este pueblo de *Santiponce* el dia veinte y uno del pasado Noviembre, único que por amor á su Monasterio no quiso jamas abandonar su Iglesia ni sus claustros.

El suceso fué el siguiente:

LUIS DE RIPAROLIO.

Era noche oscura, pavorosa del último tercio del siglo XV. Toda la naturaleza callaba. Las praderas risueñas de la *Ossethania*, y las frescas orillas del *Guadalquivir* dormian tranquilamente. Daba la una el reloj de la Giralda, cuando el ri-

co genovés Luis de Riparolio, de noble familia, montado en brioso caballo iba pasando por junto á esos carcomidos muros, dirigiéndose con ánimo desasosegado á un lejano caserío rústico para concurrir á una cita amorosa. Silencio profundo reinaba entonces en estos alrededores, interrumpido tan solo por los ecos de los austéros cantos de Salmos é himnos sagrados, que los monges elevaban desde el coro al Altísimo en aquella hora misteriosa. Luces caprichosas salian por las acristaladas ojivas de ese Templo, columpiándose en el espacio, cual ráfagas celestiales. A la derecha el plácido vientecillo jugueteando entre las hojas de los alamos, rizaba las mansas olas de la ribera de *Huesna*, el poético lamentar de las aves nocturnas, el mugido del ternero echado sobre las blandas pajas del establo, el ladrido de los perros y la intensidad de las sombras dilatadas daban á aquel panorama sus magistrales tintas.

Cuadros fatídicos dibujábanse en la imaginacion acalorada de Riparolio. Sobrecogido su ánimo con la sombría escena que tenía ante sus ojos y las fervorosas plegarias que escuchaba, llena su

alma de amarga melancolía por agudos remordimientos, abrumado su corazon de fatigas, y humedecidas sus megillas de lágrimas, aguijoneaba fuertemente á su caballo para huir de este triste recinto.

Todo el resto de la noche lo pasó caminando. Pero ¡ó arcanos inescrutables de la Providencia! al rayar la aurora todavía se hallaba junto á esas paredes, creyendo estar muy lejos del sitio del Monasterio.

Entonces Luis de Ríparolio, conociendo claramente que Dios lo llamaba á sí, entra por esas puertas movido de la *gracia* que lo atraia á los caminos de la penitencia, habla con el Prior y le manifiesta lo que le había pasado aquella noche, y su firme propósito de vivir y morir entre los monges permaneciendo seglar en el clustro, por no creerse digno de vestir el santo hábito del penitente anacoreta de los desiertos, clara lumbrera de la Religion de Jesucristo.

Hasta su muerte acaecida el dia tres de Enero de 1515, fué en ese monasterio un espejo de virtud, un modelo de mortificacion que á todos edificaba con sus ejemplos. Dotó algunas *obras pias*,

y fundó una capilla en sus claustros dedicada á *Jesus azotado en la columna,* donde yacen sus cenizas, con epitafio en dísticos latinos, que traducidos al castellano dicen asi:

Yo que estoy aquí sepultado y reducido á polvo fuí hijo de un genovés, y mi madre fue natural de Sevilla en Andalucía.

Luis era mi nombre, y el de mi padre Lucano, apellidado él y yo de Riparolio,

Viví por disposicion de la Providencia setenta años, sin esposa y sin dulces hijos.

Esto baste en mi tumba, sería vanidad decir mas, porque ya desapareció lo que en otro tiempo pregonaba la fama.

Por tanto, ó lector, una sola cosa te suplico, que pidas para este pecador descanso sin fin.

Vamos, señores, á encomendarlo á Dios, vamos á salpicar los pies de su tumba con esas florecillas de la Providencia. Cojámoslas, pues, cojámoslas.

Habiendo los viageros entrado en la Iglesia y orado brevemente en ella, pasa-

ron á uno de sus claustros, conocido con el nombre del *Patio de los muertos* donde se vé el último asilo del ilustre Genovés, junto á la capilla que fundó, y acercándose el primero de los Sacerdotes á su losa funeraria habló así:

—¡Luis de Riparolio, Luis de Riparolio! descansa en paz en el regazo del Señor, como ardientemente le rogamos. Permite que nuestras trémulas manos coloquen sobre los frios mármoles de tu sepulcro estas flores de la Providencia, deseando que en este mismo lugar se reanimen tus cenizas el dia de la resurreccion de la carne, último del mundo, para que tu cuerpo y tu alma, que juntos tanto se mortificaron acá en la tierra, gocen allá en el cielo sus delicias eternales.

Y despues esclamó con enérgico acento:

—¡Necios trastornadores, que con vuestras delirantes utopias, hace mas de un siglo, estais enloqueciendo al mundo, vosotros tratais de secar los perfumados lirios de la fé católica, pero, no, no, que aunque hayais destruido los Santuarios pulverizando los Monasterios, arrancado los conventos, quitando la poesía, la be-

lleza y el idealismo de los campos españoles, jamas conseguiréis realizar vuestros deseos criminales, vuestras impías maquinaciones, vuestros perversos intentos!

III.

Abandonado el Monasterio, dirigiéronse por el arrecife á las ruinas de Itálica.

Cuando llegaron á los tristes escombros de un suntuoso edificio que yace rodeado de olivares y llaman los *Palacios*, el pintor, mirándolos atentamente esclamó:

—¡O infortunada Itálica! demolidos tus muros, despedazado tu Anfiteatro, rotas tus aras, diseminados los huesos de tus sepulcros, hundidos tus hogares, yaces tendida en tierra llorando tu cruel desgracia. El eco agudo de tus ayes lastimeros sube á los montes, baja á las cañadas, penetra las selvas, y es llevado en brazos de los huracanes á las mas remotas regiones. ¡Ay ciudad ilustre, cuánta es tu doctrina, cuánta tu contemplacion! Per-

mite piadosa que medite sobre tu apagada celebridad, sobre este polvo glorioso empapado en las lágrimas y en la sangre de tus insignes hijos, sobre este polvo que en otro tiempo murallas fortísimas respetaron cien y cien conquistadores, y en la actualidad se ve pisoteado por el adusto pastor, la tímida oveja ó el cabritillo asustadizo.

Una numerosa horda de bárbaros, salidos de los desiertos de la Arabia, hundiéronte en la nada, y el fuego y el cuchillo acabó con tu grandeza, y tú ya no fuiste mas aquella alegre poderosa Itálica, madre tierna de Silio, de Teodosio, de Adriano y de Trajano, aquella ciudad placentera, llena de rosas y jazmines, émula y envidia de la misma Roma, sino un yerto cadáver en cuya amarilla y arrugada frente leíanse los destinos de las naciones.

Ya no se oyeron mas en tus plazas los gritos de un pueblo alborozado, ni en tus templos los himnos de tus Sacerdotes, sino los graznidos de los cuervos y los funerarios lamentos de los bubos.

A tus orgullosas columnas que sostenían las cúpulas de tus palacios, tus arcos triunfales y las magníficas estátuas de

tus héroes y de tus dioses, comenzaron á subir inmundos reptiles infestando con su hálito aquella misma atmósfera que había sido perfumada por el suave y delicado incienso de tus altares.

Tu vista melancólica alejó de tí aun á tus mismos hijos, y el silencio y la soledad reinaron en tus cercanias. ¡Ay! perdiste hasta tu nombre, cuando sobre tus ruinas levantaron esa pequeña aldea, ese oscuro pueblecito de *Santiponce*. ¡Itálica, qué leccion tan terrible para los pueblos que hoy se ven fuertes y poderosos! Tus escombros son, ciudad ilustre, un libro abierto para los soberbios, un libro abierto para todo el género humano.

Pero si tú, colonia famosa, perdiste tu antiguo esplendor, si tú no eres ya mas que una vana sombra, te ha quedado la inapreciable gloria de haber sido la mas rica, la mas noble, la mas sábia de las que los romanos dominadores del mundo fundaron en nuestra fértil y risueña Bética.

Entre tus fúnebres cenizas viéronse un dia Pedro de Quirós, Rodrigo Caro, Francisco de Medrano, y el inmortal Rioja, salpicando con sus lágrimas tus mústias y deshojadas flores.»

Concluidas estas tristes reflexiones, y habiendo dado algunos pasos hácia el Anfiteatro, parándose el anticuario y dirigiendo su vista sobre aquellos campos desiertos, recitó el siguiente romance.

Sobre estos anchos collados,
Hoy solitarios y mudos,
Estuvo una gran Colonia,
La hermosa Itálica estuvo.

Llorad su infelice suerte,
Compadeced su infortunio,
Y las lágrimas el Betis
Las llevará al mar profundo.

Aquí brillaron las ciencias,
Reinó la opulencia, el gusto,
El valor, el heroismo,
Las artes todas y el lujo.

¿Y hoy qué vemos? ¿qué ha quedado?
¿Qué nos dejó el tiempo crudo?
Leves cenizas ó restos
De palacios y de muros.

Donde pueblo alegre y libre,
Se congregaba en murmullo,
Ora la corneja canta
O se queja el triste buho.

Do nació el bravo Trajano
Que de asombro llenó al mundo,

Pace la tímida oveja
O vive el reptil impuro.

Do de Silio el harpa grave
Cantaba á Marte sañudo
Lanza su graznido el cuervo
O el lobo su fiero ahullo.

Todo cambió: solamente
Triste recuerdo confuso
Queda de Itálica augusta,
De su gloria y de su orgullo.

Asi finan las ciudades;
Pues del tiempo al golpe duro
Caen los héroes, los monarcas,
Imperios, naciones, mundos.

IV.

A los pocos momentos, penetrando nuestros caminantes en el anfiteatro por sus oscuras galerías, al ver á la luz del sol en clara y serena mañana sus crestas fatídicas, pisando sus verbenas, sus amapolas y sus *amarillos jaramagos*, sintie-

ron dentro de sus pechos las grandes impresiones del dolor, del llanto poético.

Dos jóvenes, el uno español y el otro inglés, estaban sentados en sus desbaratadas graderías. El primero leía en un libro, y el segundo sacaba en rico *album* una preciosa vista de aquel famoso circo, de sus derruidas escalinatas, de su bien conservado *podium*, y de la arena que tantas veces ensangrentaron los hijos de la Cruz por confesar al que murió en ella.

La vista del anfiteatro llenó de pavor á los viageros. El genio de las ruinas agitaba sus cenicientas alas sombreando aquellos restos melancólicos.

Allí, sí, en aquel ámbito solitario todavía se escuchaban el rugir de las fieras, la plegaria de las víctimas y el confuso vocerío de una apiñada muchedumbre, sedienta de sangre y de placeres.

¡Itálica, Itálica! esclamó el anticuario: tu fuiste culta y sábia en tus libros, en tus monumentos y en tus estátuas, pero bárbara, cruel y lasciva en tus diversiones, en tus espectáculos y en tus costumbres. Falta de las verdaderas luces,

de las luces del cielo, corriste enloquecida resbalando de precipicio en precipicio hasta caer en profundo despeñadero!

El verde tomillo, la azucena morada, y el pálido jazmin silvestre tapizan tus escombros. ¡Ay! el vil lagarto asomando su desvergonzada cabeza por entre las grietas de tus arruinados edificios, escarnece tu nombre, mancilla tu memoria!

Tal acònteció tambien, señores, á Atenas, á Tiro, á Cartago y á otros muchos pueblos que dejaron en la historia del mundo gloriosos recuerdos, páginas imperecederas.

Sentados sobre las últimas gradas, el sabio sacerdote, derramando ligeramente su vista por aquel vasto recinto, dijo así:

—Este Anfiteatro, señores, mas pequeño que el de Roma visitado por mí muchas veces, tiene su misma traza, pero no ha sido tan afortunado como aquel. Mientras el uno yace como estais viendo, el otro lo han ido conservando sucesivamente unas manos santas, gloriosas, paternales, las manos de los sumos Pontífices, singularmente las de Pio IX,

jamas cerradas, siempre abiertas á los infortunios, á las ciencias y á las artes.

¡Ay como estará ahora, Dios mio, en poder de los nuevos *Atilas*, de los hotentotes de la civilizacion moderna! Quizás dentro de algun tiempo no quede de él ni el mas ligero vestigio.

Estas sentidas palabras colmaron de amargura el corazon de los circunstantes.

Entonces el Anticuario levantándose de su asiento dijo con lastimera voz:

—Itálica, Itálica, tu templo de Diana, tu *Forum*, tus palacios, tus murallas, tus arcos y tus columnas caidas á tierra presentan á los ojos del caminante el cuadro mas triste y desconsolador. ¡Ay tus césares, tus filósofos, tus poetas, tus oradores y tus bellas damas, sepultados yacen entre escombros para siempre! Nada, nada ha quedado de tí, sino

Este despedazado Anfiteatro
Impio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago;

V.

Concluido de visitar el Anfiteatro, por una angosta senda contigua á un olivar dirigiéronse á las *Termas*, en las cuales los romanos apuraron el lujo y la magnificencia de la Señora de las naciones.

Ricos mármoles de Páros y Corinto, de los que rodando, por el suelo, todavía se ven leves pedazos, formaban sus escalinatas, sus arcos, sus pilas y sus zócalos.

El anticuario, inflamado tiernamente con aquella vista desconsoladora, rompió en estas sentidas estrofas:

¡Itálica! ilustre cuna
De generosos vencedores,
Cuál te miras!
Trocóse ya tu fortuna
De Némesi á los furores
Y las iras.
¡Triste Itálica! tu frente
Llena de polvo y ceniza
¡Cuánto dice!
¿A qué ciudad floreciente
La muerte no preconizas,
Infelice?

Donde otro tiempo se alzaba
De Césares el Palacio
Tan hermoso:
O el ancho Circo se hallaba
Y las termas y el gimnasio
Valeroso:
Ora pacen las ovejas
Y el corderillo nevado
Del Pastor:
O ya es roto por las rejas
Del rústico despiadado
Labrador.
¿Dónde fueron los Trajanos,
Sus pompas y sus grandezas
Celebradas?
¿Do fueron los Adrianos
Sus faustos y sus riquezas
Ponderadas?
¿A dónde fueron tus Silios
Y Teodosios inmortales,
Qué se hicieron?
Como en Roma los Virgilios
Entre sombras funerales
Le perdieron.
Fuiste ayer rica ciudad,
Hoy collado silencioso
De pavor:
Ya tu gran celebridad

Cayó en olvido espantoso:
¡Ay dolor!
Así muestras á la tierra
Cuán vana toda ella es,
¡Qué infeliz!
Y que todo lo que encierra
Dobla al mas frágil revés
La cerviz.
¡Dulce Itálica! consuelo
De mi alma entusiasmada,
Escucha ya
La voz que con sacro anhelo
Mi citara destemplada
A dar yá.
Pero no, que mi laud,
Sobre tus campos amenos
Callará:
Y sus cuerdas mi ataud
En sus escondidos senos
Guardará.

Los caminantes cogieron varios pedazos de mármoles de los muchos que esparcidos acá y allá indicaban la nada de las cosas humanas, aunque sean hechas por el mas singular talento, ó la mas alta imaginacion de los hijos de los hombres.

El mas jóven de los eclesiásticos, levantando sus ojos al cielo, esclamó:

—¡Gran Dios! cuán inescrutables son los designios de vuestra adorable Providencia! y dirigiéndose á los circunstantes continuó:

—Aun no había, señores, nacido en Belen la luz del mundo, cuando á estas termas labradas de pórfidos y alabastros venían á bañarse los mas ricos y delicados personajes de la antigua Bética. Esta colonia Romana insigne y monumental, que hoy veis confundida en el polvo del olvido, los albergaba en sus Palacios.

La música de sus Templos, el ruido de sus plazas, la algazara de sus bacanales, el tropel de sus bridones, ensordecían los aires.

Las águilas de Roma orgullosas con su poderío, querían cubrir bajo sus alas á todo el universo; pero no, no, pobre Itálica, sobre tus fuertes murallas ondeará la triunfante bandera de la Cruz, y tus museos, y tus academias, y tus anfiteatros se hundirán para siempre, y la higuera silvestre, y la punzante zarza, y el humilde hinojo y la espinosa ortiga y los viciosos cardos crecerán lozanos en medio de tus despobladas calles, ó sobre los escombros de tus arruinados monumentos.

Acabadas de pronunciar estas elocuentes frases el pintor tomando la palabra dijo así:

—En Itálica, señores, florecieron la pintura y la estatuaria, llegando esta al mas alto grado de perfeccion, como lo atestiguan las arrogantes esculturas que se han sacado de sus ruinas.

Su cielo alegre, su benigno clima, su terreno fértil, sus claras fuentes, sus pintadas flores no podían menos de crear en la fantasía de sus artífices, grandes pensamientos, obras inmortales.

Las estátuas y los frescos de Itálica fueron de los mejores del mundo. Por eso venían á visitarla en tiempos de su grandeza los hombres mas sabios, las mayores inteligencias de la augusta Roma.»

VI.

Cuando nuestros viageros regresaron de las termas, al pasar por las cercanías del

Anfiteatro, vieron en él á las sencillas vecinas de *Santiponce*, separadas en corrillos cantando alegremente, sentadas en las graderías, y bailando sobre aquella misma arena que aun estaba humeando por las lágrimas y la sangre de vírgenes ilustres, de valerosos mártires.

El sol caminaba ya á su ocaso, y los viageros á Sevilla. Antes de abandonar las ruinas el anticuario, mirándolas atentamente desde una suave altura, recitó con voz apagada esta sentida composicion poética:

Entre funerales sombras,
Colonia de alta valia,
De lágrimas salpicada
Cual jóven ninfa te miras.
Sin rastro de tu grandeza,
Y como del rayo herida,
Das pavor al caminante
Que llega á tus cercanías.
Sombras por do quiera vagan
Llorando tu cruel ruina.
Agudos lamentos salen
De tus necrópolis frias.
¿Dónde fueron, gran colonia,
Tus murallas no vencidas?

¿A dónde están tus gimnasios
Tus termas alabastrinas?
El rodar ¡ay! de los siglos
Y las guerras vengativas
Convirtieron en escombros
Tus bizarras lozanías.
Ya no muestras á los hombres
Sino volubles cenizas,
Aquí una fuente agotada,
Allí una truncada pira.
Acá estátuas colosales
Sobre la tierra caidas,
Allá destrozadas torres
Entre abrojos confundidas.
De tus dioses los altares
Se han vuelto negras guaridas
Donde fieras alimañas
Sus torpes hijuelos crian.
Lás losas de tus sepulcros
El rústico imbécil pisa,
Y del arado la reja
Las arranca ó las mutila.
En tus doctos Areopagos
Aves nocturnas habitan,
Y en sus vestíbulos duermen
Las humildes sabandijas.
En tus calles y en tus plazas
Crece lozana la oliva,

Y sus ramas y sus hojas
Al triste pastor cobijan.

Ya la silenciosa muerte
Reina en tí, siempre vestida
Con su manto tenebroso
Que pálido horror inspira.

Nada, gran Colonia, nada
Queda de tu gala antigua,
Sino estériles fragmentos
De dulces glorias perdidas.

Gran ciudad, tu nombre augusto
La historia ya no publica:
Murió, murió al golpe rudo
De la encarnizada ira.

Tan solo yo en mi memoria
Lo guardaré mientras viva,
Pues nunca jamas tu nombre
Quien llega á mirarte olvida.

Adios, Itálica, Adios, esclamó el Pintor: tus dorados anales jamas se borrarán de la memoria de los pueblos cultos, y los siglos y los tiempos gravarán en marmoles y bronces tu respetable nombre al lado del de la patriótica Esparta, la rica Tiro, la docta Atenas, y la tenaz Cartago.»

Mas enérgico aun fué en su despedida

el mas docto de los sacerdotes, pues con acento grave y profundamente conmovido esclamó:

—¡Itálica, Itálica! sombras pavorosas envuelven tus lastimeros escombros, y la mano de Dios pesa sobre tí, oprime tus entrañas! Tú fabricaste templos suntuosos á las engañadoras divinidades del gentilismo. En tí no hubo pudor, ni templanza, ni pureza, ni recogimiento. Tus hijos entregándose desenfrenados, ciegos de lascivia, á las bacanales voluptuosas de Vénus, á las alborotadas fiestas de *Verecintia*, adoraron su ídolo de oro guarnecido de piedras preciosas Algunos de ellos armados de lanzas deicidas, custodiaron hasta el patíbulo á la inocente víctima del Gólgota. Tu meciste la cuna de orgullosos Césares, de senadores aborrecibles, de sensuales eruditos. Eras en la Ossethania la ciudad de los vicios, la colonia de las desenvolturas, el asilo de los escándalos.

La clara luz del Calvario alumbró tus collados y tus florestas, perfumó tus lirios y tus rosas, arrancó deliciosos arpegios á tus ruiseñores y á tus calandrias; pero tú endurecida, impenetrable como

la roca de los mares, cerraste los ojos para no verla.

Los predicadores de la *Buena Nueva* llegaron á tus puertas, y tú, colonia ingrata, bárbara y cruel, llevándolos amarrados á profundos calabozos, los sacrificaste en horribles ecúleos, en catastas espantosas.

Asi lo hiciste con tu primer obispo, el ínclito mártir San Geroncio, á quien diste muerte por su ardiente celo en llamarte con silbos amorosos al redil de Jesucristo.

Ruidos sepulcrales óyense en tus solitarías ruinas. Ayes dolorosos cruzan tus vergeles, resonando en los lejanos montes.

La Providencia, para castigar tu insensato orgullo, borra tu nombre del gran libro de los anales del linage humano.

El brazo terrible del Eterno descargó sobre tí y tus alcázares, tus castillos y tus fortalezas cayeron al suelo, como los altos pinos que arrancan furiosos huracanes, demostrando tu eterno castigo.

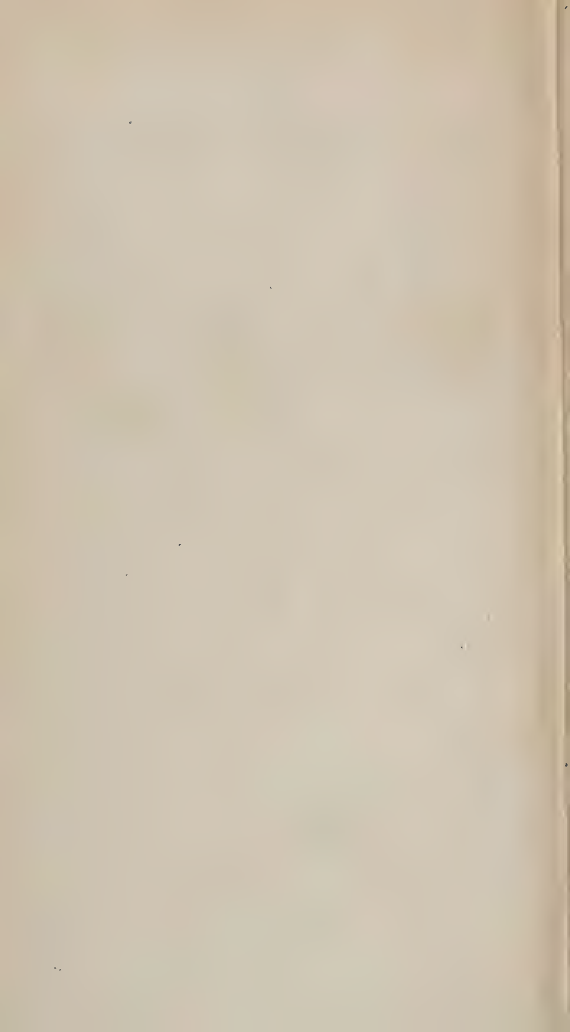
Tú, triste y abandonada Itálica, convertida ahora en ruinas, estás enseñando lo volatil, lo vano de las cosas de la tierra, y que todo en ella al mas lige-

ro soplo de la ira de Dios, desaparece para no volver á existir jamas.»

Por la misma ruta que habían llevado los caminantes volvieron á Sevilla. Las cinco de la tarde daba el reloj de Cartuja, de aquel monasterio en otro tiempo casa penitente, limosnera y monumental hoy convertida en *especuladora* alfarería y ya veíanse en las orillas de la *Barqueta*, despues de haber pasado en du ce union un dia, feliz, de gratísimos r cuerdos que jamás olvidarán.

FIN.





CARTA

DE

D. ANTONIO GOMEZ AZEVES

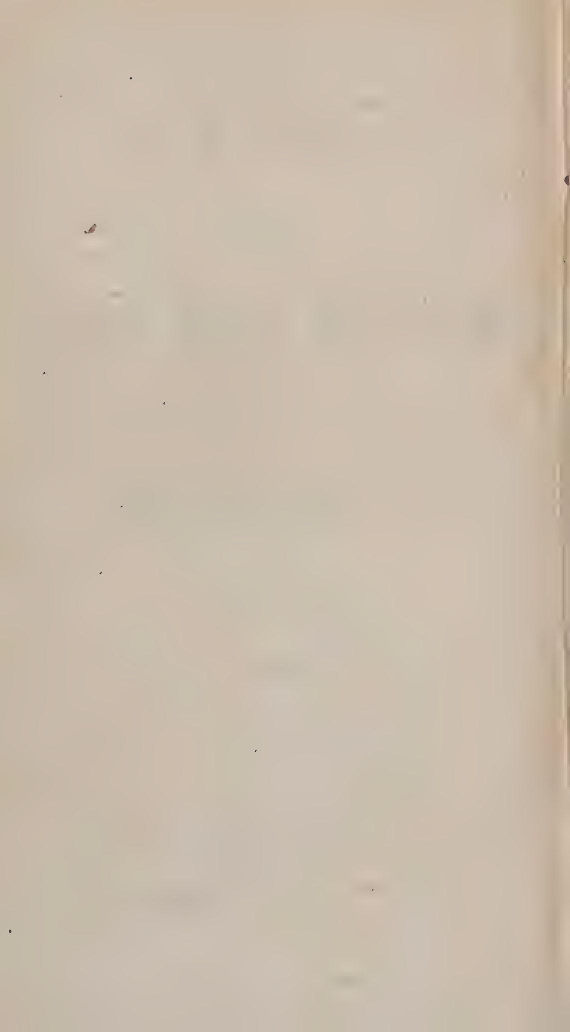
Á

UNA VIUDA ILUSTRE.



SEVILLA: 1872.

Imprenta de El Oriente, Mercaderes, 70.



Los padres que con su ejemplo y doctrina enseñan á los hijos á amar y temer á Dios, se abren las puertas del cielo.

I.

Mi querida señora: pídeme Vd. algunas reglas para la educacion moral, religiosa y literaria de su única hija Adelaida, en la que el cielo ha querido reunir tanta humildad y modestia, tanta inteligencia y belleza, como en ella se ven atesoradas.

Mucho pide Vd. á mi tosca pluma. Pero sin embargo, acordándome de la dulce amistad que tuve con su difunto sabio

Aquellas ilustres virtudes, tan raras en este siglo de impiedad y de soberbia, formaron en otros los hombres mas estraordinarios, los héroes mas famosos del cristianismo. Díganlo, sinó, Pablo, Benito, Pacomio, Agustin, Gerónimo, Ambrosio y otros innumerables.

Inculque Vd. mucho á la apreciable Adelaida estas virtudes de tanta verdad y solidez, si quiere verla algun dia siendo el dechado y la norma de la buena educacion cristiana. Que, aunque Dios la haya hecho rica y bella, no sea vana, no sea presumida, no sea orgullosa. Que huya de las adulaciones. Que desoiga las seductoras lisonjas de los que la rodean. Las lisonjas son como las sirenas de los mares, á cuyos cantos venenosos duermen las mugeres el sueño de las desventuras y de los infortunios. ¡Cuantas, por escuchar con inocente oido, han llorado despues sus deslices cuando ya no tenían remedio!

III.

Las jóvenes de nuestros tiempos llenas de fanática altanería y de visible presuncion por su hermosura, olvidando que esta

Aquellas ilustres virtudes, tan raras en este siglo de impiedad y de soberbia, formaron en otros los hombres mas estraordinarios, los héroes mas famosos del cristianismo. Díganlo, sinó, Pablo, Benito, Pacomio, Agustin, Gerónimo, Ambrosio y otros innumerables.

Inculque Vd. mucho á la apreciable Adelaida estas virtudes de tanta verdad y solidez, si quiere verla algun dia siendo el dechado y la norma de la buena educacion cristiana. Que, aunque Dios la haya hecho rica y bella, no sea vana, no sea presumida, no sea orgullosa. Que huya de las adulaciones. Que desoiga las seductoras lisonjas de los que la rodean. Las lisonjas son como las sirenas de los mares, á cuyos cantos venenosos duermen las mugeres el sueño de las desventuras y de los infortunios. ¡Cuantas, por escuchar con inocente oido, han llorado despues sus deslices cuando ya no tenían remedio!

III.

Las jóvenes de nuestros tiempos llenas de fanática altanería y de visible presuncion por su hermosura, olvidando que esta

acaba con el mas leve quebrantamiento de la salud ó la mas ligera erupcion cutánea, búrlanse descaradamente de las que no lo son. Para aparecer todavía mas bellas y encantadoras, usan afeites estrangeros, esencias balsámicas, composiciones olorosas y ungüentos aromaticos, los cuales envejecen antes de tiempo la piel de sus rostros y forman en ellos la repugnante tez de las carátulas.

En el tocador de Adelaida no permita Vd. que haya otra cosa sino agua pura y cristalina. Con ella únicamente se lavaron nuestros abuelos y andaban, á no dudarlo, en sus cuerpos y en sus almas, mas limpios que nosotros, sin necesitar para nada esa numerosa cohorte de potinguos, ese confuso baturrillo de meringotes, que llenan y abruman las modernas mesas de tocador ó de aseo.

La honesta limpieza en el cuerpo y en el vestido es lo que reclama solamente la decencia. El mal entendido lujo y elegancia, además de ser opuestos y de estar en abierta guerra, en clara contradiccion con los sanos principios de la moral católica, empobrecen á los indivíduos, á las familias y á las naciones y forman, andando

el tiempo, rios de lágrimas, focos de vicios y semilleros de mendigos.

No haga Vd., pues, á Adelaida *elegante* en la mal entendida acepcion de esta palabra, si no quiere recojer algun dia amargos frutos. Hágala en buen hora, delicada en el trato, modesta en el vestido y firme y perseverante en todas las virtudes domésticas. Prohíbale con toda la energía de madre esos fastidiosos é irritantes dengues que tanto rebajan y desprestigian á las jóvenes de nuestra triste época. La muger, la obra mas bella de todas las que han salido de las sabias manos del Todopoderoso, tiene que cumplir altos y nobilísimos destinos. *Hija obediente: esposa fiel: madre cariñosa*, son sus tres grandes misiones sobre la tierra. ¡Ojalá que Adelaida las ponga en práctica religiosamente!

IV.

El hombre, señora, nada, nada vale por sí mismo, si nó es *justo* ó *sábio*. En estos dos robustos ejes descansan todos sus verdaderos méritos. El poder, la cuna y la riqueza son rápidos vapores del

orgullo y de la insensatez, los cuales se disipan al más frágil vaiven de la fortuna. En el sepulcro mueren: en el sepulcro olvídanse para siempre. En ese misterioso *más allá*, no sobreviven sino las virtudes y los talentos, las obras meritorias y las buenas creaciones. ¿Qué nos ha quedado de Egipto, de Grecia, de Roma y de otros pueblos antiguos? ¿Sus nobles ó sus ricos? No, mil veces no: sus varones ejemplares, sus filósofos profundos, sus historiadores eruditos, sus tribunos elocuentes, sus poetas inspirados, sus criticos juiciosos, sus pintores arrogantes, sus estatuarios concienzudos, sus arquitectos estudiosos: aquellos, seguidos de la indiferencia y del olvido; éstos, del dolor y de la inmortalidad. Los unos, al fallecer, nada dejaron sino frías cenizas. Los otros, al espirar, legando al mundo trabajos selectísimos, recibieron el ardoroso aliento de una duradera vida póstuma, en la que el renombre jamás muere, ni la gloria nunca se acaba. A aquellos, al pasar por junto á sus sepulturas, apenas les dijeron sus contemporáneos el obligatorio, *Sit tibi terra levis*: mientras que á éstos levantáronles suntuosos mausoleos de porfido,

guarnecidos con guirnaldas de rosas y de mirtos, coronados de siemprevivas y regados con las lágrimas de ciudades populosas y de naciones enteras Tal han sido y serán siempre las diferencias á todos los pueblos del mundo, entre los varones esclarecidos y los hombres vulgares.

V.

La base más solida para la educacion literaria y religiosa de una niña, cuyo espíritu, blando como la cera, puede facilmente estraviarse y entrar en los caminos de perfidia, es, sin disputa alguna, el conocimiento de Dios, la filosofía de su misericordia, de su beneficencia, de su grandeza y de su eternidad. Para esto ahí están el viejo y nuevo testamento, las obras de los Padres. las de los Espositores y Panegiristas, llenas las unas y las otras de verdades inconcusas, de parajea ternísimos, de locuciones delicadas y de grandes rasgos literarios. Su agradable lectura nos admira, nos deleita, nos convence y nos hace, sin saber cómo, ardo-

rosos amigos del buen gusto, de la ciencia y de la Santidad.

Estos libros y no otros, son los que, despues de los rudimentos de leer, de escribir, de contar y de la doctrina cristiana, deben andar en las manos de Adelaida. Ellos templarán sus deseos: ellos amenizarán sus horas: ellos alzarán su mente al contemplativo estudio del caos, de la creacion y del infinito, el cual es tan provechoso y necesario en todas las situaciones de nuestra vida.

VI.

Parece que oigo á Vd. decirme: que esos libros son superiores á la débil inteligencia de una niña, como Adelaida, por más talento que tenga. Verdad, señora; pero algo conservará de su lectura y de lo bueno, *algo,* es mucho. Por más ligero que el corzo salta los jarales de los montes, le han de arrancar algun rizo de su erguida frente. Por mas veloz que pase el javalí los espinales de las montañas ha de dejarse en ellos algunas cerdas de su poblado lomo.

El convencimiento de aquellos grandes trabajos literarios llevará á Adelaida como de la mano, por un estraño é inexistible impulso, á querer saborear las bellezas derramadas en los libros de los buenos escritores profanos. Entre estos debe estudiar á Tasso, á Fenelon, á Granada, á Estella, á Santa Teresa de Jesús, á San Juan de la Cruz, á Herrera, á Rioja, a Alarcon y á otros muchos. La ignorancia ó el olvido de algunos de ellos hizo brotar repentinamente al falaz romanticismo, que tanto ha aturdido y fascinado á varias grandes inteligencias de nuestros dias.

VII.

La música, ese arte celestial, ese arte embelesador que endulza las amarguras de la vida humana, debe aprenderla Adelaida. Es una, si no la principal, de las habilidades que pueden enaltecer á una señorita cristiana. Pero cuidado, señora, que no siga, que no se inspire jamás en la clave de Donizetti, en la viola de Bellini, ni en el melodium de Verdi, sino en el

arpa de los Angeles y en el salterio de los Serafines, que son mejores maestros que aquellos; y sus puras y gratísimas melodías nunca pervierten el corazon ni re lajan las costumbres.

Desgraciadamente la música de nuestros dias no es música de católicos, sino música de gentiles. El vibaritismo que derrama en todas sus notas, es mas apropósito para formar libertinos é incrédulos, que santos y anacoretas. Tocan al alma, es verdad, pero la tocan de una manera altamente cínica, de una manera híbrida y deshonesta. Levantan pasiones, sí; pero pasiones sensuales, corrumpientes y perniciosas que, como los asquerosos nauseabundos reptiles, se arrastran por la tierra sin que nunca, como las cándidas palomas, puedan elevarse á los cielos.

Quien profese cordialmente la pura, severa, melancólica doctrina de Jesucristo, no debe oir jamás en los salones, ni menos en las basílicas, si quiere conservar en su alma los frescos lirios de la castidad, los ásperos espinos de la penitencia, las sensuales lascivas melodías que atronaban los templos gentílicos de Venus y de Baco, de Júpiter y de Minerva.

VIII.

La muger, señora, está llamada á las letras y á las artes. La poesía, la erudicion y antigüedades hermánanse con su viva imaginacion, su ardiente fantasía y la blandura de sus sentimientos.

El paisage es el género de pintura, que mas se alía, que mas se adapta con el ingenio y la delicadeza de una dama. Adelaida debe dedicarse á él, debe aprenderlo. ¡Qué bien parece una jóven sevillana pintando las vistas de la antigua Romulea, los castillos de Guadaira, ó los derruidos muros de Itálica donde *vagan sombras funerales y crece el amarillo jaramago!* En la patria de los Iriartes, de los Antolines y de los Barrones, jamás se acabará la dulce aficion á esta casta de pintura. Hoy muchas señoritas están consagradas á tan bellísimo estudio.

IX.

Es tan noble y natural el casi innato deseo de no querer morir en el sepulcro,

de querer sobrevivir á esta rápida peregrinacion por la tierra, que él y solo él ha producido en todos los pueblos y los siglos esos sábios insignes, esos artificios eminentes con los cuales se honran. Sin este justo deseo ni Ciceron hubiera hablado, ni Tácito escrito, ni Homero poetisado, ni Fibias esculpido, ni Apeles pintado. El hombre trabaja únicamente por la gloria y por la posteridad.

X.

Mucho cuidado, señora, para entregar á Adelaida los libros que tratan de los nuevos descubrimientos físicos y de las ciencias políticas y morales, en las que el libertinaje, la irreligion y el panteismo se cubren con rosas y con azucenas. Mucho cuidado en que no toquen sus puras manos á esas novelas inmundas, focos pestíferos de desenvoltura, que tanto y tanto están dañando los sencillos corazones de nuestros jóvenes de ambos sexos. Ni Pablo, ni Agustin, ni Jeronimo, ni Anselmo, necesitaron conocerlos para ser

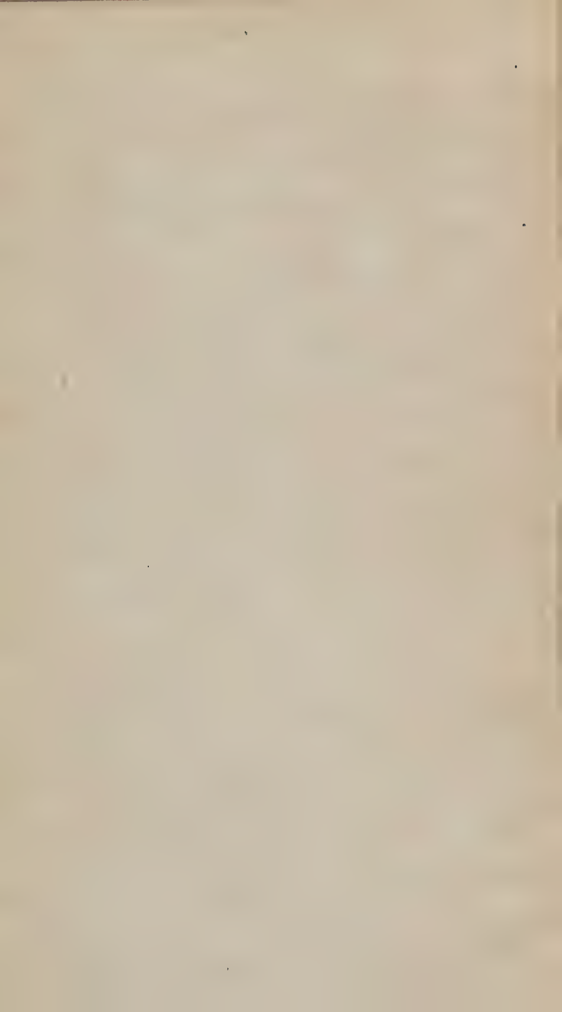
unos sábios esclarecidos y unos grandes Santos.

Estas son, pues, señora mia, las reglas de mas bulto que ahora se me ofrecen para la buena y católica educacion de Adelaida. Si mas adelante medito otras las pondré en su conocimiento.

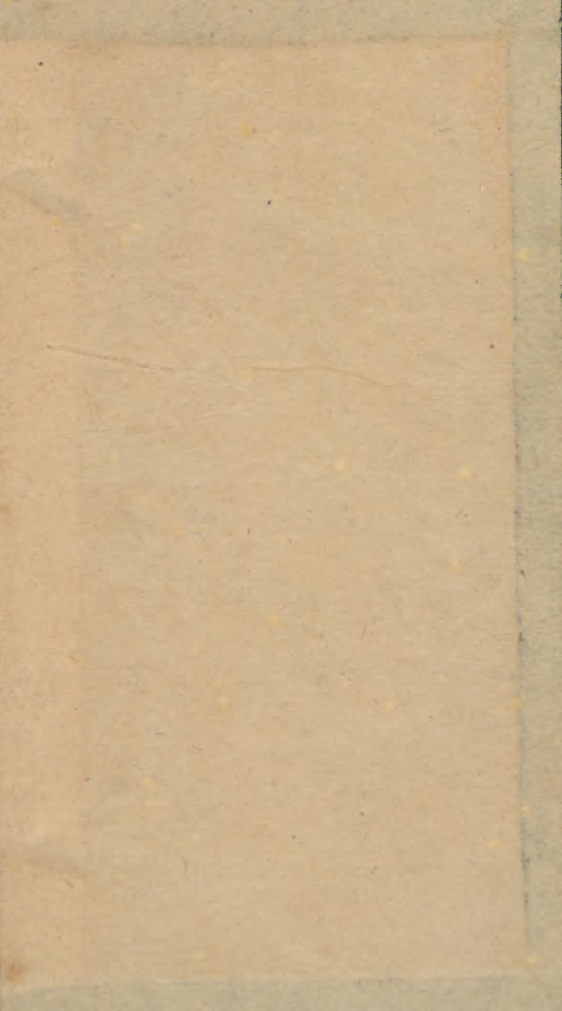
Dios me guarde á Vd. muchos años como deseo.

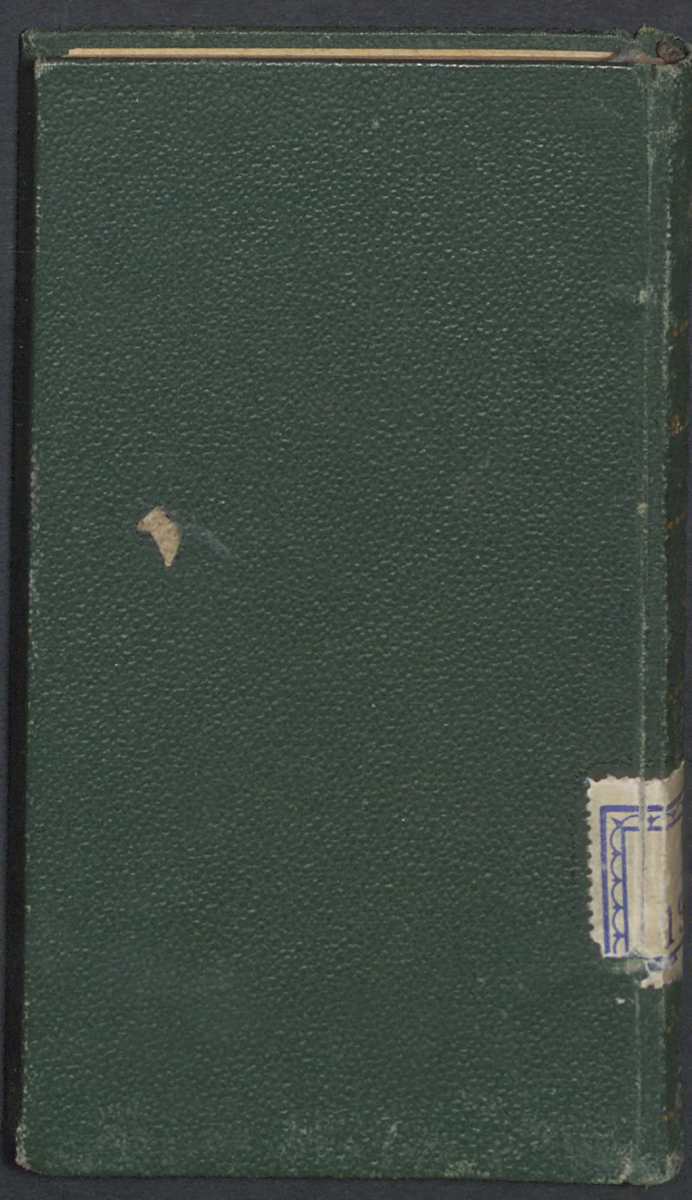
ANTONIO GOMEZ AZEVES.












G. AZEVE
Ha.
1961

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm